

memoria, olvido, silencio

la producción social de identidades
frente a situaciones límite

Michael Pollak

introducción Ludmila da Silva Catela


Ediciones
Al Margen

colección antropología y sociología

Michael Pollak

MEMORIA, OLVIDO, SILENCIO

**La producción social de identidades
frente a situaciones límite**

Traducción
**Christian Gebauer
Renata Oliveira Rufino
Mariana Tello**

Revisión
Ludmila da Silva Catela



**Ediciones
Al Margen**

-La Plata-

-2006-

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
Ludmila da Silva Catela	
MEMORIA, OLVIDO, SILENCIO	17
Michael Pollak	
MEMORIA E IDENTIDAD SOCIAL	33
Michael Pollak	
EL TESTIMONIO	53
Michael Pollak y Natalie Heinrich	
HOMENAJE A MICHAEL POLLAK	113
Pierre Bourdieu	

© Ediciones Al Margen
Calle 16 n° 587
C.P. 1900-La Plata, Buenos Aires,
Argentina
E-mail: info@edicionesalmargen.com
Página web: www.edicionesalmargen.com

Diseño de tapa: Pablo Rodolfo Decilio
Composición interior: Pablo Rodolfo Decilio

Primera edición: agosto de 2006
ISBN -10: 987-1125-76-3
ISBN -13: 978-987-1125-76-0

Printed in Argentina - Impreso en Argentina
Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Todos los derechos reservados. No puede reproducirse ninguna parte de este libro por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabado, xerografiado, o cualquier almacenaje de información o sistema de recuperación sin permiso del editor.

PRESENTACIÓN

Cuando uno tiene la fortuna de conocer, leer textos y libros que inspiran, desea compartirlos. En una especie de don (dar-recibir-retribuir) hacia esos autores que nos permiten crear y abrir nuestras posibilidades analíticas, surge el impulso de difundir sus ideas. Algunos textos otorgan esa rara posibilidad de hacernos nuevas preguntas, planificar una investigación, recorrer un camino que antes no imaginábamos. Como ya escribí en otro lugar,¹ cuando leí por primera vez los escritos de Michael Pollak, una serie de cuestiones, antes relativas a las esferas de la vida privada y de la experiencia política en Argentina, comenzaron a ser miradas desde el punto de vista sociológico, a ser pensadas, por mí, como espacios de investigación.

En el círculo del don, siempre agradezco a los colegas que en Brasil me permitieron encontrarme por primera vez con el pensamiento de Pollak. Ya pasados algunos años de ese "primer encuentro", sentí el impulso de traducir estos textos para su uso en el aula. Siempre el efecto de sus lecturas fue positivo, abriendo interrogantes, permitiendo problematizar las investigaciones, proponiendo herramientas metodológicas provocadoras. De esta experiencia de circulación de las ideas de Pollak, nació la posibilidad de compilar los textos que aquí se presentan. Como bien recuerdan Amado y Ferreira (1996: 1),² a partir de Boltanski, "la traducción es la forma principal de efectuar intercambios internacionales en el mercado de las ideas: en el campo de las ciencias sociales, importar es traducir". Dentro de este espíritu, "importamos" los textos de Pollak con el firme sentimiento de que introducen problemas sociológicos innovadores y abren un abanico de dimensiones originales en el campo de estudios sobre los procesos de producción y circulación de memorias, silencios y olvidos.

1 Da Silva Catela Ludmila, *No habrá flores en la tumba del pasado. La experiencia de reconstrucción del mundo de los familiares de desaparecidos*. (La Plata, Ediciones Al Margen, 2002).

2 Citado en Ferreira M. y J. Amado (Org.) *Usos & Abusos da história oral*. (Rio de Janeiro, FGV Editora, 1996).

Los trabajos elegidos, sólo tres de su amplia producción, fueron difundidos en diversos momentos y lugares: *Memoria, olvido y silencio* (1989) fue publicado originalmente en la Revista *Estudos Históricos* Nº 3, del Centro de Pesquisas e Documentação Histórica de la Fundação Getúlio Vargas.³ *Memoria e identidad social* nació como conferencia, dictada en 1992 en Río de Janeiro y posteriormente editada como artículo en la *Revista Estudos Históricos* Nº 10. Por último, *El Testimonio*, escrito en co-autoría con Nathalie Heinrich,⁴ fue publicado en junio de 1986 en la revista *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, Nº 62-63. Agradecemos aquí a los editores de ambas revistas quienes nos cedieron gentilmente los textos para su publicación en este libro.

Michael Pollak nació en Viena el 26 de julio de 1948 y murió en París el 7 de junio de 1992, a los 43 años. Llegó a Francia en 1971, para realizar sus estudios superiores en la *Faculté de Sciences Sociales et Économiques* de la Universidad de Linz. Allí obtuvo el título de sociólogo. Luego realizó su doctorado en la *VI Section de la École Pratique des Hautes Études*, donde se doctoró en 1975. Durante su estadía en Francia, trabajó y se formó, entre otros, con Pierre Bourdieu. Fue investigador del *Centre National de la Recherche Scientifique* en el *Institut d'Histoire du Temps Présent* y miembro del *Groupe de Sociologie Politique et Morale*.

A pesar de su corta carrera, la diversidad de temas tratados por Pollak ha sido vasta. No se trata aquí de restituir el sentido dado a la totalidad de la obra. Si bien su prematura muerte canceló una carrera y un pensamiento original y profundo, su obra permanece allí, en sus libros, accesible a todos. Pollak escribió centenas de artículos en diferentes idiomas y recorrió temas que fueron desde la historia de la ciencia; las tecnologías y los riesgos nucleares, hasta el análisis sobre los homosexuales y el SIDA. Por otro lado, dedicó años a las investigaciones sobre situaciones límite y memoria, centradas en el genocidio nazi, de las cuales han surgido los textos que aquí traducimos. Su producción escrita se encuentra condensada en cuatro libros: *Vienna 1900. Une identité blessée* (París, Julliard, 1984; Gallimard, 1992); *Les homosexuels et le sida: Sociologie d'une épidémie* (París, Métailié, 1988); *L'Expérience concentrationnaire. Essai sur le maintien de l'identité sociale* (París, Métailié,

3 Este texto fue posteriormente reelaborado para una conferencia sobre psicoanálisis y ciencias sociales y publicado como capítulo en el libro *Une identité blessée: études de sociologie et d'histoire* (París: Métailié, 1993).

4 Nathalie Heinrich es directora de investigaciones en el *Centre National de la Recherche Scientifique* (CNRS) y miembro del *Centre de recherches sur les arts et le langage* (CraI-EHESS). Es especialista en sociología de las profesiones artísticas y de las prácticas culturales y en sociología de la identidad. Entre sus publicaciones se pueden mencionar: *L'Élite Artiste. Excellente et singularité en régime démocratique* (París, Gallimard, 2005), *Face à l'art contemporain*. (París, L'Échoppe, 2003) y *L'Art en conflits* (París: La Découverte, 1999).

1990); *Une identité blessée: études de sociologie et d'histoire* (París, Métailié, 1993- prefacio de François Bédarida).

Para François Bédarida (1993), la obra de Michael Pollak puede ser caracterizada en el movimiento de una triple dialéctica: la capacidad de involucrarse sin perder la distancia crítica necesaria en la investigación; el desafío de trabajar sobre datos empíricos sin perder la ambición de teorización y por último; la dialéctica del saber y la acción o en otras palabras, la articulación entre el conocimiento científico y la presencia en el campo socio-político.

Dentro de esta triple dialéctica se incorporan sus trabajos sobre las experiencias humanas frente a situaciones límite que producen identidades quebradas, fragmentadas, heridas. En cada texto, Pollak muestra cómo las identidades son construcciones frágiles, sostenidas por un equilibrio inestable, desprovistas de propiedades fijas, en constante composición y recomposición, incapaces de escapar, sobre todo en las situaciones extremas, a las patologías de la desintegración, pero también capaces de recomponerse y reestructurarse en las condiciones menos esperadas.

En la apertura de *L'Expérience concentrationnaire. Essai sur le maintien de l'identité sociale*, Pollak (1990: 9) sintetiza en una frase su punto de partida para el análisis: "las experiencias de los deportados, su identidad y su memoria, son el corazón de nuestra reflexión" (1990: 9). Identidad, memoria y experiencia son las categorías que una y otra vez aparecen como ejes analíticos, que se constituyen en función de ambigüedades, silencios y olvidos; en su doble posibilidad de vectores de cohesión y conflicto. Por otro lado, si la memoria y la identidad están construidas socialmente, la historia oral será uno de los instrumentos fundamentales en el desarrollo de sus investigaciones.

Michael Pollak consagró buena parte de sus estudios a desentrañar las reacciones de individuos y grupos frente a las experiencias extremas o catástrofes sociales. Tomó como eje dos tipos de situaciones divergentes: por un lado el genocidio nazi y por otro la epidemia del SIDA. Ambas experiencias fueron consideradas extremas, o situaciones límite, por provocar acciones inéditas ante lo imprevisible, situaciones ante las cuales no hemos sido preparados, socializados, iniciados. Cuando es quebrado el orden naturalizado del mundo, los individuos deben adaptarse a un contexto nuevo, redefiniendo sus identidades y sus relaciones con los otros individuos y grupos. Frente a la destrucción y desestructuración de los mundos, Pollak analiza las maneras empleadas para mantener o reestructurar la identidad, dando lugar a formas límites de resistencia, ya sea frente a la dominación y el genocidio o al drama de una enfermedad estigmatizada socialmente.

Para Pollak, toda experiencia límite es reveladora de las condiciones que, en situaciones "normales", quedan ocultas bajo el velo de lo familiar.⁵ De

5 En este sentido, en *L'Expérience concentrationnaire...* Pollak afirma: "toda experiencia extrema es reveladora de los constituyentes y de las condiciones de la experiencia 'normal', donde el carácter familiar hace frecuentemente de pantalla

esta forma, las experiencias concentracionarias son enfocadas y analizadas como un poderoso revelador de las identidades de grupos e individuos. Así, no es casual, nos dirá el autor, que en la historia de las ciencias sociales, muchos de los estudios sobre identidad y memoria se hayan realizado en torno a situaciones de transición, traumatismo, crisis y cambios, en las cuales los individuos se exponen a situaciones de ruptura con su mundo habitual.

En gran medida las ideas trabajadas por Pollak se destacan en la tradición de una "sociología de la memoria" (Halbwachs, 1925; Namer, 2004).⁶ Sus análisis se centran en los hechos concretos del genocidio nazi y las experiencias de los sobrevivientes de los campos de concentración. Alcanza las dimensiones más generales a partir de las memorias de mujeres que tuvieron que enfrentar un doble problema identitario: el arresto y la deportación.⁷ Estos eventos las separaron de su medio familiar y social habituales para colocarlas en un universo carcelario extremo y totalitario, donde además la población estaba compuesta por una multitud de grupos lingüísticos, de origen social y nacional extremadamente diversos.

Uno de los elementos que debe ser resaltado en el análisis sobre la experiencia concentracionaria, es que el foco recorta no sólo el período de permanencia de los deportados en los campos de concentración, sino

al análisis. (...) La experiencia concentracionaria, en tanto experiencia extrema, es reveladora de la identidad como imagen de sí, por sí y para los otros. El carácter excepcional de esta experiencia torna problemáticos dos fenómenos situados en el corazón de nuestra investigación: la identidad y la memoria. Problematizarlos significa tornarlos visibles y por lo tanto analizables" (Pollak, 1990:10).

⁶ Como bien nota Namer, en su post-facio a los *Marcos Sociales de la Memoria* de Maurice Halbwachs, "en Viena de 1880 a 1917, y a partir de Viena en toda Europa, la cuestión de la memoria se encontraba en el corazón de la cultura con la aparición simultánea de grandes obras sobre el tema, las de Halbwachs y las de Bergson, y con anterioridad las de Freud en psicología, las de Svebo y Proust en literatura y las de Mahler en música. [...] Europa antes de 1914 y Austria en particular, vivieron con mucha intensidad el modo acelerado y la crisis de un cambio que estaba trabajándose desde hacía mucho tiempo: la difícil conversión de las sociedades rurales autoritarias y tradicionales en sociedades urbanas modernas industriales y democráticas" (Namer, 2004: 346). Es importante enunciar aquí que para el caso del Cono Sur de América Latina, el caudal de escritos en torno a los procesos de memoria se profundizaron y crearon un campo de estudios frente a un momento de crisis particular, las dictaduras y sus prácticas de secuestros, tortura y desaparición de personas, el exilio y sus consecuencias. Como un ejemplo representativo de esta producción citaremos la colección *Memorias de la Represión*, publicada por Siglo XXI de España y Argentina Editores y coordinada por Elizabeth Jelin, que presenta, en más de diez volúmenes, una variedad de miradas y problemas en torno a lo conflictivos de memorias de todo el Cono Sur.

⁷ Pollak realiza su análisis a partir de las memorias de mujeres deportadas por causas raciales, por considerar que estaban poco representadas en el espacio público, dominado sobre todo por las voces masculinas y las deportaciones por causas políticas. Combina para este análisis tanto el relato oral por medio de la entrevista como la utilización y análisis de autobiografías.

fundamentalmente el período posterior. Pollak muestra cómo, mientras en el campo de concentración es necesario asumir la tensión constante entre la preservación de la integridad física y la preservación de la integridad moral, cuando se sale del campo los individuos se enfrentan a un mundo diferente del que dejaron. Raramente el ambiente familiar y de amistad era el mismo, lo cual les imponía nuevos e importantes esfuerzos de readaptación a la vida ordinaria, a lo que se sumaban los recuerdos invasores y las visiones constantes del horror sufrido. De allí que su principal herramienta analítica son las formas de construcción de las memorias, con sus silencios, olvidos y tensiones, dónde los modos y los registros de enunciación de los relatos ocupan un espacio central en su obra.

Cada texto de Pollak provoca reflexiones frente al uso de los testimonios. En sus trabajos hay una especial preocupación por comprender no sólo la voluntad de hablar de los deportados, sino, principalmente, sus dificultades para preservar los sentimientos de identidad. De allí que memoria y testimonio funcionan como modos diferentes de aproximación reflexiva al problema de las identidades sociales. Para Pollak, todo testimonio coloca en juego, "no solamente la memoria, sino también la reflexión sobre uno mismo" (1990: 12). Los testimonios pasan a ser considerados como "verdaderos instrumentos de reconstrucción de la identidad y no solamente relatos factuales, limitados a una función informativa" (1990: 12). Este punto de vista, sumado al análisis sobre los modos sociales y jurídicos de solicitud de los testimonios, son los ejes de los procesos de construcción de memorias e identidades, trabajados y demostrados en el trabajo sobre "El testimonio".

Por otro lado, el análisis de la legitimidad y autoridad pública de los testimonios aparece como una de las relaciones necesarias para comprender el trabajo de la memoria. La reflexión sobre los testimonios de los deportados, nos reenvía al problema del silencio. Lejos de depender únicamente de la voluntad o de la capacidad de los testigos potenciales para reconstruir su experiencia, todo testimonio también se ancla en las condiciones sociales que lo vuelven comunicable, condiciones que evolucionan con el tiempo y que varían de un lugar a otro. Esa posibilidad de tornar públicos los recuerdos condiciona el trabajo realizado para superar las crisis de identidad que están en el origen y en la tensión creada entre la necesidad y la dificultad de testimoniar. En este sentido, "la cuestión no es solamente saber lo que, en condiciones "extremas", torna a un individuo capaz de testimoniar, sino también lo que hace que se lo solicite, o lo que le permite sentirse socialmente autorizado a hacerlo en algún momento" (Pollak, 1989: 6). Testimoniar, silenciar u olvidar son acciones que los individuos y grupos usan para comunicarse y posicionarse socialmente. De esta manera, por ejemplo, ante la imposibilidad de un deportado de hacerse comprender, el silencio sobre su experiencia

puede pasar a ser, a diferencia del olvido, "una condición necesaria para mantener la comunicación con su entorno" (Pollak, 1989: 13).

En otras palabras, el silencio puede manifestar indirectamente diversos "modos de gestión de la identidad", que resultan del trabajo de reacomodamiento al mundo ordinario. En este caso, el silencio tiene todas las chances de ser absoluto, ya que tiene que ver con el hecho mismo de comunicar. Éste puede igualmente traducir la dificultad para hacer coincidir el relato propio con las normas sociales de la moral corriente. El silencio remitirá entonces, más bien, al contenido de lo que será comunicado. Esas normas predeterminan los actos del habla mediante un conjunto de reglas y de imperativos, generadores de sanciones y de censuras específicas. Los hechos sancionados serán en general procedentes del orden jurídico y no sólo de la moral. En este sentido, no se trata de saber si un deportado tiene la posibilidad física de testimoniar, sino si tiene la capacidad ética para hacerlo. Hay que observar detalladamente las posibilidades de reencuentro entre la disposición del sobreviviente a hablar y las posibilidades de ser escuchado.

Dicho de otro modo, todo testimonio se sitúa en un espacio de lo decible, cuyos límites son el silencio absoluto, debido a la destrucción física (y esos son los millones de deportados que no testimonian sino con su muerte), y los silencios parciales, debidos a la destrucción de las disposiciones "morales" (es decir psíquicas, sociales, éticas, etc.), que autorizan al testimonio a expresarse en el espacio público.

Entre las diversas cuestiones y problemas que se plantea Pollak a lo largo de sus investigaciones, una pregunta redundante como una de sus preocupaciones más inquietantes: ¿cómo describir con pudor y dignidad los actos que han degradado y humillado a las personas, tales como las realidades vividas en los campos de concentración?

Pollak afirma que si el trabajo de campo, próximo al del etnólogo en tierras desconocidas, deja un gran lugar a la intuición, los materiales recogidos en entrevistas y documentos sobre personas que vivieron el extremo de la experiencia concentracionaria, lo enfrentan a parámetros muy diversos que influyen sin duda, en el rigor analítico. En este tipo de análisis sobre situaciones límite, el autor muestra cómo las dificultades no son sólo teóricas y de presentación. Afirma que, conociendo los efectos desacralizantes de las ciencias humanas, podemos imaginar que el hecho de mostrar el modo de construcción y de funcionamiento de una "causa sagrada" provocará inevitablemente la oposición y la resistencia de aquellos que la defienden, que creen en ella y se sienten investidos de una misión de recuerdo e imposición de memorias. Sin embargo, se trata de preguntarse en cada investigación, si la inscripción de recuerdos en forma de escritura no llevará a la relativización y banalización de

la exterminación de millones de personas o de las intensiones dedicadas a luchar contra el olvido y para la memoria.

De allí que sus trabajos jueguen constantemente en la relación entre la singularidad y la universalidad, no como términos antagónicos sino en un condicionamiento recíproco. Esto de alguna forma le permite controlar los peligros de la banalización y de la sacralización de las situaciones extremas y de los procesos de construcción de identidades.

Pollak construye sus trabajos prestando una especial atención a los agentes que luchan por imponer memorias en el espacio público, que planifican políticas de memoria e intentan universalizar sus dramas en "una lección, que pasa a formar parte de esta nueva categoría legal que es la de 'crimen contra la humanidad'" (Pollak, 1990: 22).

"Memoria, silencio y olvido"; "Memoria e identidad social" y "El testimonio", los trabajos que aquí compilamos, muestran de manera "artesanal" el análisis sobre el trabajo de las memorias y sus conflictos. Abren caminos para pensar la complejidad de sus manifestaciones y modos de sollicitación. Interrogan sobre las tensiones entre memorias subterráneas y memorias oficiales. Analizan las marcas de estas memorias en las construcciones de identidad y la producción de una lógica de legitimidades y verdades frente al pasado.

MEMORIA, OLVIDO, SILENCIO*

Michael Pollak

En su análisis de la memoria colectiva, Maurice Halbwachs enfatiza la fuerza de los diferentes puntos de referencia que estructuran nuestra memoria y la insertan en la memoria de la colectividad a la que pertenecemos.¹ Entre ellos se incluyen, evidentemente, los monumentos, esos lugares de la memoria analizados por Pierre Nora;² el patrimonio arquitectónico y su estilo, que nos acompañan durante toda nuestra vida; los paisajes; las fechas y personajes históricos, cuya importancia nos hace recordar incesantemente; las tradiciones y costumbres; ciertas reglas de interacción; el folclore y la música; y por qué no, las tradiciones culinarias. En la tradición metodológica durkheimiana, que consiste en tratar hechos sociales como cosas, se hace posible tomar estos diferentes puntos de referencia como indicadores empíricos de la memoria colectiva de un determinado grupo, una memoria estructurada con sus jerarquías y clasificaciones, una memoria que al definir aquello que es común a un grupo y lo que lo diferencia de los demás, fundamenta y refuerza los sentimientos de pertenencia y las fronteras socioculturales.

En el abordaje durkheimiano, el énfasis está puesto en la fuerza casi institucional de esa memoria colectiva, en la duración, en la continuidad y en la estabilidad. De la misma forma, Halbwachs, lejos de ver en esa memoria colectiva una imposición, una forma específica de dominación o violencia simbólica,³ acentúa las funciones positivas desempeñadas por la memoria común, a saber, reforzar la cohesión social, no mediante la coerción sino

* Texto publicado originalmente en portugués en la *Revista Estudos Históricas*. Río de Janeiro, vol. 2, nº 3, 1989, pp. 3-15. Agradecemos a los editores de la *Revista Estudos Históricas* la autorización para su publicación en español.

1 M. Halbwachs, *La mémoire collective*, París, PUF, 1968.

2 P. Nora, *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1985.

3 Para el concepto de violencia simbólica, véase P. Bourdieu, *Le sens pratique*, París, Minuit, 1980, p. 224.

mediante la adhesión afectiva al grupo; de allí el término que utiliza: "comunidad afectiva".

En varios momentos, Maurice Halbwachs sugiere no sólo la selectividad de toda memoria sino también un proceso de "negociación" para conciliar memoria colectiva y memorias individuales: "Para que nuestra memoria se beneficie de la de los demás, no basta con que ellos nos aporten sus testimonios: es preciso también que ella no haya dejado de concordar con sus memorias y que haya suficientes puntos de contacto entre nuestra memoria y las demás para que el recuerdo que los otros nos traen pueda ser reconstruido sobre una base común".⁴

Este reconocimiento del carácter potencialmente problemático de una memoria colectiva ya anuncia la inversión de perspectiva que marca los trabajos actuales sobre este fenómeno. Desde una perspectiva constructivista, ya no se trata de lidiar con los hechos sociales como cosas sino de analizar cómo los hechos sociales se hacen cosas, cómo y por quién son solidificados y dotados de duración y estabilidad. Aplicado a la memoria colectiva ese abordaje se interesará, por lo tanto, por los procesos y actores que intervienen en el trabajo de constitución y formalización de las memorias. Al privilegiar el análisis de los excluidos, de los marginados y de las minorías, la historia oral resaltó la importancia de memorias subterráneas que, como parte integrante de las culturas minoritarias y dominadas, se oponen a la "memoria oficial", en este caso a la memoria nacional. En un primer momento, ese abordaje hace de la empatía con los grupos dominados estudiados una regla metodológica⁵ y rehabilita la periferia y la marginalidad. Al contrario de Maurice Halbwachs, ese abordaje acentúa el carácter destructor, uniformizante y opresor de la memoria colectiva nacional. Por otro lado, esas memorias subterráneas prosiguen su trabajo de subversión en el silencio y de manera casi imperceptible afloran en momentos de crisis a través de sobresaltos bruscos y exacerbados.⁶ La memoria entra en disputa. Los objetos de investigación son elegidos, de preferencia, allí donde existe conflicto entre memorias en competencia.

La memoria en disputa

Esa predilección actual de los investigadores por los conflictos y disputas en detrimento de los factores de continuidad y estabilidad debe ser puesta en relación con las verdaderas batallas de la memoria a las

4 M. Halbwachs, op. cit., p. 12.

5 M. Pollak, "Pour un inventaire", *Cahiers de l'IHTP*, N° 4 (Questions à l'histoire orale), Paris, 1987, p. 17.

6 G. Herberich-Marx, F. Raphael, "Les incorporés de force alsaciens. Déni, convocation et provocation de la mémoire". *Vingtième Siècle*, 2, 1985, p. 83.

que asistimos, y que asumieron gran amplitud en estos últimos quince años en Europa.

Tomemos, a título ilustrativo, el papel desempeñado por la reescritura de la historia en dos momentos fuertes de la desestalinización. El primero de ellos después del XX Congreso del PC de la Unión Soviética, cuando Nikita Kruschev denunció por primera vez los crímenes estalinistas. Ese trastocamiento en la visión de la historia, indisociablemente ligado al de la vida política, se tradujo en la destrucción progresiva de los signos y símbolos que recordaban a Stalin en la Unión Soviética y en los países satélites y, finalmente, en la retirada de los despojos de Stalin del mausoleo de la Plaza Roja. Aquella primera etapa de desestalinización, discretamente conducida dentro del aparato, generó desbordes, efectos inesperados y manifestaciones (de las cuales la más importante fue la revuelta húngara), sucesos estos a partir de los cuales ciertos grupos se adjudicaron la destrucción de las estatuas de Stalin y las integraron a una estrategia de independencia y autonomía.

Aunque hubiera maculado el mito histórico dominante de "Stalin, padre de los pobres", esa primera desestalinización no logró imponerse realmente, y con el fin de la era de Kruschev cesaron también las tentaciones de revisión de la memoria colectiva. Esa preocupación resurgió cerca de treinta años más tarde en el marco de la *glasnost* y la *perestroika*. Allí también el movimiento fue lanzado por la nueva dirección del partido, ligada a Gorbachov. Pero, al contrario de los años 1950, esa nueva apertura generó luego un movimiento intelectual con la rehabilitación de algunos disidentes contemporáneos y, de manera póstuma, de dirigentes que en los años 1930 y 1940 habían sido víctimas del terror estalinista. Ese sopro de libertad de crítica despertó traumas profundamente anclados que cobraron forma en un movimiento popular que se organiza en torno al proyecto de construcción de un monumento a la memoria de las víctimas del estalinismo.⁷

Este fenómeno, aunque "objetivamente" pueda desempeñar el papel de un refuerzo a la corriente reformadora contra la ortodoxia que sigue ocupando importantes posiciones en el partido y en el Estado, no puede ser reducido a este aspecto. Antes bien, consiste en la irrupción de resentimientos acumulados en el tiempo y de una memoria de la dominación y de sufrimientos que jamás pudieron expresarse públicamente. Esa memoria "prohibida" y, por lo tanto, "clandestina", ocupa toda la escena cultural, el sector editorial, los medios de comunicación, el cine y la pintura, comprobando, si fuera necesario, el abismo que separa de hecho la sociedad civil y la ideología oficial de un partido y de un Estado que pretende la dominación hegemónica. Una vez roto el tabú, una vez que las memorias subterráneas logran invadir el espacio público, reivindicaciones múltiples y

7 H. Carrère d'Encausse, *Le malheur russe*, Paris, Fayard, 1988.

diffícilmente previsible se acoplan a esa disputa de la memoria, en este caso, las reivindicaciones de las diferentes nacionalidades.

Este ejemplo muestra la necesidad, para los dirigentes, de asociar un profundo cambio político a una revisión (auto) crítica del pasado. Remite igualmente a los riesgos inherentes a esa revisión, en la medida en que los dominantes no pueden jamás controlar perfectamente hasta dónde llevarán las reivindicaciones que se forman al mismo tiempo en que caen los tabúes conservados por la memoria oficial anterior. Este caso también muestra la supervivencia, durante décadas, de recuerdos traumáticos, recuerdos que aguardan el momento propicio para ser expresados. A pesar del gran adoctrinamiento ideológico, estos recuerdos durante tanto tiempo confinados al silencio y transmitidos de una generación a otra oralmente, y no a través de publicaciones, permanecen vivos. El largo silencio sobre el pasado, lejos de conducir al olvido, es la resistencia que una sociedad civil impotente opone al exceso de discursos oficiales. Al mismo tiempo, esta sociedad transmite cuidadosamente los recuerdos disidentes en las redes familiares y de amistad, esperando la hora de la verdad y de la redistribución de las cartas políticas e ideológicas.

Aunque la mayoría de las veces esté ligado a fenómenos de dominación, el clivaje entre memoria oficial y dominante y memorias subterráneas, así como la significación del silencio sobre el pasado, no remite forzosamente a la oposición entre Estado dominador y sociedad civil. Encontramos con más frecuencia ese problema en las relaciones entre grupos minoritarios y sociedad englobante.

El ejemplo siguiente, completamente diferente, es el de los sobrevivientes de los campos de concentración que, después de su liberación, regresaron a Alemania o a Austria. Su silencio sobre el pasado está ligado, en primer lugar, a la necesidad de encontrar un *modus vivendi* con aquellos que, de cerca o de lejos, asistieron a su deportación —al menos bajo la forma de consentimiento tácito. No provocar sentimiento de culpa de la mayoría se vuelve, entonces, un reflejo de protección de la minoría judía. Con todo, esa actitud es aun reforzada por el sentimiento de culpa que las propias víctimas pueden tener, oculto, en el fondo de sí mismas. Es sabido que la administración nazi logró imponer a la comunidad judía una parte importante de la gestión administrativa de su política antisemita, como la preparación de las listas de los futuros deportados, e incluso la gestión de ciertos locales de tránsito o la organización del abastecimiento en los convoyes. Los representantes de la comunidad judía negociaron con las autoridades nazis, esperando primero poder alterar la política oficial, más tarde "limitar las pérdidas", finalmente llegaron a una situación en la cual se desmoronó la esperanza de poder negociar un mejor trato para los últimos empleados de la comunidad. Esa situación, que se repitió en todas las ciudades en donde había comunidades judías importantes, ilustra particularmente bien el encogimiento

progresivo de aquello que es negociable, y también la diferencia ínfima que a veces separa la defensa del grupo y su resistencia de la colaboración y el compromiso. ¿Sería entonces tan espantoso que un historiador del nazismo tan eminente como Walter Laqueur haya elegido el género de la novela para dar cuenta de esa situación inextricable?⁸

Frente a ese recuerdo traumático, el silencio parece imponerse a todos aquellos que quieren evitar culpar a las víctimas. Y algunas víctimas, que comparten ese mismo recuerdo "comprometedor", prefieren, ellas también, guardar silencio. En lugar de arriesgarse a un malentendido sobre una cuestión tan grave, o de reforzar incluso la conciencia tranquila y la propensión al olvido de los verdugos, ¿no sería mejor abstenerse de hablar?

Pocos períodos históricos fueron tan estudiados como el nazismo, incluyendo su política antisemita y la exterminación de los judíos. Sin embargo, y a pesar de la abundante literatura y del lugar concedido a ese período en los medios de comunicación, continúa siendo con frecuencia tabú en las historias individuales en Alemania y en Austria, en las conversaciones familiares y, aun más, en las biografías de los personajes públicos.⁹ Así como las razones de tal silencio son comprensibles en el caso de los antiguos nazis o de los millones de simpatizantes del régimen, son difíciles de deslindar en el caso de las víctimas.

En ese caso, el silencio tiene razones bastante complejas. Para poder relatar sus sufrimientos, una persona precisa antes que nada encontrar una escucha. A su retomo, los deportados encontraron efectivamente esa escucha, pero rápidamente la inversión de todas las energías en la reconstrucción de la posguerra agotó la voluntad de oír el mensaje culpabilizante de los horrores de los campos. La deportación evoca necesariamente sentimientos ambivalentes, e incluso de culpa, y eso también en los países vencedores donde, como en Francia, la indiferencia y la colaboración marcaron la vida cotidiana al menos tanto como la resistencia. ¿No vemos, desde 1945, desaparecer de las conmemoraciones oficiales de los antiguos deportados de ropa rayada, que despiertan también el sentimiento de culpa y que, a excepción de los deportados políticos, se integran mal en un desfile de ex combatientes? "1945 organiza el olvido de la deportación, los deportados llegan cuando las ideologías ya están dispuestas, cuando la batalla por la memoria ya comenzó y la escena política ya está saturada: están de más".¹⁰ A esas razones políticas del silencio se agregan aquellas, personales, que consisten en querer evitar a los hijos crecer en el recuerdo de las heridas de

8 W. Laqueur, *Jahre auf Abruf*, Stuttgart, WDV, 1983.

9 Entre todos los ejemplos de este fenómeno de olvidos sucesivos y de reescrituras de la historia biográfica, uno de los últimos, el del presidente austriaco Kurt Waldheim, es especialmente expresivo.

10 G. Namer, *La commémoration en France, 1944-1982*, París, Papyrus, 1983, p. 157 sq.; M. Pollak y N. Heinrich, "Le témoignage", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 62/63, 1986, p. 3 sq.

los padres. Cuarenta años después convergen razones políticas y familiares para romper ese silencio: en el momento en que los testigos oculares saben que van a desaparecer en breve, quieren inscribir sus recuerdos contra el olvido. Y sus hijos, también, quieren saber; de allí la proliferación actual de testimonios y de publicaciones de jóvenes intelectuales judíos que hacen "de la investigación de sus orígenes el origen de su investigación".¹¹ Durante ese intermedio, fueron las asociaciones de deportados quienes, mal o bien, conservaron y transmitieron esa memoria.

Un último ejemplo muestra hasta qué punto una situación ambigua y pasible de generar malentendidos puede también llevar al silencio, antes de producir el resentimiento que está en el origen de las reivindicaciones y contestaciones inesperadas. Se trata de los alsacianos reclutados a la fuerza, estudiados por Freddy Raphael.¹² Después del fracaso de una política de reclutamiento voluntario en la Alsacia anexada puesta en marcha por el ejército alemán a comienzos de la Segunda Guerra Mundial, el reclutamiento forzoso fue decidido por los decretos del 25 y el 29 de agosto de 1942. De octubre de 1942 a noviembre de 1944, 130.000 alsacianos y lorenos fueron incorporados a diferentes formaciones del ejército alemán. Ocurrieron actos de revuelta, de resistencia y desobediencia, así como un número significativo de desertiones. A pesar de estos indicios del carácter coercitivo de esa participación en la guerra al lado de los nazis, se presentó la cuestión, después de la guerra, del grado de colaboración y comprometimiento de esos hombres. Hechos prisioneros de guerra en el frente oriental por el Ejército Rojo, muchos de ellos murieron o regresaron solamente a mediados de los años '50. Se trata, por definición, de una experiencia difícilmente decible en el contexto del mito de una nación de resistentes,* tan rico de sentido durante las primeras décadas de la posguerra.

A partir de allí, Freddy Raphael distingue tres grandes etapas: a la memoria avergonzada de una generación perdida siguió la de las asociaciones de desertores, evadidos y reclutados a la fuerza que luchan por el reconocimiento de una situación valorizadora de las víctimas y de los "*Malgré nous*", subrayando su actitud de rechazo y resistencia pasiva. Pero hoy esa memoria canalizada y esterilizada se subleva y se afirma a partir de un sentimiento de absurdo y de abandono. Se considera mal comprendida y vilipendiada y se compromete en un combate contestatario y militante.¹³ La memoria subterránea de los alsacianos forzosamente reclutados toma la

11 N. Lapiere, *Le silence de la mémoire. À la recherche des Juifs de Ploetz*, Paris, Plon, 1989, p. 28.

12 G. Herberich-Marx, F. Raphael, op. cit.

* Pollak utiliza el término "*résistants*", que en francés hace alusión a los miembros de la Resistencia durante la Segunda Guerra Mundial (n. del t.).

13 Ídem, p. 83 y 93.

delantera y se erige contra aquellos que intentaron forjar un mito, a fin de eliminar el estigma de la vergüenza: "La organización de los recuerdos se articula igualmente con la voluntad de denunciar a aquellos a quienes se atribuye la mayor responsabilidad por las afrentas sufridas... Parece, sin embargo, que la culpabilidad alemana como factor de reorganización de los recuerdos interviene relativamente poco; en todo caso, su incidencia es significativamente reducida en comparación con la denuncia de la barbarie rusa, así como de la cobardía y de la indiferencia francesas".¹⁴ En el momento del retorno de lo reprimido, no es el autor del "crimen" (Alemania) quien ocupa el primer lugar entre los acusados sino aquellos que, al forjar una memoria oficial, condujeron a las víctimas de la historia al silencio y a la renegación de sí mismas.

Este mecanismo es común a muchas poblaciones fronterizas de Europa que, en lugar de poder actuar sobre su historia, frecuentemente se sometieron a ella de buen o mal grado: "Mi abuelo francés fue hecho prisionero por los prusianos en 1870, mi papá alemán fue hecho prisionero por los franceses en 1918; yo, francés, fui hecho prisionero por los alemanes en junio de 1940 y, después, reclutado a la fuerza por la Wehrmacht en 1943, fui hecho prisionero por los rusos en 1945. Vea usted que nosotros tenemos un sentido de la historia muy particular. Estamos siempre del lado equivocado de la historia, sistemáticamente: siempre acabamos las guerras con el uniforme de prisionero, nuestro único uniforme permanente".¹⁵

La función de lo "no-dicho"

A primera vista, los tres ejemplos arriba expuestos no tienen nada en común: la irrupción de una memoria subterránea favorecida, cuando no suscitada, por una política de reformas que pone en crisis el aparato del partido y del Estado; el silencio de los deportados, víctimas por excelencia, excluidos de sus redes de sociabilidad, mostrando las dificultades de integrar sus recuerdos en la memoria colectiva de la nación; los alsacianos forzosamente reclutados, remitiendo al rechazo de la figura del "mal querido" y del "incomprendido", que apunta a superar su sentimiento de exclusión y restablecer lo que considera ser la verdad y la justicia.

Pero estos ejemplos tienen en común el hecho de atestiguar la vivacidad de los recuerdos individuales y grupales durante decenas de años, e incluso siglos.¹⁶ Oponiéndose a la más legítima de las memorias colectivas, la memoria nacional, esos recuerdos son transmitidos en el marco familiar, en asociaciones,

14 Ídem, p. 94.

15 Memorias de un minero loreno recopiladas por Jean Hurtel, citadas en G. Herberich-Marx, F. Raphael, op. cit.

16 Véase Ph. Joutard, *Ces voix qui nous viennent du passé*, Paris, Hachette, 1983.

en redes de sociabilidad afectiva y/o política. Estos recuerdos prohibidos (el caso de los crímenes estalinistas), indecibles (el caso de los deportados) o vergonzosos (el de los reclutados a la fuerza), son celosamente guardados en estructuras de comunicación informales y pasan desapercibidos por la sociedad en general. Por consiguiente, hay en los recuerdos de unos y otros zonas de sombra, silencios, "no-dichos". Evidentemente, las fronteras entre esos silencios y "no-dichos" y el olvido definitivo y lo reprimido inconsciente no son estancas; están en perpetuo dislocamiento.¹⁷ Esa tipología de discursos, silencios, y también alusiones y metáforas, es moldeada por la angustia de no encontrar una escucha, de ser castigado por aquello que se dice, o, al menos, de exponerse a malentendidos. En el plano colectivo, esos procesos no son tan diferentes de los mecanismos psíquicos resaltados por Claude Olievenstein: "El lenguaje es apenas el vigía de la angustia... Pero el lenguaje se condena a ser impotente porque organiza el distanciamiento de aquello que no puede ser puesto a la distancia. Es allí que interviene, con todo el poder, el discurso interior, el compromiso de lo no-dicho, entre aquello que el sujeto se confiesa a sí mismo y aquello que puede transmitir al exterior".¹⁸

La frontera entre lo decible y lo indecible, lo confesable y lo inconfesable, separa, en nuestros ejemplos, una memoria colectiva subterránea de la sociedad civil dominada o de grupos específicos, de una memoria colectiva organizada que resume la imagen que una sociedad mayoritaria o el Estado desean transmitir e imponer.

Distinguir entre coyunturas favorables o desfavorables a las memorias marginadas es de entrada reconocer hasta qué punto el presente tiñe el pasado. Según las circunstancias, se da la emergencia de ciertos recuerdos, y el énfasis es puesto sobre uno u otro aspecto. Sobre todo, el recuerdo de guerras o de grandes convulsiones internas remite siempre al presente, deformando y reinterpretando el pasado. Así también, hay una permanente interacción entre lo vivido y lo aprendido, lo vivido y lo transmitido. Y esas constataciones se aplican a toda forma de memoria, individual y colectiva, familiar, nacional y de pequeños grupos.¹⁹ El problema que se plantea a largo plazo para las memorias clandestinas e inaudibles es el de su transmisión intacta hasta el día en que puedan aprovechar una ocasión para invadir el espacio público y pasar de lo "no-dicho" a la contestación y la reivindicación. El problema de toda memoria oficial es el de su credibilidad, de su aceptación y también el de su organización. Para que emerja en los discursos políticos un fondo común de referencias que puedan constituir una memoria nacional, es indispensable un intenso trabajo de organización para superar el simple montaje ideológico, por definición precario y frágil.

17 C. Olievenstein, *Les non-dits de l'émotion*, Paris, Odile Jacob, 1988.

18 Ídem, p. 57.

19 D. Veillon, "La Seconde Guerre Mondiale à travers les sources orales", *Cahiers de l'IHTP* n. 4 (Questions à l'histoire orale), 1987, p. 53 sq.

El encuadramiento de la memoria

Estudiar las memorias colectivas fuertemente constituidas, como la memoria nacional, implica preliminarmente el análisis de su función. La memoria, esa operación colectiva de los acontecimientos y de las interpretaciones del pasado que se quiere salvaguardar, se integra en tentativas más o menos conscientes de definir y reforzar sentimientos de pertenencia y fronteras sociales entre colectividades de distintos tamaños: partidos, sindicatos, iglesias, aldeas, regiones, clanes, familias, naciones, etc. La referencia al pasado sirve para mantener la cohesión de los grupos y las instituciones que componen una sociedad, para definir su lugar respectivo, su complementariedad, pero también las oposiciones irreductibles.

Mantener la cohesión interna y defender las fronteras de aquello que un grupo tiene en común, en lo cual se incluye el territorio (en el caso de estados); he aquí las dos funciones esenciales de la memoria común. Eso significa proporcionar un marco de referencias y de puntos de referencia. Es, por lo tanto, absolutamente adecuado hablar, como hace Henri Rousso, de memoria encuadrada, un término más específico que memoria colectiva.²⁰ Quien dice "encuadrada" dice "trabajo de encuadramiento".²¹ Todo trabajo de encuadramiento de una memoria de grupo tiene límites, ya que no puede ser construida arbitrariamente. Ese trabajo debe satisfacer ciertas exigencias de justificación.²² Rechazar tomar en serio el imperativo de justificación sobre el cual reposa la posibilidad de coordinación de las conductas humanas significa admitir el reino de la injusticia y de la violencia. A la luz de todo lo que fue dicho antes sobre las memorias subterráneas, se puede plantear la cuestión de las condiciones de posibilidad y de duración de una memoria impuesta sin la preocupación por ese imperativo de justificación. En ese caso, ese imperativo puede imponerse después de postergaciones más o menos largas. Aunque casi siempre crean que "el tiempo trabaja a su favor" y que "el olvido y el perdón se instalan con el tiempo", los dominantes frecuentemente son llevados a reconocer, demasiado tarde y con pesar, que el intervalo puede contribuir a reforzar la amargura, el resentimiento y el odio de los dominados, que se expresan entonces con los gritos de la contraviolencia.

El trabajo de encuadramiento de la memoria se alimenta del material provisto por la historia. Ese material puede sin duda ser interpretado y combinado con un sinnúmero de referencias asociadas; guiado no solamente por la preocupación de mantener las fronteras sociales, sino también de

20 H. Rousso, "Vichy, le grand fossé", *Vingtième siècle*, 5, 1985, p. 73.

21 El trabajo político es, sin duda, la expresión más visible de ese trabajo de encuadramiento de la memoria: P. Bourdieu, "La représentation politique", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 36/37, 1981, p. 3 sq.

22 L. Boltanski, *Les économies de la grandeur*, Paris, PUF, 1987, p. 14 sq.

modificarlas, ese trabajo reinterpreta incesantemente el pasado en función de los combates del presente y del futuro. Pero, así como la exigencia de justificación antes discutida limita la falsificación pura y simple del pasado en su reconstrucción política, el trabajo permanente de reinterpretación del pasado es contenido por una exigencia de credibilidad que depende de la coherencia de los discursos sucesivos. Toda organización política —por ejemplo sindicato, partido, etc.—, vehiculiza su propio pasado y la imagen que forjó para sí misma. No puede cambiar de dirección ni de imagen abruptamente a no ser bajo el riesgo de tensiones difíciles de dominar, de escisiones, e incluso de su propia desaparición si los adherentes ya no pudieran reconocerse en la nueva imagen, en las nuevas interpretaciones de su pasado individual y en el de su organización. Lo que está en juego en la memoria es también el sentido de la identidad individual y del grupo. Tenemos ejemplo de esto en los congresos de partidos políticos en los que se dan reorientaciones que producen escisiones, y también en una vuelta reflexiva sobre el pasado nacional,²³ como el paso, en Francia, de una memoria idealizada, que exagera el papel de la Resistencia, a una visión más realista que reconoce la importancia de la colaboración.²⁴

Este trabajo de encuadramiento de la memoria tiene sus actores profesionalizados, profesionales de la historia de tal o cual organización de la que son miembros, de clubes y grupos de reflexión.* Ese papel existe también, aunque en forma menos claramente definida, en las asociaciones de deportados o de ex combatientes. Esto se puede percibir cuando se aborda, en el contexto de una investigación de historia oral, a los responsables de tales asociaciones. En mi investigación sobre las sobrevivientes del campo de Auschwitz-Birkenau, una de las responsables de la asociación me dijo, antes de ponerme en contacto con algunas de sus compañeras: "Usted debe comprender que nosotras nos consideramos un poco como las guardianas de la verdad". Ese trabajo de control de la imagen de la asociación implica una oposición fuerte entre lo "subjetivo" y lo "objetivo", entre la reconstrucción de

hechos y las reacciones y sentimientos personales. La elección de los testimonios hecha por las responsables de la asociación es percibida como muy importante, dado que la inevitable diversidad de los testimonios corre siempre el riesgo ser percibida como prueba de la inautenticidad de todos los hechos relatados. Dentro de la preocupación por la imagen que la asociación transmite de sí misma y de la historia que es su razón de ser, o sea, la memoria de sus deportados, es preciso por lo tanto escoger testimonios sobrios y confiables a los ojos de los dirigentes, y evitar que "mitómanos, que nosotros también tenemos" tomen públicamente la palabra.²⁵

Si el control de la memoria se extiende aquí a la elección de testigos autorizados, en las organizaciones más formales se realiza mediante el acceso de los investigadores a los archivos y por el empleo de "historiadores de la casa".

Además de una producción de discursos organizados en torno a acontecimientos y a grandes personajes, los rastros de ese trabajo de encuadramiento son los objetos materiales: monumentos, museos, bibliotecas, etc.²⁶ La memoria es así guardada y solidificada en las piedras: las pirámides, los vestigios arqueológicos, las catedrales medievales, los grandes teatros, las óperas de la época burguesa del siglo XIX y, actualmente, los edificios de los grandes bancos. Cuando vemos esos puntos de referencia de una época lejana, frecuentemente los integramos en nuestros propios sentimientos de filiación y origen, de modo que ciertos elementos son integrados en un fondo cultural común a toda la humanidad. En ese sentido, ¿no podemos todos decir que descendemos de los griegos, de los romanos, de los egipcios, en suma, de todas las culturas que aunque desaparecidas están de todas formas a disposición de todos nosotros? Por otra parte, esto no impide que, aquellos que viven en los lugares donde se encuentran tales herencias, extraigan de las mismas un orgullo especial.

En los recuerdos más cercanos y personales, los puntos de referencia generalmente presentados en las discusiones son, como mostró Dominique Veillon, de orden sensorial: el ruido, los olores, los colores. Con relación al desembarco en Normandía y a la liberación de Francia, los habitantes de Caen y de Saint-Lô situados en el centro de las batallas, no atribuyen un lugar central en sus recuerdos a la fecha del acontecimiento, recordada en innumerables publicaciones y conmemoraciones —el 6 de junio de 1944—, y sí a los rugidos de los aviones, explosiones, ruidos de vidrios rotos, gritos de terror, llanto de niños. O también con los olores: de los explosivos, de azufre, de fósforo, de polvo o a quemado.²⁷

23 D. Veillon, op. cit.

24 H. Rousso, *Le syndrome de Vichy*, Paris, Le Seuil, 1987.

* Nota de la editora: Pollak en la versión en francés de este mismo texto realiza algunas modificaciones, entre otras, una aclaración importante, en términos analíticos, relativa a los agentes que trabajan en el encuadramiento de memoria. En este sentido el autor agrega en la página 30 del original en francés: "(...) En su libro sobre la resistencia judía de Lyon, Annette Wieviorka (*Ils étaient juifs, résistants, communistes*, Paris, Denoël, 1986) muestra hasta qué punto los encargados se apropiaron de la memoria de un grupo minoritario, e incluso la desvían. Podemos entonces seguir el análisis que hace Howard Becker (*Outsiders*, Paris, Métailié, 1985, p. 171 sq.) sobre los "empresarios morales" y hablar, por analogía, de "empresarios de la memoria" (*entrepreneurs de mémoire*), diferenciables en dos categorías: aquellos que crean las referencias comunes y aquellos que las guardan. Estos empresarios de la memoria están convencidos de tener una misión sagrada que cumplir, y se inspiran en una ética intransigente al establecer una equivalencia entre la memoria que defienden y la verdad.

25 M. Pollak y N. Heinrich, "Le témoignage", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 62/63, 1986, p. 13.

26 G. Namer, *Mémoire et société*, Paris, Méridiens/Klincksiek, 1987, analiza esa función aplicada a las bibliotecas, y F. Raphael y G. Herberich-Marx analizan los museos en esa misma perspectiva: "Le musée, provocation de la mémoire", *Ethnologie française*, 17, 1, 1987, p. 87 sq.

27 D. Veillon, op. cit.

Aunque sea técnicamente difícil o imposible captar todos esos recuerdos en objetos de memoria confeccionados hoy, el cine es el mejor soporte para hacerlo: de allí su papel creciente en la formación y reorganización, y por lo tanto en el encuadramiento, de la memoria. El cine se dirige no sólo a las capacidades cognitivas, sino que capta las emociones. Basta con pensar en el impacto de la película *Holocausto*, que, a pesar de todos sus defectos, permitió captar la atención y las emociones, suscitar cuestiones y de esa forma forzar una mejor comprensión de ese acontecimiento trágico en programas de enseñanza e investigación e, indirectamente, en la memoria colectiva. La obra monumental de Lanzmann, *Shoah*, bajo todos los aspectos fuera de comparación con aquella película masiva *Holocausto*, quiere impedir el olvido por el testimonio de lo insostenible.

El film testimonial y documental se volvió un poderoso instrumento para las redimensiones sucesivas de la memoria colectiva y, a través de la televisión, de la memoria nacional. Así, las películas *Le chagrin et la pitié*, y después *Français si vous sachiez*, desempeñaron un papel clave en el cambio de apreciación del período de Vichy por parte de la opinión pública francesa, de allí las controversias que esas películas suscitaron y su prohibición en la televisión durante largos años.²⁸

Resulta evidente que las memorias colectivas impuestas y defendidas por un trabajo especializado de encuadramiento, sin ser el único factor aglutinador, son, ciertamente, un ingrediente importante para la perennidad del tejido social y de las estructuras institucionales de una sociedad. Así, el denominador común de todas esas memorias y también las tensiones entre ellas intervienen en la definición del consenso social y de los conflictos en un determinado momento coyuntural. Pero ningún grupo social, ninguna institución, por más estables y sólidos que puedan parecer, tienen su perennidad asegurada. Su memoria, con todo, puede sobrevivir a su desaparición, asumiendo en general la forma de un mito que, por no poder anclarse en la realidad política del momento, se alimenta de referencias culturales, literarias o religiosas. El pasado lejano puede entonces volverse promesa de futuro y, a veces, desafío lanzado al orden establecido.

Se observó la existencia en una sociedad de memorias colectivas tan numerosas cuanto lo son las unidades que componen la sociedad. Cuando ellas se integran bien en la memoria nacional dominante, su coexistencia no plantea problemas, al contrario de las memorias subterráneas discutidas anteriormente. Fuera de los momentos de crisis, estas últimas son difíciles de localizar, y exigen que se recurra al instrumento de la historia oral. Individuos y ciertos grupos pueden insistir en venerar justamente aquello que los encuadradores de una memoria colectiva en un nivel más global se esfuerzan

²⁸ El análisis de esos ejemplos se encuentra en H. Rousso, op. cit.

por minimizar o eliminar. Si el análisis del trabajo de encuadramiento, de sus agentes y sus rasgos materiales es una clave para estudiar, desde arriba hacia abajo, cómo las memorias son construidas, deconstruidas y reconstruidas, el procedimiento inverso, aquel que, con los instrumentos de la historia oral parte de las memorias individuales pone en evidencia los límites de ese trabajo de encuadramiento y, al mismo tiempo, revela un trabajo psicológico del individuo que tiende a controlar las heridas, las tensiones y contradicciones entre la imagen oficial del pasado y sus recuerdos personales.

El mal del pasado

Tales dificultades y contradicciones son particularmente marcadas en países que atravesaron guerras civiles en un pasado cercano, como España, Austria o Grecia. Otro ejemplo muy ilustrativo lo constituyen, en Alemania, las discusiones acerca del fin de la Segunda Guerra Mundial. ¿Fue una liberación o una guerra perdida? ¿O ambas cosas a la vez? ¿Cómo organizar la conmemoración de un acontecimiento que provoca tantos sentimientos ambivalentes, atravesando no sólo todas las organizaciones políticas, sino muchas veces a un mismo individuo?

Del lado opuesto, la voluntad de olvidar los traumas del pasado frecuentemente surge en respuesta a la conmemoración de acontecimientos lacerantes. Un análisis del contenido de cerca de cuarenta relatos autobiográficos de mujeres sobrevivientes del campo de concentración de Auschwitz-Birkenau, publicados en francés, inglés y alemán, y completados por entrevistas, revela en muchos casos el deseo simultáneo, al regreso del campo, de testimoniar y olvidar para poder retomar una vida "normal".²⁹ Muchas veces, también, el silencio de las víctimas oficialmente internadas en los campos por motivos no "políticos" refleja una necesidad de hacer un buen papel frente a las representaciones dominantes que valoran a las víctimas de la persecución política más que a las otras. Así, el hecho de haber sido condenada por "vergüenza racial", delito que, según la legislación de 1935, prohibía las relaciones sexuales entre "arios" y "judíos", constituyó uno de los mayores obstáculos que una de las mujeres entrevistadas sentía al hablar de sí misma.³⁰ Una investigación de historia oral hecha en Alemania junto a los sobrevivientes homosexuales de los campos comprueba trágicamente el silencio colectivo de aquellos que, después de la guerra, muchas veces temieron que la revelación de las razones de su internación pudieran provocar denuncias, pérdida de empleo o revocación de un contrato de locación.³¹ Se

²⁹ M. Pollack y N. Heinrich, op. cit.

³⁰ G. Botz, M. Pollak, "Survivre dans un camp de concentration", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 41, 1982, p. 3 sq.

³¹ R. Lautmann, *Der Zwang sur Tugend*, Frankfurt, Suhrkamp, 1984, p. 156 sq.

comprende por qué ciertas víctimas de la máquina de represión del Estado-SS –los criminales, las prostitutas, los “asociales”, los vagabundos, los gitanos y los homosexuales– hayan sido conscienzudamente evitadas en la mayoría de las “memorias encuadradas” y no hayan prácticamente tenido voz en la historiografía. Debido a que la represión de la cual son objeto es aceptada hace mucho tiempo, la historia oficial evitó también durante mucho tiempo someter la intensificación asesina de su represión bajo el nazismo a un análisis científico.

Así como una “memoria encuadrada”, una historia de vida recopilada por medio de la entrevista oral, ese resumen condensado de una historia social individual, es también susceptible de ser presentada de innumerables maneras en función del contexto en el cual es relatada. Pero al igual que en el caso de una memoria colectiva, esas variaciones de una historia de vida son limitadas. Tanto a nivel individual como a nivel del grupo, todo sucede como si coherencia y continuidad fueran comúnmente admitidas como las señales distintivas de una memoria creíble y de un sentido de identidad asegurados.³²

En todas las entrevistas sucesivas –en el caso de historias de vidas de larga duración– en que la misma persona vuelve varias veces a un número restringido de acontecimientos (sea por su propia iniciativa, sea provocada por el entrevistador), ese fenómeno puede ser constatado hasta en la entonación. A despecho de variaciones importantes, se encuentra un núcleo resistente, un hilo conductor, una especie de *leit-motiv* en cada historia de vida. Esas características de todas las historias de vida sugieren que estas últimas deben ser consideradas como instrumentos de reconstrucción de la identidad, y no solamente como relatos factuales. Por definición la historia de vida es una reconstrucción *a posteriori*, que ordena acontecimientos que marcaron una existencia. Además, al contar nuestra vida, en general intentamos establecer cierta coherencia por medio de lazos lógicos entre acontecimientos clave (que aparecen entonces de una forma cada vez más solidificada y estereotipada), y de una continuidad, resultante de la ordenación cronológica. A través de ese trabajo de reconstrucción de sí mismo el individuo tiende a definir su lugar social y sus relaciones con los demás.

Se puede imaginar, para aquellos y aquellas cuya vida fue marcada por múltiples rupturas y traumas, la dificultad planteada por ese trabajo de construcción de una coherencia y de una continuidad de su propia historia. Así como las memorias colectivas y el orden social que ellas contribuyen a constituir, la memoria individual resulta de la gestión de un equilibrio precario, de un sinnúmero de contradicciones y tensiones. Encontramos rasgos de esto en nuestra investigación sobre las mujeres sobrevivientes del campo de concentración de Auschwitz-Birkenau, sobre todo entre aquellas para las

cuales la inexistencia de un compromiso político imposibilitó conferir un sentido más general al sufrimiento individual. De este modo, las dificultades y bloqueos que eventualmente surgieron a lo largo de una entrevista sólo raramente resultaban de vacíos en la memoria o de olvidos, sino de una reflexión sobre la utilidad misma de hablar y transmitir su pasado. En la ausencia de toda posibilidad de hacerse comprender, el silencio sobre sí mismo –diferente del olvido– puede incluso ser una condición necesaria (presumida o real) para el mantenimiento de la comunicación con el medio ambiente, como en el caso de una sobreviviente judía que eligió permanecer en Alemania.

Una entrevista realizada con una deportada residente en Berlín mostró que un pasado que permanece mudo es muchas veces menos el producto del olvido que de un trabajo de gestión de la memoria según las posibilidades de comunicación. Durante toda la entrevista, el significado de las palabras “alemana” y “judía” se alteró en función de las situaciones que aparecían en el relato. Al utilizar estos términos, esa mujer por momentos se integraba, por momentos se excluía del grupo y de las características por ellos designados. De la misma forma, el desarrollo de esa entrevista reveló que ella había organizado toda su vida social no en torno a la posibilidad de poder hablar de su experiencia en el campo, sino de una manera capaz de proporcionarle un sentimiento de seguridad, o sea, de ser comprendida sin tener que hablar sobre eso.³³ Ese ejemplo sugiere que aun a nivel individual el trabajo de la memoria es indisoluble de la organización social de la vida. Para ciertas víctimas de una forma límite de la clasificación social, aquella que quiso reducir las a la condición de “subhombres”, el silencio, además de acomodación al medio social, podría representar también un rechazo a dejar que la experiencia del campo, una situación límite de la experiencia humana, fuera integrada en una forma cualquiera de “memoria encuadrada” que, por principio, no escapa al trabajo de definición de fronteras sociales. Es como si ese sufrimiento extremo exigiera un anclaje en una memoria muy general, la de la humanidad, una memoria que no dispone ni de portavoz ni de personal de encuadramiento adecuado.

32 M. Pollak, “Encadrement et silence: le travail de la mémoire”, *Pénélope*, 12, 1985, p. 35.

33 M. Pollak, “La gestion de l'indicible”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 62/63, 1986, p. 30 sq.

MEMORIA E IDENTIDAD SOCIAL*

Michael Pollak

Trataré aquí el problema de la relación entre memoria e identidad social, más precisamente en el ámbito de las historias de vida o de lo que hoy, como nueva área de investigación, se llama historia oral.

Últimamente ha surgido cierto número de publicaciones que hacen referencia, bajo aspectos relativamente diferentes, al problema de la memoria –y me refiero solamente al abordaje histórico– y al problema de la identidad.

Remitiéndonos al caso francés, la última obra de Fernand Braudel fue precisamente un libro sobre la identidad de ese país. En este caso predominaba la preocupación por los conceptos de identidad y de construcción, en la larga duración, de una identidad nacional. En lo que atañe a la memoria, pienso sobre todo en la obra de Pierre Nora, *Les lieux de la mémoire*, que es una tentativa de encontrar una metodología para aprehender, en los vestigios de la memoria, aquello que pueda relacionarlos principalmente, pero no exclusivamente, con la memoria política. Finalmente, en el caso de las diversas investigaciones de historia oral, que utilizan entrevistas –sobre todo entrevistas de historia de vida– es obvio que lo que se recoge son memorias individuales, o, si fuera el caso de entrevistas grupales, memorias más colectivas, y el problema allí es saber cómo interpretar ese material.

Si tomamos en cuenta cierto número de conceptos usados frecuentemente en la historia de Francia –aunque es obvio que podría tratarse de cualquier otro país–, hay algunas designaciones, atribuidas a determinados períodos, que aluden directamente a hechos de memoria, mucho más que a acontecimientos o hechos históricos no trabajados por memorias. Por ejemplo,

* Nota de la editora: Texto publicado originalmente en portugués en la Revista *Estudos Históricos*, Rio de Janeiro, vol. 5, nº 10, 1992, p. 200-212. Pollak estuvo en Brasil entre octubre y diciembre de 1987, como profesor visitante del *Centro de Pesquisa e Documentação de História Contemporânea do Brasil* de la *Fundação Getúlio Vargas* (CPDOC) y del Programa de Posgrado en Antropología Social (PPGAS) del Museu Nacional do Rio de Janeiro. En esa ocasión dictó, en el CPDOC, la conferencia aquí publicada.

cuando se habla de los "años sombríos", para designar la época de Vichy, o cuando se habla de los "treinta gloriosos", que son los treinta años posteriores a 1945, esas expresiones remiten más a nociones de memoria, o sea, a percepciones de la realidad, que a la factualidad positivista subyacente a tales percepciones.

A priori, la memoria parece ser un fenómeno individual, algo relativamente íntimo, propio de la persona. Pero Maurice Halbwachs, en los años 1920-1930, ya había subrayado que la memoria debe ser entendida también, o sobre todo, como un fenómeno colectivo y social, o sea como un fenómeno construido colectivamente y sometido a fluctuaciones, transformaciones, mudanzas constantes.

Si destacamos esa característica fluctuante, mutable, de la memoria, tanto individual como colectiva, debemos recordar también que en la mayoría de las memorias existen marcos o puntos relativamente invariables, inmutables. Todos los que ya realizaron entrevistas de historias de vida perciben que, en el transcurso de una entrevista muy larga, donde el orden cronológico no es necesariamente obedecido y donde los entrevistados vuelven varias veces sobre los mismos hechos, hay en esas reiteraciones sobre determinados períodos de la vida, o sobre ciertos hechos, algo de invariante. Es como si, en una historia de vida individual –pero esto ocurre igualmente en memorias construidas colectivamente– hubiera elementos irreductibles, en los que el trabajo de solidificación de la memoria fue tan importante que imposibilitó la ocurrencia de cambios. En cierto sentido, determinado número de elementos se hacen realidad, pasan a ser parte de la persona, aunque otros tantos acontecimientos y hechos puedan modificarse en función de los interlocutores, o en función de los movimientos del habla.

¿Cuáles son, entonces, los elementos constitutivos de la memoria, individual o colectiva? En primer lugar, son los *acontecimientos* vividos personalmente. En segundo lugar, son los acontecimientos que yo llamaría "vividos indirectamente", o sea acontecimientos vividos por el grupo o por la colectividad a la cual la persona se siente pertenecer. Son acontecimientos de los cuales la persona no siempre participó pero que, en el imaginario, tomaron tanto relieve que es casi imposible que ella pueda saber si participó o no. Si vamos más lejos, a esos acontecimientos vividos indirectamente se suman todos los eventos que no se sitúan dentro del espacio-tiempo de una persona o de un grupo. Es perfectamente posible que, por medio de la socialización política, o de la socialización histórica, ocurra un fenómeno de proyección o de identificación con determinado pasado, tan fuerte que podemos hablar de una memoria casi heredada. De hecho –y me gustaría remitirme al libro de Philippe Joutard sobre los *camisards*–, pueden existir acontecimientos regionales que traumatizaron y marcaron tanto a una región o a un grupo, que su memoria puede ser transmitida a lo largo de los siglos con altísimo grado de identificación.

Además de estos acontecimientos, la memoria está constituida por *personas, personajes*. Aquí también podemos aplicar el mismo esquema, hablar de personajes realmente encontrados en el transcurso de la vida, de personajes frecuentados indirectamente pero que, por así decirlo, se transformaron casi en conocidos, e incluso de personajes que no pertenecieron necesariamente al espacio-tiempo de la persona. Por ejemplo, en el caso de Francia, no es necesario haber vivido en la época del general De Gaulle para sentirlo como un contemporáneo.

Sumados a los acontecimientos y los personajes, podemos finalmente señalar los *lugares*. Hay lugares de la memoria, lugares particularmente relacionados con un recuerdo, que puede ser un recuerdo personal, pero también puede no tener apoyo cronológico. Puede ser, por ejemplo, un lugar de vacaciones en la infancia, que permaneció imborrable en la memoria de la persona, independientemente de la fecha real en que la vivencia se dio. En la memoria más pública, en los aspectos más públicos de la persona, puede haber lugares de apoyo de la memoria, que son los lugares de conmemoración. Los monumentos a los muertos, por ejemplo, pueden servir de base para evocar el recuerdo de un período que la persona vivió por sí misma, o de un período vivido indirectamente. Para mi generación, en Europa, este es el caso de la Segunda Guerra Mundial.

Lugares muy lejanos, fuera del espacio-tiempo de la vida de una persona, pueden constituir un lugar importante para la memoria del grupo, y por consiguiente, de la propia persona, sea indirectamente, sea por pertenencia a ese grupo. Aquí me estoy refiriendo al ejemplo de ciertos europeos originarios de las colonias. La memoria de África, sea de Camerún o del Congo, puede formar parte de la herencia familiar, con tanta fuerza, que se transforma prácticamente en sentimiento de pertenencia. Otro ejemplo es el de la segunda generación de los pies negros (*pieds noirs*) en Francia, que ni siquiera nacieron en Argelia, pero entre los cuales el recuerdo argelino fue mantenido de tal manera que el lugar se volvió formador de la memoria.

Estos tres criterios, acontecimientos, personajes y lugares, conocidos directa o indirectamente, pueden obviamente tener que ver con acontecimientos, personajes y lugares reales, empíricamente fundados en hechos concretos, o pueden tratarse también de la proyección de otros eventos. Es el caso, en Francia, de la confusión entre los hechos relacionados con una u otra guerra. La Primera Guerra Mundial dejó marcas muy fuertes en ciertas regiones, debido al gran número de muertos. Quedó registrada como la guerra más devastadora, y frecuentemente los muertos de la Segunda Guerra fueron asimilados a los de la Primera. En ciertas regiones, ambas se hicieron una sola, casi una gran guerra.

Lo que ocurre en estos casos son por lo tanto, transferencias, proyecciones. En una serie de entrevistas que realizamos sobre la guerra en

Normandía, que fue invadida en 1940 por las tropas alemanas y la primera en ser liberada, encontramos personas que, en la época, debían tener alrededor de 15, 16 o 17 años, y recordaban a los soldados alemanes con cascos puntudos (*casques à pointe*). Pero los cascos puntudos son típicamente prusianos, de la época de la Primera Guerra Mundial, y fueron usados hasta 1916, 1917. Era, por lo tanto, una transferencia, a partir de la memoria de los padres, de la ocupación alemana de Alsacia y Lorena en la Primera Guerra, cuando los soldados alemanes eran apodados "cascos puntudos", para referirse a la Segunda Guerra. Por decirlo de algún modo, una transferencia por herencia.

Además de estas diversas proyecciones, que pueden ocurrir con relación a eventos, lugares y personajes, está también el problema de los vestigios fechados de la memoria, o sea aquello que queda grabado como fecha precisa de un acontecimiento. En función de la experiencia de una persona, de su inscripción en la vida pública, las fechas de la vida privada o de la vida pública van a ser o bien asimiladas, o estrictamente separadas, o van a estar ausentes en el relato o en la biografía. Cuando entrevistamos a amas de casa de Normandía que pasaron por la guerra, por la ocupación, por la liberación, etc., las fechas precisas que pudimos identificar en sus relatos eran las de la vida familiar, e incluso fechas muy precisas del nacimiento de todos los primos, todas las primas, todos los sobrinos y sobrinas. Pero había una evidente imprecisión con relación a las fechas públicas, ligadas a la vida política.

En el extremo opuesto, sólo para marcar la polaridad, si hacemos entrevistas con personajes públicos, la vida privada va a desaparecer prácticamente del relato. Nos encontraremos con una reconstrucción política de la biografía, donde las fechas públicas casi se vuelven fechas privadas. Es obvio que no podemos interpretar esto exclusivamente como una especie de sobre-construcción política del personaje. Puede ocurrir de hecho que las coacciones de la vida pública, como por ejemplo el tiempo disponible, lleven a una persona, a partir de un determinado momento de su vida, a reducirse prácticamente al personaje público, a la representación de ese personaje. Por lo tanto, no se debe considerar estos aspectos como indicadores de disimulación o falsificación del relato. Lo que importa es saber cuál es la relación real entre esto y la construcción del personaje.

Sobre todo con relación a las fechas públicas, se observan claros fenómenos de transferencia, que incluso a veces, son sancionados legalmente. En el caso del fin de la guerra, analizamos las conmemoraciones en Francia, esto es, usamos como indicadores empíricos las prácticas de conmemoración, en vez de apoyarnos en las memorias individuales. Observamos en qué día del año y de qué manera los habitantes de pequeñas aldeas conmemoraban el fin de la guerra. En este caso, también pudimos verificar que en la mayoría de las regiones francesas, aunque haya fechas oficiales relativas al final de la

Primera Guerra Mundial, 11 de noviembre, y de la Segunda Guerra, 8 de mayo, en la práctica, casi espontánea y automáticamente las poblaciones sólo conservaban una única fecha, el 11 de noviembre. El 8 de mayo era claramente indentificado como un feriado cualquiera, como un domingo, mientras que el 11 de noviembre era la fecha en la que se realizaban conmemoraciones dobles, alusivas a las dos guerras. Las memorias individuales y la actuación de las asociaciones de ex combatientes, se reunían para atribuir a la Primera Guerra un mayor peso en la historia de Francia que a la Segunda, a través de una memoria más traumática, ligada al número de víctimas.

Otro factor que actúa en esa transferencia del 8 de mayo al 11 de noviembre es, simplemente, la importancia real que se le adjudican a las respectivas fechas históricas en determinadas regiones. Podemos ver que, en estos casos, la memoria puede "vencer" a la cronología oficial. Se sabe que Francia fue liberada por etapas. En consecuencia, la fecha de la vivencia de la Liberación y del fin de la guerra no es la misma para todos. El 8 de mayo es una fecha muy lejana, porque es muy posterior a la fecha de la liberación de París. El gran momento de la alegría popular no es 1945, no es el 8 de mayo, y sí la segunda mitad del año 1944. En rigor, se puede decir que, además de la transferencia entre fechas oficiales, aparece un predominio de la memoria sobre una determinada cronología política, aunque esta última esté más fuertemente investida por la retórica, e incluso por la reconstrucción historiográfica.

Después de esta corta introducción, que muestra los diferentes elementos de la memoria, así como los fenómenos de proyección y transferencia que pueden ocurrir dentro de la organización de la memoria individual o colectiva, ya tenemos una primera caracterización, aproximada, del fenómeno de la memoria. *La memoria es selectiva*. No todo queda registrado.

La memoria es, en parte, heredada, no se refiere solamente a la vida física de la persona. La memoria también sufre fluctuaciones que están en función del momento en que resulta articulada, en que está siendo expresada. Las preocupaciones del momento constituyen un elemento de estructuración de la memoria. Esto es verdad también con relación a la memoria colectiva, aunque ésta sea bastante más organizada. Todos saben que hasta las fechas oficiales están fuertemente estructuradas desde el punto de vista político. Cuando se busca encuadrar la memoria nacional por medio de fechas elegidas para las fiestas nacionales hay, muchas veces, problemas de lucha política. Una memoria tan organizada como la memoria nacional constituye un objeto de disputa importante, y son habituales los conflictos para determinar qué fechas y qué acontecimientos van a ser recordados en la memoria de un pueblo.

Este último elemento de la memoria—su organización en función de las preocupaciones políticas y personales del momento— muestra que la memoria es un *fenómeno construido*. Cuando hablo de construcción a nivel individual, quiero decir que los modos de construcción pueden ser conscientes o inconscientes. Lo que la memoria individual guarda, recalca, excluye, recuerda, es evidentemente el resultado de un verdadero trabajo de organización. Si podemos decir que, en todos los niveles, la memoria es un fenómeno construido social e individualmente, cuando se trata de la memoria heredada podemos también decir que hay una relación fenomenológica muy estrecha entre la memoria y el sentimiento de identidad. Aquí el sentimiento de identidad se considera en su sentido más superficial, pero nos basta por el momento: es el sentido de la imagen de sí, para sí y para los otros. Esto es, la imagen que una persona adquiere, relativa a sí misma, a lo largo de la vida, la imagen que ella construye y presenta a los otros y a sí misma, para creer en su propia representación, pero también, para ser percibida de la manera en que quiere ser vista por los demás.

En esta construcción de la identidad —y ahí recorro a la literatura de la psicología social, y, en parte, a la del psicoanálisis— hay tres elementos esenciales. La unidad física, o sea, el sentimiento de tener fronteras físicas, en el caso del cuerpo de la persona, o fronteras de pertenencia al grupo, en el caso de un colectivo; la continuidad en el tiempo, en el sentido físico de la palabra, pero también en el sentido moral y psicológico; finalmente, el sentimiento de coherencia, o sea de que los diferentes elementos que forman un individuo están efectivamente unificados. Esto es tan importante que si hay una fuerte ruptura de ese sentimiento de unidad o de continuidad, podemos observar fenómenos patológicos. Podemos, por lo tanto, decir que *la memoria es un elemento constituyente del sentimiento de identidad*, tanto individual como colectiva, en la medida en que es también un componente muy importante del sentimiento de continuidad y de coherencia de una persona o de un grupo en su reconstrucción de sí.

Si asimilamos aquí la identidad social a la imagen de sí, para sí y para los otros, hay un elemento de esas definiciones que necesariamente escapa al individuo, y por extensión al grupo, y este elemento es el Otro. Nadie puede construir una auto imagen exenta de cambios, de negociación, de transformación en función de los otros. La construcción de la identidad es un fenómeno que se produce en referencia a los otros, en referencia a los criterios de aceptabilidad, de admisibilidad, de credibilidad, y que se hace por medio de la negociación directa con los otros. Vale decir que memoria e identidad pueden ser perfectamente negociadas, y no son fenómenos que deban ser comprendidos como esencias de una persona o de un grupo.

Si es posible la confrontación entre la memoria individual y la memoria de los otros, eso muestra que *la memoria y la identidad son valores disputados*

en conflictos sociales e intergrupales, y particularmente, en conflictos que oponen grupos políticos diversos. Todo el mundo sabe hasta qué punto la memoria familiar puede ser fuente de conflictos entre personas. Por ejemplo, todos los que hicieron investigación de historia oral sobre las estructuras familiares en las clases populares, como lo hice en Austria, pudieron verificar hasta qué punto un nacimiento ilegítimo puede ser importante cuando se trata de resolver litigios ligados a herencias. No se trata sólo de herencia en el sentido material, sino también en el sentido moral, o sea, del valor atribuido a determinada filiación. Saberlos que la memoria, así como el sentimiento de identidad en esa continuidad heredada, constituye un punto importante en la disputa por los valores familiares, un punto focal en la vida de las personas.

En un nivel más organizado, veremos lo que sucede con relación a la memoria de un grupo. Tomemos como grupos no solamente partidos políticos o sindicatos, sino también grupos un poco más informales. En Francia, tomaré el ejemplo de los que fueron deportados durante la Segunda Guerra Mundial. Es totalmente trágico verificar hasta qué punto su memoria constituye un capital importante para que sean reconocidos por los otros, o sea, para que sean valorados por los otros, en el momento inmediatamente posterior a la guerra, cuando ya nadie o casi nadie quiere escuchar hablar de sufrimiento. Además del problema de la valorización con relación a la sociedad en general, en la diversidad de los recuerdos y de las memorias se revelan también disputas y litigios entre los propios subgrupos de deportados. La deportación fue vivenciada de modo diferente según sus razones oficiales. Un motivo como la participación en la Resistencia era más fácil de valorizar después de la guerra que, por ejemplo, haber sido preso en una *razzia* por ser judío. O incluso, haber sido deportado por un delito penal, o por haber actuado en el mercado negro. Hay una multitud de motivos, una multitud de memorias y recuerdos que hacen difícil la valorización con relación a la sociedad en general, y que pueden ser el origen de conflictos entre personas que vivenciaron el mismo acontecimiento y que, a priori, por tener en sus vidas elementos constitutivos comunes, deberían sentirse pertenecientes al mismo grupo de destino, a la misma memoria.

El carácter conflictivo se hace evidente en la memoria de organizaciones constituidas, tales como las familias políticas o ideológicas. Nuevamente en el caso francés, puedo hablar de la memoria de la Resistencia. Es sabido que la Resistencia francesa tuvo componentes muy diversificados: grupos comunistas, grupos gaullistas, grupos que habían optado por una resistencia organizada dentro del país y que adhirieron, con mayor o menor rapidez, al general De Gaulle. Por consiguiente, en esa memoria hay un cierto número de objetivos, de conflictos, de litigios. Sólo para saber quién detentaba la verdadera legitimidad de haber sido la vanguardia de la Resistencia hubo grandes disputas

en el juego político francés después de 1945 entre las dos familias políticas e ideológicas que eran, de un lado, el gaullismo, y del otro, el comunismo. El objetivo era ver reconocida la propia interpretación del pasado, y luego, la propia memoria. La elaboración de ese tipo de memoria implica un trabajo muy arduo, que lleva tiempo, y que consiste en la valorización y jerarquización de las fechas, de los personajes y de los acontecimientos.

En el *Institut d'Histoire du Temps Présent*, investigamos sobre el recuerdo de la Resistencia y pudimos verificar que en los años '50, el porcentaje de miembros de la Resistencia que relataban haber escuchado personalmente la arenga del general De Gaulle, el 18 de junio de 1940, era relativamente bajo. Pero si hoy fuéramos a entrevistar a antiguos miembros de la Resistencia, tendríamos dificultad en encontrar uno que no haya escuchado la arenga del 18 de junio. Bajo ciertos aspectos, la memoria gaullista logró transformarse en memoria nacional o, por lo menos, dejó cierto número de fechas extremadamente valorizadas.

Otro hecho que constituye una especie de muestra de entendimiento, entre las diversas familias de la Resistencia, es el personaje de Jean Moulin. En los años '50, Jean Moulin aparece como uno de los líderes de la Resistencia, al que poca gente conoció personalmente. Después del traslado de su cuerpo al Panthéon, y de su reconocimiento como líder incontestable de la Resistencia interna —o sea, como aquel que fue enviado por Londres y realizó la tarea de unificación de los diversos grupos de la Resistencia— pasó a ser conocido personalmente por todos.

Está claro, por lo tanto, que la memoria específicamente política puede ser motivo de disputa entre varias organizaciones. Para caracterizar esa memoria constituida, me gustaría introducir el concepto de *trabajo de encuadramiento de la memoria*. Vale decir: hay un trabajo que es parcialmente realizado por los historiadores. Tenemos historiadores orgánicos, en el sentido utilizado por Gramsci, que son los historiadores del Partido Comunista, los historiadores del movimiento gaullista, los historiadores socialistas, los sindicalistas, etc., cuya tarea es precisamente encuadrar la memoria. Con relación a la herencia del siglo XIX, que considera la historia esencialmente como una historia nacional, podemos preguntarnos si la función del historiador no habrá consistido, hasta cierto punto, en ese trabajo de encuadramiento tendiente a la formación de una historia nacional. Este fenómeno está más claramente acentuado en países cuya unificación nacional se dio tardíamente, y en donde la ciencia histórica tenía una tarea de unificación y mantenimiento de la unidad. Me estoy refiriendo a cierta corriente de la historiografía alemana del siglo XIX marcada por el nombre de Trautschke, fenómeno que en otros países también es bien conocido.

Por consiguiente, el trabajo de encuadramiento de la memoria puede ser analizado en términos de inversión. Yo podría decir que, en cierto sentido,

una historia social de la historia sería el análisis de ese trabajo de encuadramiento de la memoria. Tal análisis puede ser hecho en organizaciones políticas, sindicales, en la Iglesia, en fin, en todas las instituciones u organizaciones que llevan a los grupos a solidificar, a enmarcar lo social.

Además del trabajo de encuadramiento de la memoria, está también el *trabajo de la propia memoria en sí*. O sea: cada vez que una memoria está relativamente constituida realiza un trabajo de mantenimiento, de coherencia, de unidad y de continuidad de la organización. Por ejemplo, a partir del momento en que el Partido Comunista dio forma a su historia y su memoria, esa misma memoria pasó a trabajar por sí sola, a influir en la organización, en las generaciones futuras de cuadros; las inversiones del pasado, por así decirlo, rindieron intereses. Ese fenómeno se hace bien visible en momentos en que, en función de la percepción por parte de otras organizaciones, es necesario realizar el trabajo de reconfiguración de la memoria del propio grupo. Esto es obvio en el caso del Partido Comunista. Cada vez que ocurre una reorganización interna, con cada reorientación ideológica importante, se reescribe la historia del partido y la historia general. Tales momentos no son casuales, son objeto de inversiones extremadamente costosas en términos políticos y en términos de coherencia, de unidad, y por tanto de identidad de la organización. Como sabemos, es en esos momentos que ocurren las escisiones y la creación, sobre un fondo heterogéneo de memoria o de fidelidad a la memoria antigua, de nuevas agrupaciones.

Espero que esta rápida descripción de la problemática de la constitución y de la construcción social de la memoria en diversos niveles muestra que hay un precio que deberá ser pagado, en términos de inversión y de riesgo, a la hora del cambio y de la reconfiguración de la memoria, y evidencie también la relación entre ésta y lo que la sociología llama identidades colectivas. Por identidades colectivas estoy aludiendo a todas las inversiones que un grupo debe hacer a lo largo del tiempo, todo el trabajo necesario para dar a cada miembro del grupo —se trate de familia o de nación— el sentimiento de unidad, de continuidad y de coherencia.

Quisiera enfatizar que cuando la memoria y la identidad están suficientemente constituidas, suficientemente instituidas, suficientemente conformadas, los cuestionamientos provenientes de grupos externos a la organización, los problemas planteados por los otros, no llegan a provocar la necesidad de proceder a reconfiguración, ni en el nivel de la identidad colectiva ni en el de la identidad individual. Cuando la memoria y la identidad trabajan por sí solas, eso corresponde a aquello que yo llamaría coyuntura o períodos calmos, en los que disminuye la preocupación por la memoria y la identidad. Si comparamos, por ejemplo, países de antigua tradición nacional, países que son estados nacionales hace muchos siglos, con estados nacionales recientes, veremos que la preocupación por la identidad y la memoria adquiere rasgos

bien diferentes en ambos casos. Podríamos tomar como objeto de análisis la correlación, en períodos de larga duración, entre la reconfiguración de las relaciones entre países en momentos de crisis o de guerra, y la crisis de la memoria y del sentimiento de identidad colectiva que frecuentemente precede, acompaña o sucede a esos momentos.

Siguiendo esta hipótesis, podríamos proponer aquí un punto para la discusión: ¿por qué será que actualmente asistimos a un interés renovado, en las ciencias humanas y en la historia, por el problema de la fuerte relación entre memoria e identidad? Dicho interés es patente en muchas publicaciones que utilizan métodos muy diferentes, tales como el análisis de las conmemoraciones y de los lugares, pero también el análisis de los discursos, de textos, de entrevistas y de historias individuales. Es con esta cuestión que concluyo mi exposición.

Intervenciones en el debate

- Sobre la crítica a la historia oral como método apoyado en la memoria, capaz de producir representaciones y no reconstituciones de lo real:

Si la memoria está construida socialmente, es obvio que toda la documentación también lo está. Para mí, no hay diferencia fundamental entre fuente escrita y fuente oral. La crítica de las fuentes, tal como todo historiador aprende a hacer, debe, a mi juicio, ser aplicada a todos los tipos de fuentes. Desde ese punto de vista, la fuente oral es exactamente comparable a la fuente escrita. Ni siquiera la fuente escrita puede ser tomada tal y como se presenta.

El trabajo del historiador se hace siempre a partir de alguna fuente. Es evidente que la construcción que hacemos del pasado, incluso la construcción más positivista, es siempre tributaria de la intermediación del documento. En la medida en que esa intermediación es ineludible, todo el trabajo del historiador se apoya en una primera reconstrucción. Pienso que ya no podemos permanecer, desde el punto de vista epistemológico, atados a una ingenuidad positivista primaria. No creo que hoy en día haya mucha gente que defienda esa posición.

Ahora es obvio que la recopilación de representaciones por medio de la historia oral, que es también historia de vida, se volvió claramente un instrumento privilegiado para abrir nuevos campos de investigación. Por ejemplo, hoy podemos abordar el problema de la memoria de modo muy diferente a como se hacía diez años atrás. Tenemos nuevos instrumentos metodológicos, pero sobre todo tenemos nuevos campos. En rigor, sin asumir el punto de vista del positivismo ingenuo, podemos considerar que la propia historia de las representaciones sería la historia de la reconstrucción

cronológica de este o de aquel período. Lo que se ha hecho recientemente, como por ejemplo la historia de la autorepresentación de las elites de un país, y también la historia de la cultura popular, o de la autopercepción popular es, a mi juicio, una historia perfectamente legítima.

Por otro lado, la multiplicación de los objetos que pueden interesar a la historia producida por la historia oral, implica indirectamente lo que yo llamaría "una sensibilidad epistemológica específica", agudizada.

Por esa razón, creo que la historia oral nos obliga a tomar aun más en serio la crítica de las fuentes. Y, en la medida en que, a través de la historia oral, la crítica de las fuentes se vuelve imperiosa y aumenta la exigencia técnica y metodológica, creo que somos llevados a perder, además de la ingenuidad positivista, la ambición y las condiciones de posibilidad de una historia vista como ciencia de síntesis para todas las otras ciencias humanas y sociales. Hay una perspectiva que considera la historia como la reconstrucción, para un período determinado, de todos los materiales que las demás ciencias nos proporcionan. Pero, en la medida en que los objetos de la historia se diversifican, se multiplican, yo personalmente veo, en esa pluralización, una gran dificultad para mantener la ambición de la historia como ciencia de síntesis. Pienso que, por la fuerza de las cosas, la historia vendrá a ser una disciplina particularizada –sin volverse parcial, ya que eso es lo que se critica hoy a la historia oral, una supuesta parcialidad. Creo que, tal vez, este es el destino de la historia. En eso veo una continuidad entre la historia social cuantificada y la historia oral. Creo que esos dos campos aparentemente tan opuestos presentan una continuidad. Veo también una relación particularmente estrecha entre la historia y ciertos subcampos de la sociología.

Algo que quiero volver a subrayar es el problema de la subjetividad y de las fuentes. En primer lugar, hasta la más subjetiva de las fuentes, tal como una historia de vida individual, puede sufrir una crítica por cruce de informaciones obtenidas a partir de fuentes diferentes. Pero creo que al hacerlo, y voy a dar un ejemplo, llegamos rápidamente a agotar la capacidad de trabajo de los investigadores. Es preciso reconocer esto honestamente.

En la investigación sobre historias de vida de mujeres deportadas, sobre la cual se funda mi artículo "Le Témoignage"^{*}, la primera historia de vida que recogimos, con una duración de aproximadamente diez horas, fue controlada bajo todos los aspectos. Éramos cuatro investigadores para una sola historia de vida, y comenzamos un control muy cerrado de todas las informaciones. Primero, controlamos la fecha de nacimiento de la mujer, mediante consulta al registro civil. Después, controlamos la escritura del departamento de su familia en Viena, la fecha del convoy que la llevó al campo de exterminio, la fecha de la operación que sufrió en Auschwitz. Lo encontramos todo. Para una sola entrevista, una sola historia de vida, cuatro personas

^{*} Véase texto en el capítulo 3 de este libro.

trabajaron durante dos años. Resulta evidente que si hacemos un proyecto que implica un centenar de historias de vida, o incluso sólo treinta, se agotará en seguida la capacidad de trabajo del equipo. Si pretendemos controlar todos los datos, será muy difícil realizar eso en la práctica.

Creo que lo que debemos hacer es buscar medios de controlar las distorsiones o la gestión de la memoria. Cuanto menos preconstruida esté una historia de vida, más funcionará aquello. En una historia de vida muy larga hay ciertas cosas que están solidificadas. En mi experiencia de trabajo, las cosas más solidificadas, así como las más fluidas —o sea, las que se transforman de una sesión de entrevista a otra— son las más problemáticas. Paradójicamente, son al mismo tiempo indicadoras de "verdad" y de "falsedad" —en el sentido positivista del término. Creo que las partes más construidas se relacionan con lo que es más verdadero para una persona, pero al mismo tiempo apuntan hacia aquello que es más falso, sobre todo cuando la construcción de determinada imagen no tiene relación, o está en franca ruptura, con el pasado real. Lo que más debe interesarnos en una entrevista son las partes más sólidas y las menos sólidas. Yo diría que en lo más y lo menos sólido se encuentra lo que es más fácil de identificar como verdadero, así como aquello que involucra problemas de interpretación.

Voy a dar un ejemplo. Entre los hechos más traumáticos de los campos de exterminio, había algunos que aparecieron en los primeros relatos publicados inmediatamente después de la guerra. Pero, tales hechos desaparecieron de los relatos publicados entre 1949 y 1980 para sólo reaparecer en la actualidad, en dos relatos publicados recientemente. Estos hechos tienen relación con el nacimiento de hijos de mujeres deportadas. En los campos de exterminio, cuando una deportada estaba embarazada, la comunidad de las mujeres la ocultaba para que no fuera asesinada. Como no podría tener en el trabajo el mismo rendimiento que las demás, la embarazada sería asesinada en cuanto fuera descubierta. Entonces, se daba este agudo problema de la realidad biológica de la mujer, de la alegría del nacimiento, y coincidiendo totalmente, en aquel universo, con la inevitabilidad de la muerte, tanto del recién nacido como de la madre.

Este tema surgió en las historias de vida que recogimos, pero siempre ligado a otra mujer y no a la entrevistada. Sólo cuando una entrevistada nos contó el hecho con relación a otra mujer que ya habíamos entrevistado, fue cuando pudimos tratar el tema. Esa otra mujer había tenido realmente un niño en el campo de exterminio, y pudimos retomar entonces su propia experiencia. Quedó claro que ese hecho había sido sólidamente registrado como acontecimiento colectivo, pero no individual. No podía aparecer como acontecimiento individual por ser demasiado trágico, demasiado traumático. Pero aparecía en todas las entrevistas con mucha fuerza. Aparecía en las historias de vida publicadas inmediatamente después de la guerra, tal vez por

ser más inmediatamente decible que después de 1949. En el caso de nuestras entrevistas, pudimos mostrar que el acto de relatar el evento personal, atribuyéndolo a otra persona, no atendía a una eventual decisión de falsear la información, sino que era simplemente una transposición necesaria, que permitía transmitir una experiencia extremadamente dolorosa. Por consiguiente, creo que entre lo "falso" y lo "verdadero", entre aquello que el relato tiene de más solidificado y de más variable, podemos encontrar lo que es más importante para la persona.

Volviendo al primer tema, creo que la historia tal como la investigamos puede ser extremadamente rica como productora de nuevos temas, de nuevos objetos y de nuevas interpretaciones. La historia se está transformando en *historias*, historias parciales y plurales, incluso con relación a la cronología. Con respecto a eso, me gustaría contar un caso. En una charla sobre historia oral en el IHTP, dictada por un investigador alemán, éste relató una investigación realizada en Alemania, en la cual había verificado que las fechas importantes de la historia alemana, de la historia oral popular, no eran 1933, ni 1938-39, inicio de la guerra, ni 1945. Eran 1935 y 1948.

La interpretación era que en las historias individuales del pueblo alemán, cortes políticos tales como la toma del poder por el Tercer Reich habían sido reprimidos, o no habían sido vividos como tan centrales. Pero las dos fechas recordadas eran fechas marcantes, porque correspondían a una clara mejoría económica. En 1935, para muchas familias alemanas era la primera vez que se asistía a la estabilización del empleo y de la renta familiar, así como 1948 era el año de la reforma monetaria. Por lo tanto, el acontecimiento marcante no era la creación de la República Federal Alemana en 1949, no era el fin de la guerra en 1945, sino que era 1948, fecha de la reforma monetaria. De repente, de un día para el otro, el mercado negro fue sustituido por un mercado más accesible, hubo un principio de estabilización económica, y esto se fijó en la cronología vivenciada. Ahora, ¿cómo podemos distinguir una cronología "verdadera" de una "falsa"? Creo que lo único que se puede decir es que hay cronologías plurales, en función de su modo de construcción, en el sentido del encuadramiento de la memoria, y también en función de una vivencia diferenciada de las realidades.

Lo más interesante de esta historia fue que en la discusión que siguió un historiador francés dijo: "¡Es absurdo, es inadmisibile, no se pueden ignorar las realidades, no se puede decir que 1948 es más importante que 1945!" Sólo que el historiador alemán no había dicho nada de eso, sino simplemente que las cronologías fijadas son plurales y diferenciadas. Para el historiador francés, esto era inadmisibile. Pero cuando se empezó a hablar de Francia, y del 8 de mayo de 1945, y de 1944, cuya importancia relativa dependía de la vivencia, ¡en ese caso a él no se le presentó problema alguno! Admitía fácilmente esa polifonía de las fechas fijadas. Ésta es sólo una anécdota, pero

que ejemplifica muy bien, a mi juicio, que la única salida es admitir la pluralidad de la historia, de las realidades y, por lo tanto, de las cronologías históricamente admisibles.

- Sobre la tendencia de la historia oral a valorizar lo subjetivo por oposición a lo objetivo:

Puedo decir que, de hecho, suele darse ese movimiento, bastante primario. Pude apreciarlo en las conferencias internacionales sobre historia oral. El historiador solía restringirse a los archivos y, de repente, está confrontándose con la realidad concreta. En una actitud casi militante, quiere dar la palabra a aquellos que jamás la tuvieron, de ahí esa voluntad de rehabilitar lo subjetivo frente a lo objetivo. Se crea así una oposición entre historia oral e historia social cuantificada, mientras que yo, por mi parte, no veo oposición, y sí continuidad potencial.

Creo que hoy la cuestión objetiva *versus* subjetivo está un poco superada. En ciertos artículos de Bertaux, y sobre todo de Régine Robin, la cuestión fue trasladada a otro nivel. El debate entre objetividad y subjetividad fue transformado en un debate que opone la escritura literaria a la escritura científica. Habría de un lado lo vacío, lo seco, lo aburrido, que sería el discurso científico, y para colmo reduccionista y, según Régine Robin, cerrado a la pluralidad de lo real, mientras que la historia oral sería una de las posibilidades de reintroducir en las ciencias humanas, después del período estructuralista, una escritura no sólo subjetiva sino sobre todo literaria. Régine Robin toma como paradigma de lo que debiéramos hacer la novela clásica del siglo XIX y de inicios de siglo XX, es decir, la novela polifónica del tipo Proust, Musil, James Joyce. Ella dice que la pluralidad de la novela es, en realidad, el criterio de lo verdadero en el discurso sobre lo social. O sea: el discurso científico, con su cierre y su tendencia reduccionista, es un discurso que restringe la realidad, y por consiguiente no es verdadero, ya que no toma en cuenta lo plural –aquí se trata más de lo plural que de lo subjetivo; lo subjetivo no es más un problema para Régine Robin. Ella rechaza la historia de vida individual directamente relatada, que la primera generación de historiadores plantea en términos de oposición, porque cree que la historia individual expresa, de hecho, lo socialmente preconstruido, en vez de la verdad, mientras que la construcción novelesca sería el modo privilegiado de la escritura, capaz de restituir la verdad social en todas sus alternativas y toda su pluralidad.

Está claro que cuando confrontamos la producción actual sobre historia de vida con Musil, Proust y James Joyce, el argumento es extremadamente válido. Pero cuando nos referimos a todo lo que fue escrito en el campo novelesco, como por ejemplo los libritos que se compran en las estaciones de tren o de ómnibus, escritos con la técnica novelesca de condensación de

varias posibilidades en uno o dos personajes que tienen una relación amorosa que generalmente llega al colmo de lo inverosímil, verificamos que la falta de dominio de la técnica novelesca produce tanto de no verdadero, de no plural, como lo haría la falta de dominio técnico en el campo de las ciencias sociales. Digo, por lo tanto, que si nos proporcionamos los medios y las condiciones para construir científicamente, con todas las técnicas de las cuales disponemos hoy en día, tenemos condiciones para producir un discurso realmente sensible a la pluralidad de las realidades. Tenemos una posibilidad, no de objetividad, sino de objetivación, que toma en cuenta la pluralidad de las realidades y de los actos. Creo que un discurso científico de ese tipo es perfectamente posible, aunque sea como proyecto.

No acepto, por lo tanto, esa oposición, que no es más entre subjetivo y objetivo, sino entre técnica novelesca –vista como restitución verdadera de lo social– y escritura científica –vista como reduccionista. Incluso, creo que las oposiciones binarias, de las cuales las discusiones intelectuales hacen gran uso –subjetivo/objetivo, racional/irracional, científico/religioso– sólo sirven para fines de acusación o de autolegitimación. Creo que es mucho más interesante estudiar las condiciones de posibilidad de esas oposiciones que tomarlas en serio en sí mismas. En rigor, cuando aparece ese tipo de discusión, no debe dársele importancia, a no ser, es claro, que se quiera utilizar uno de esos polos en una táctica destinada a marcar fuertemente una posición.

- Sobre el inicio de la utilización de la historia oral en la investigación histórica:

Un hecho que considero importante es que, en Europa, la primera generación de investigadores que trabajaron con historia oral, como Bertaux en Francia y Rieder en Alemania, entre otros, vino de la sociología demográfica y del análisis cuantitativo del cambio social. Fue, por lo tanto, la imposibilidad de explicación por medio de la observación de largas series lo que condujo a su utilización.

Los puntos de ruptura en las tendencias de series relativamente homogéneas permanecían inexplicables, y fue ese el punto de partida del interés de aquella gente con relación a las historias de vida. Pienso que la historia de vida surgió como un instrumento privilegiado para evaluar los momentos de cambio, los momentos de transformación.

- Sobre la sensibilidad en el trabajo de historia oral:

Creo que éste es un aspecto muy interesante, pero que no podremos resolverlo aquí. Sería importante observar la manera de trabajar de los historiadores, ya sea que trabajen con escritos biográficos o con relatos, es

decir, sería importante estudiar no con *qué* trabajan sino *cómo* lo hacen. Cuando conversamos sobre la "cocina" del trabajo con los compañeros, podemos observar cosas muy interesantes. Un ejemplo es el paso del documento, que podemos agarrar, podemos sentir en la mano la calidad del papel, a la ficha microfilmada, que molesta a la vista y que sólo nos permite apretar un botón. Hay historiadores que son aficionados a los archivos, que sienten la necesidad de tocar el papel viejo, y que hablan de eso del mismo modo que yo puedo hablar, después de la entrevista, del café servido por aquella vieja señora que casi me llamó "hijo"... Creo que hay una sensibilidad en el trabajo científico y cada vez que ocurre un cambio en el trabajo se traduce casi físicamente en la sensibilidad de las manipulaciones. Sería muy interesante rehacer una historia de las ciencias cuestionando la importancia de esa sensibilidad, el contacto con los materiales sobre los cuales trabajamos, con relación a lo que investigamos y sobre lo que escribimos.

- Sobre la limitación de la historia oral al presente:

La historia oral permite hacer una historia del tiempo presente, y esa historia es muy contestada. Hay varios tipos de hostilidades, por ejemplo, hay una oposición entre fuentes clásicas, legítimas, y fuentes que están adquiriendo nueva legitimidad. En Francia se produce también la "dignidad" del período. La historia medieval, por ejemplo, es "lo más", es lo más fino. Está claro que cuando se está acostumbrado a trabajar con la Edad Media, iba a ser difícil reciclarse a las entrevistas! Pero hay también un problema de legitimidad, incluso con relación a la historia contemporánea. La historia del período siguiente a la Primera Guerra Mundial es vista como mucho menos "digna" que la historia de períodos más antiguos. Por tradición, la corporación de los historiadores ni siquiera ve con muy buenos ojos el campo de la historia del tiempo presente, y la historia oral, entonces, es lo supernovedoso.

El problema de la historia contemporánea es que generalmente los archivos aún no fueron abiertos, no hay posibilidad de cruzar los datos con otras fuentes, las propias fuentes son bastante dudosas, y sólo se dispone de periódicos, que son considerados fuentes de tercera o cuarta categoría. Ahí convergen una serie de obstáculos, de inconvenientes.

- Sobre la supuesta superioridad de la fuente escrita:

En Francia tuvimos ejemplos de eso, con relación a firmas de manifiestos y solicitudes. Si el historiador positivista, que cree en lo que está escrito, en las firmas que constan en el manifiesto, oye a las personas que supuestamente lo firmaron, se sorprendería con los relatos de éstas. Esto porque, frecuentemente, quienes organizan las solicitudes no tienen tiempo de hablar por teléfono con

todo el mundo, cuentan con el acuerdo implícito de un ciudadano, ponen su nombre y después se olvidan de avisarle. Éste es un caso, entre otros, donde la fuente escrita no tiene validez superior a la de la fuente oral.

- Sobre el testimonio preconstruido, común entre los políticos:

En cuanto a este tema, puedo hablar a partir de las entrevistas que hice con las deportadas. Entre ellas había militantes deportadas por razones políticas, por acciones en la Resistencia, pero había también algunas que habían sido deportadas casi por casualidad, porque habían ocultado una valija o algo similar, o sea, por un acto no político. Luego, habría una oposición entre el discurso de esas últimas y el de las otras, un discurso relativamente construido, de mujeres que después de la Liberación tuvieron funciones políticas, por ejemplo fueron diputadas en la Asamblea Nacional en Francia. Si queremos hacer el análisis de estos relatos, será necesario introducir otros elementos además del contenido, elementos que tienen que ver con el estilo.

El primer criterio, a mi juicio, es reconocer que contar la propia vida nada tiene de natural. Si no se está en una situación social de justificación o de construcción de uno mismo, como es el caso de un artista o de un político, es raro. Una persona a quien nunca nadie preguntó quién es, de repente es solicitada a relatar su vida, pero tiene mucha dificultad para entender ese súbito interés. Ya es difícil hacerla hablar, cuánto más hablar de sí. En nuestra investigación, tuvimos interés en analizar el estilo y el empleo de los pronombres personales utilizados para hablar de sí. Tal vez sea interesante contar eso en detalle.

Entre los relatos de deportadas encontramos tres tipos de estilos: estilo cronológico, estilo temático, y lo que llamamos estilo factual. Todo relato mezcla esos tres estilos. Pero descubrimos que el predominio del estilo cronológico estaba relacionado con un nivel mínimo de escolarización. Esto es, pensar en sí mismo en términos de duración, de continuidad y situarse en términos de inicio y fin no era simplemente natural. Percibimos también que el relato que seguía una cronología estaba fuertemente correlacionado con la presencia de una socialización política.

El segundo estilo, el temático –aunque sería necesario verificarlo en otras investigaciones– es cuando alguien no se atiene a la cronología; dice, por ejemplo, que la infancia no fue importante, pero después habla de la época de la escuela, no en términos de una secuencia escolar sino para recordar que lo importante era la matemática. Y más adelante esa persona va a hablar de su profesión, no en términos de "hice mi doctorado en tal época, me hice jefe de servicio en tal otra", sino sobre la medicina en general, o sobre el funcionamiento del hospital, etc. Ese caso correspondía a un nivel elevadísimo de escolarización, a una experiencia profesional de médica, de

jurista; en fin, se trataba de profesionales liberales y no de mujeres ligadas a la vida política, a la vida pública.

El estilo factual, en fin, correspondía a un grado educativo muy bajo, a poca experiencia, tanto profesional como política, y era por lo tanto el estilo de las mujeres menos encuadradas, menos estructuradas, situadas en la parte inferior de la escala social. Para nosotros, lo factual correspondía a un relato completamente desordenado. Es decir: saltaba del hijo más chico a la deportación, saltaba del diputado comunista que ayer dijo una pavada a la noticia leída en el diario en 1930, y ya no sabíamos más dónde estaba, era una mezcla de temas, no había orden aparente. Insisto en que hago aquí una caracterización extrema, pues todos los relatos largos están constituidos por una mezcla de estilos, aunque haya un predominio en cada caso.

Lo segundo que observamos fue la importancia del pronombre personal que las personas usan para hablar de sí. En francés, y en alemán, es posible hablar de sí en términos de "yo", en términos de "tú" o "usted", en términos de "él" o "ella". Se puede hablar también de sí usando términos colectivos, tales como "nosotros", "ustedes" y "ellos", pero lo más importante en este caso es el *on*, o "se" impersonal o "nosotros". Para entender bien esa cuestión tuvimos el cuidado de volver a Benveniste y su análisis de los pronombres personales. En nuestros relatos verificamos que el "yo" era preponderante para hablar de sí. El "nosotros", a su vez, no era tan usado para hablar de los grupos a los cuales las mujeres pertenecían. Para el "nosotros" encontramos dos significaciones opuestas. Se trataba o del predominio, en el relato de vida, del "nosotros" familiar y doméstico —es el caso de las personas sin experiencia profesional—, o si no de lo que llamaría "nosotros" familiar-político. Ya que el discurso político, incluyendo su dimensión cívica, está fuertemente ligado a la retórica doméstica y familiar.

En compensación, encontramos también dos significaciones para el uso de *on*, la impotencia y el distanciamiento. En el primer caso, se trata de un colectivo al que se pertenece pero que no tiene, o ha perdido, el dominio de la situación. La significación del distanciamiento sólo puede ser identificada en función del contexto, y fue muy notable entre los profesionales liberales. Por ejemplo, las médicas y las abogadas tendían fuertemente, cuando hablaban del grupo de médicas del campo de concentración, a usar *on*, y no "nosotros" —los políticos, cuando se refieren a su grupo de Resistencia, siempre dicen "nosotros".

En el caso de "tú", observamos también ese sentido de distanciamiento. Se daba el caso de una deportada que decía "¿Pero qué es lo que estás haciendo a mi lado?", y en realidad era de sí misma que estaba hablando. Claro que era una cosa patológica, y cuando la despersonalización va demasiado lejos, ese "tú" patológico puede degenerar en el uso de "ella" en

lugar de "yo". La pérdida excesiva del control de sí mismo puede incluso desembocar en la patología.

Lo mismo sucede para el plural, en una función de distanciamiento e impotencia. Por ejemplo: "Estábamos todos amontonados en el vagón, como animales, estábamos todos en la misma situación, y de repente unos enloquecen, no aguantan más, no pueden dejar de gritar y llorar porque están hambrientos", y entonces, de repente, el relato se refiere a esas personas como "ellos". Cuando las personas pierden el control de la situación y se vuelven seres inhumanos entra la tercera persona, marcando un mayor distanciamiento y una menor solidaridad con relación a una subunidad del mismo grupo.

Cuando encontramos esas significaciones, que además son bastante más numerosas que las de Benveniste, las aplicamos a nuestro texto y, de hecho, observamos que los relatos cronológicos, principalmente políticos, usaban obviamente "yo" y "nosotros", y por lo tanto expresaban la seguridad del yo y de la identidad, con la experiencia del dominio de la realidad. En compensación, las personas que estaban situadas abajo en la escala social usaban mucho "yo", aunque también "la gente", lo que señala la presencia del destino incontrolable. El plural era casi siempre "la gente". El "nosotros" designaba exclusivamente la familia doméstica en sentido estricto, es decir los hijos, etc.

Con ese análisis del estilo y de los pronombres personales usados con relación a situaciones y acontecimientos, la historia de vida —ésta es mi hipótesis— gana un indicador muy fidedigno del grado de dominio de la realidad. El predominio de determinados pronombres personales en el conjunto de un relato de vida sería una medida, o un indicador, del grado de seguridad interna de la persona.

Observamos, y esto es muy interesante, que al momento de la llegada a un universo totalitario, al campo de concentración, había personas que salían del convoy, perdían a su familia durante la selección, ya no tenían a nadie, y pasaban inmediatamente del "yo" al "la gente". Sólo hablaban de "la gente". Al respecto, las militantes políticas, incluso cuando no tenían a nadie en el tren, conservaban un lazo imaginario con otras personas, o con un ideal que las podía mantener apartadas de aquella realidad, y por lo tanto usaban el "nosotros" de las deportadas. Era, entonces, algo extremadamente fuerte.

Todavía no hemos publicado esto, pero encuentro que, si trabajamos con esos textos, es necesario integrar el análisis del estilo y el análisis de ciertos indicadores como el uso de los pronombres personales. Muchas cosas pueden extraerse de allí.

- Sobre la iconografía conservada por determinados grupos y su interpretación de las imágenes:

Tengo la impresión de que hay como una memoria visual que es reconstruida. Pero, en términos de investigación, no tenemos nada sobre eso. Sólo puedo referirme a los trabajos de Nora sobre la integración de los lugares de memoria y sobre los símbolos y las imágenes que se forman a partir de los monumentos. Tenemos también trabajos sobre conmemoraciones, sobre la organización de las conmemoraciones y los cambios que ocurren en ellas. Estudiamos, por ejemplo, cuál sería la razón por la cual, en Francia, en ciertas épocas, los ex combatientes usan poco el uniforme durante los desfiles. Es decir, investigamos el valor relativo del atuendo militar en ciertas épocas. ¿Será algo espontáneo? Integramos esos aspectos a los trabajos sobre conmemoraciones y sobre los lugares de la memoria. Sin embargo, en cuanto a lo específicamente planteado en la pregunta, tal vez encontremos algunas pistas observando en dirección a la historia social del arte. Lo que sería interesante sería el estudio de los cambios y la significación de esas imágenes. Es un tema muy importante. Lo único existente en esa dirección tal vez sean los trabajos de Choutard, que encontró, en ceremonias que se refieren a hechos históricos del siglo XX, en el sur de Francia, la presencia de elementos ligados a las guerras de religión del siglo XVI, los que parecen haber sido proyectados en el imaginario subyacente a tales eventos.

EL TESTIMONIO*

Michael Pollak y Natalie Heinich

El testimonio es frágil, como nosotros mismos lo seremos siempre.
Louise Alcan, 1980.

Toda experiencia extrema es reveladora de los elementos constituyentes y de las condiciones de la experiencia "normal", cuyo carácter familiar hace a menudo de pantalla al análisis. En nuestra investigación, la experiencia concentracionaria, en tanto que experiencia extrema, es tomada como reveladora de la identidad como imagen de sí para sí mismo y para otros. Los condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia producen sistemas de disposiciones durables y transferibles, principios generadores y organizadores de las prácticas y de las representaciones. La conformidad y la constancia de las prácticas a través del tiempo que produce el *habitus*¹ indican su proximidad fenomenológica con la noción de identidad, cuyos signos distintivos son la coherencia y la continuidad física y psíquica del individuo. El *habitus* de una persona genera todas las manifestaciones que permiten identificarla, reconocerla entre todas las demás. Al mismo tiempo, y en la medida en que los *habitus* son la incorporación de la misma historia compartida por un grupo, "las prácticas que éstos engendran son mutuamente comprensibles [...] y dotadas de un sentido objetivo a la vez unitario y sistemático, trascendente a las intenciones subjetivas y a las producciones conscientes -individuales y colectivas".²

De este modo emerge un sentido común, que sustrae a cada individuo por separado una parte de la preocupación existencial sobre su identidad. Ésta no resulta una preocupación e, indirectamente, un objeto abierto a la observación sociológica, más que allí donde ya no es evidente, cuando el sentido común ya no está dado de antemano y cuando los *habitus* de los actores en cuestión, y por lo tanto sus historias individuales, están marcadas

* Texto originalmente publicado en *Actes de la recherche en sciences sociales* N° 62/63, junio de 1986.

1 P. Bourdieu; *Le sens pratique*, Ed. De Minuit; 1980; p. 91.

2 Ídem, p. 97.

por demasiadas divergencias como para permitir una comprensión recíproca casi automática. No es sorprendente entonces que los objetos empíricos de casi todos los estudios sobre identidad sean tomados de las situaciones de transición o de traumas que ponen a los individuos en ruptura con su mundo habitual. El enfoque biográfico deviene entonces un instrumento de investigación privilegiado.

En ciencias sociales, la elección de enfoques cualitativos, que se apoyan en técnicas de tipo etnológico o en entrevistas libres, responde a menudo a problemas de delimitación de la población estudiada, así como a una falta de conocimientos previos. Son pues las características de la población en cuestión, antes que los presupuestos ideológicos y metodológicos a favor de lo "cualitativo" y contra lo "cuantitativo", las que imponen una aproximación mediante relatos de vida.³ En efecto, el método biográfico en ciencias sociales ha dado lugar a resultados de los más exitosos cuando fue aplicado a los fenómenos de aculturación, de inmigración y a las relaciones interétnicas, y a los momentos de fuerte cambio social y económico—cada vez que un grupo social debe adaptarse a un contexto nuevo y redefinir su identidad y sus relaciones con otros grupos.⁴ Es pues en estos mismos ámbitos que el concepto de identidad ha encontrado una aplicación sociológica.

Los deportados han tenido que afrontar doblemente ese problema: el arresto y la deportación primero los ha arrancado de su medio familiar y social habituales, para ubicarlos a continuación en un universo carcelario extremo y totalitario, cuya población estaba compuesta por una multitud de grupos lingüísticos de orígenes sociales y nacionales extremadamente diversos. Por otro lado, si la resistencia a la experiencia concentracionaria implica el mantenimiento de la permanencia de sí en condiciones en las cuales resulta extremadamente difícil asegurarla debido a la tensión, que puede llegar hasta la antinomia, entre la defensa de la integridad física y la preservación de la integridad moral, este esfuerzo no se impone solamente durante el período de la internación sino también después. En efecto, es raro que los sobrevivientes hayan reencontrado intacto su medio familiar y de amigos a su regreso de los campos, lo que les imponía nuevamente importantes esfuerzos de readaptación a la vida cotidiana, que vinieron a añadirse al peso de recuerdos

3 Este aspecto de la adecuación entre objeto y método parece ser subestimado por Mauricio Catani, Suzanne Mazé, *Tante Suzanne. Une histoire de vie sociale*, Paris, Les Méridiens, 1982, pp. 27 sq; lo que dice Howard Becker sobre las dificultades de estudio de los "desviados" se aplica más generalmente a toda población de contornos "difusos" y de difícil acceso. (H. S. Becker, *outsiders. Etudes de la sociologie de la déviance*, Paris, A. M. Métailié, 1985, pp 191 sq).

4 Martin Coolí ha analizado los tiempos "fuertes" de los métodos biográficos en ciencias sociales en: *Wie Eszur' Biographischen Methode kam und was Daraus Geworden ist. Ein capitel in der Geschichte der Sozialforschung, Zeitschrift für Soziologie, X, Juillet 1981, pp. 273-293*. El autor muestra que la historia oral ha retomado el método biográfico en estos últimos años. Revisita también, algunos problemas planteados por la sociología en los años 1920 y 1930.

sobrecogedores. Se pone de manifiesto, entonces, la dificultad de los deportados para mantener intacto su sentimiento de identidad, y también, hasta qué punto en esas condiciones, todo testimonio sobre esa experiencia pone en juego no solamente la memoria, sino también una reflexión sobre sí. Es por esto que los testimonios deben ser considerados como verdaderos instrumentos de reconstrucción de la identidad, y no solamente como relatos factuales, limitados a una función informativa.

Pero la gravedad de los problemas de identidad que ha podido provocar la deportación es justamente lo que, a menudo, impide a las víctimas dar cuenta de ella. El silencio deliberado, obstáculo para toda investigación tendiente a reconstruir la lógica de las adaptaciones sucesivas ante rupturas radicales en el desarrollo de una vida, es sin duda el indicador más sobresaliente del carácter doblemente límite de la experiencia concentracionaria: en el límite de lo posible, y por lo tanto, en el límite de lo decible. No pueden así hablar de modo creíble sino aquellos que lo han sufrido, mientras que el esfuerzo por olvidar o no evocar públicamente puede ser una condición para superar ese pasado.

Esta contradicción se expresa en la entrevista de una sobreviviente del campo de Auschwitz-Birkenau que dice con algunos minutos de diferencia: "en el campo nosotros nos decíamos a menudo, es necesario registrar todo y decir todo a nuestro regreso" luego, evocando su retorno "la única cosa en la que pensé, es en olvidar todo y rehacer mi vida". Otro ejemplo de esa tensión constitutiva de muchos relatos de deportados: "Creo verdaderamente que es muy difícil relatar la deportación porque cada persona vivió una cosa diferente, tan particular que es imposible transmitirla".⁵

Por esto, la voluntad de testimoniar sentida durante la detención no ha producido finalmente sino un número relativamente restringido de testimonios. O sea que, incluso antes de interrogarnos sobre las condiciones que hicieron posible la supervivencia, estamos en el derecho de preguntarnos qué hace posible el testimonio. Para interpretar el corpus de los testimonios escritos y recopilados por medio de entrevistas es necesario interrogarse sobre sus diferentes formas, desde la exposición judicial hasta el relato de vida solicitado, pasando por la obra o el artículo autobiográfico, o aun las entrevistas recabadas en el marco de una investigación cuantitativa.⁶

5 V. Pozner, *Descente aux enfers. Récits de déportés et de SS d'Auschwitz*, Paris, Julliard, 1980.

6 Para esta comparación sistemática de diferentes corpus de testimonios y de las interpretaciones que éstos permiten, hemos analizado: exposiciones judiciales como aquellas recopiladas por una comisión histórica concerniente al campo de Auschwitz-Birkenau, conservadas en el archivo del Centro de Documentación Judía y Contemporánea (CDJC) y del Instituto de Historia de los Tiempos Presentes (IHTP); los escritos autobiográficos de sobrevivientes del campo de mujeres de Auschwitz-Birkenau, en inglés, francés y alemán; entrevistas de historias de vida recopiladas igualmente entre sobrevivientes de ese mismo campo. Cada uno de esos tipos de testimonios se dirige a públicos diferentes y está producido en contextos específicos.

Cada uno de esos documentos resulta del encuentro entre la disposición del sobreviviente a hablar y las posibilidades de ser escuchado. Entre aquel que está dispuesto a reconstruir su experiencia biográfica y, aquellos que le solicitan hacerlo o están dispuestos a interesarse por su historia, se establece una relación social que define los límites de lo que es efectivamente decible. La rareza de los testimonios producidos espontáneamente por fuera de solicitudes oficiales (de orden judicial, científico o histórico) es un primer indicador de las dificultades en la enunciación. Ya que, si la experiencia concentracionaria es a la vez lo que hace hablar a los sobrevivientes y la que, en principio da a su historia particular un interés más general y justifica una atención especial, no es menos cierto de su toma de palabra, lejos de "engrandecerlos" como es el caso de otros "grandes testigos" históricos, corre el riesgo de reactivar las experiencias traumáticas de los acontecimientos de ese pasado que resultan incompatibles con la imagen que ellos tienen de sí mismos o con su sentimiento de identidad. La realidad de los campos era denigrante: ¿cómo describir con pudor y dignidad actos que han degradado y humillado a la persona? La toma de palabra corresponde a menudo, entonces, al deseo de superar una crisis de identidad nombrando o describiendo los mismos actos que fueron su causa. Pero a esos casos raros de tentativas de liberación por la palabra, que depende por otra parte de las posibilidades objetivas de tornarla pública, se opone el silencio de la mayoría.

La reflexión sobre los testimonios de sobrevivientes de los campos de concentración nos remite de este modo al problema del silencio. Porque, lejos de depender de la sola voluntad o de la capacidad de los testigos potenciales para reconstruir su experiencia, todo testimonio se ancla también y sobre todo en las condiciones sociales que lo vuelven comunicable, condiciones que evolucionan con el tiempo y que varían de un país a otro. Pero esa misma posibilidad de tornar públicos sus recuerdos condiciona por su parte el trabajo realizado para superar las crisis de identidad que están en el origen de la necesidad, y de la dificultad, de testimoniar.

Abordaje histórico y reflexión sociológica

El análisis debe, en consecuencia, tomar en cuenta todo el abanico de las diferentes formas de testimonio, en la medida en que estas condicionan la extensión y la naturaleza de las informaciones recopiladas. Es por esto que, a fin de garantizar un mínimo de unidad en esos diferentes tipos de testimonios sobre las condiciones de internación, y también en razón del trabajo por demás pesado que implica un análisis fino del contenido y de las formas de esos documentos, hemos elegido limitarnos al campo de mujeres de Auschwitz-Birkenau.

Frente a tal material, el historiador va a ser llevado a plantear primero el problema de la veracidad de sus fuentes. De todo este material, no conservará entonces sino aquel que pueda ser contrastado con otras fuentes. Así, al constatar que, "del lado de las víctimas, la documentación es de lo más reducida", Miriam Novitch, en su estudio sobre la historia de la deportación y la resistencia de los judíos griegos, escribió: "Sabido que todo testimonio está sujeto a resguardo, nos hemos esforzado en interrogar a varias personas sobre el mismo tema y en verificar los hechos relatados por medio de otras fuentes".⁷ Procediendo de este modo eliminamos lo que no puede ser confirmado por una pluralidad de fuentes, con el objetivo de restituir el núcleo duro de aquello que realmente pasó. Pero arriesgamos, por lo mismo, ocultar la tensión, constitutiva en los testimonios sobre la deportación, entre lo decible y lo indecible, e impedimos de este modo plantear cuestiones importantes sobre la experiencia concentracionaria. Por el contrario, la problemática sociológica supone que todo documento tiene un sentido, incluyendo los documentos que los historiadores abandonaron en nombre de la credibilidad, a condición de reconstruir el sistema de referencias de ese sentido.

Antes que concentrar la atención directamente sobre la información factual, nos proponemos someter un corpus constituido por formas muy diversas de testimonios a un análisis sociológico previo. Un análisis tal, tiende a integrar en la reflexión todo aquello que dice el material disponible, después de haber reubicado cada documento en el contexto de su producción y de sus destinatarios presuntos o reales, de modo de establecer un ida y vuelta permanente entre materiales empíricos y construcción teórica. Dicho análisis versa inevitablemente sobre los hechos relatados, sobre la posición del narrador y sus vínculos con los destinatarios, así como sobre las formas elegidas para dar cuenta de la experiencia.

El muestreo espontáneo de los testimonios

Este trabajo previo parece tanto más necesario en cuanto la experiencia concentracionaria resiste a toda tentativa tendiente a obtener una representatividad estadística, lo que deja flotando la duda sobre una interpretación general. Ya se trate de la elección de los testimonios que comparecerán en los procesos judiciales o ante comisiones históricas, o bien del corpus constituido por escritos autobiográficos o relatos de vida recopilados cuarenta años más tarde mediante entrevistas, la "desviación" principal de

⁷ M. Novitch, *Le passage des Barbares*, Nice, Presses du Temps Présent, s.d. p. 5. Tan restrictivo es Benzion Dinur, uno de los editores de la serie del Instituto Yad Washem, que dice que la objetividad de cada testimonio que construye el pasado a partir del presente, debe ser examinado con cuidado. B. Dinur, citado en L.L. Langer, *Versions of survival*, Albany, State University of New York Press, 1982, p. 3.

toda muestra, a saber la supervivencia física del testigo, radicaliza al extremo el problema inherente a cualquier investigación, que es la disminución de la información y, sobre todo, de representatividad de la muestra operada por una selección espontánea de la población estudiada, debida a las características del objeto (en este caso, de los individuos puestos en situación de exterminio) y no a las herramientas metodológicas de la investigación. Nos sobresaltamos, por supuesto, ante el cinismo de esas concepciones, cuyo carácter psicológico o moralmente inaceptable culmina con el empleo del término "selección", utilizado aquí en el registro de la técnica de muestreo mientras que se está igualmente autorizado a leerlo en el contexto de una empresa genocida y de asesinato a gran escala.

Ahora bien, el aparente cinismo de la formulación no hace sino sistematizar, más evidentemente, el proceso que consiste en estudiar "científicamente", es decir fríamente y a distancia, cosas que suscitan las reacciones afectivas más extremas y que son de ordinario abordadas en el registro "caliente" de la revuelta, de la denuncia o de la indignación. Por su carácter extremo, un objeto así pone en evidencia lo característico de todo emprendimiento científico, es decir, para emplear una imagen, producir frío allí donde sopla lo caliente (particularidad bastante más visible en las ciencias sociales, quienes trabajan, por definición, "en caliente", que entre las ciencias de la naturaleza) —o aun, para retomar el término de Norbert Elias, imponer el "distanciamiento" allí donde el objeto de estudio llama espontáneamente a una extrema "implicación".⁸

No obstante, la supervivencia física del testigo no es la única "desviación" que afecta a las diversas muestras espontáneas. Ocurre lo mismo con la supervivencia psíquica y moral, y con la definición de la identidad que de ella resulta. El trabajo para sobreponerse a los traumas puede implicar la represión de recuerdos singulares o su integración en un discurso muy general sobre los diferentes sufrimientos infligidos, que incluye el olvidar los puntos de referencia —nombres propios, situaciones o eventos particulares— que los singularizarían.

Pero es más frecuente, sin duda, y por definición menos visible, el silencio que, a diferencia del olvido, puede ser elegido como un modo de gestión de la identidad según las posibilidades de comunicación de esa experiencia extrema. Podemos poner como ejemplo el silencio frecuente de los judíos alemanes o de las personas desplazadas⁹ que han elegido quedarse en Alemania al regreso

8 N. Elias, "Problems of Involvement and Detachment", *British Journal of Sociology*, VII, 3, 1956, pp. 226-252. En nuestro caso incluso una historiografía comprometida que "estima que nada, ni el tiempo, ni las reparaciones, ni las ceremonias expiatorias, podrían borrar los crímenes indecibles perpetrados por los alemanes" no escapa completamente a ese efecto de distancia que opera en la construcción científica en la medida en que se ve constreñida a someter los hechos relatados y la palabra de los sobrevivientes a la misma duda metodológica que cualquier otra fuente (véase el prefacio de Georges Wellers a la obra de Miriam Novich, op. cit.).

9 Al final de la guerra se contaban 50.000 judíos sobrevivientes en el territorio del antiguo Reich alemán, de los cuales 20.000 murieron en las primeras semanas después de su liberación. A los 10.000 judíos alemanes que sobrevivieron se añadieron, entre

de los campos. También el hecho de haber encontrado, en el corpus de los escritos biográficos de sobrevivientes del campo de Auschwitz-Birkenau, una sola alemana, una checa, dos austríacas, cuatro polacas, cinco húngaras, pero, por el contrario, nueve francesas, indica (al margen de otros factores propiamente culturales, tales como la propensión a la escritura), una posibilidad de reinserción y de reacomodamiento a la vida social al retorno de los campos más favorable en Francia que en los otros países, donde el retorno se ha traducido a menudo en una emigración (de forma masiva hacia los Estados Unidos e Israel), con todos los problemas materiales y simbólicos que esto comporta (re-conquista de una identidad, que comprende a veces el sentido más administrativo del término). Pero si el silencio puede indirectamente testimoniar diversos modos de gestión de la identidad, que resultan del trabajo de reacomodamiento al mundo ordinario (y en este caso, el silencio tiene todas las chances de ser absoluto, ya que tiene que ver con el hecho mismo de comunicar), éste puede igualmente traducir la dificultad para hacer coincidir el relato con las normas de la moral corriente (y el silencio remitirá entonces, más bien, en el marco de una toma de palabra, al contenido de lo que será comunicado). Esas normas predeterminan los actos de habla mediante un conjunto de reglas y de imperativos, generadores de sanciones y de censuras específicas, que serán incluso más importantes ya que los hechos sancionados serán del orden del derecho, y no sólo de la moral. Ya no se trata en este caso de saber si un deportado tiene la posibilidad física de testimoniar, sino si tiene la capacidad ética. Dicho de otro modo, todo testimonio se sitúa en un espacio de lo decible, cuyos límites son el silencio absoluto debido a la destrucción física (y éstos son los millones de deportados que no testimonian sino con su muerte) y los silencios parciales debidos a la destrucción de las disposiciones "morales" (es decir psíquicas, sociales, éticas, etc.) que autorizan al testimonio. Es a la luz de estas zonas de sombra que es conveniente considerar la deformación, incluso la oscuridad, que caracterizan esos testimonios.

Para ilustrar este fenómeno, es suficiente recordar la desproporción entre más de un millón trescientas mil personas directamente seleccionadas, en su arribo para las cámaras de gas, sin ser registradas; los 405 mil deportados registrados en el campo de Auschwitz, los 66.020 deportados computados en enero de 1945 en el último llamado antes de la evacuación del campo; los 5.000 encontrados por las tropas soviéticas en la liberación del campo y aquellos que han dejado un testimonio, de una forma u otra, y que se estiman más o menos el 2% del total de los sobrevivientes.¹⁰

1946 y 1974, más de 110.000 judíos de los países del Este, que vivían, en su mayor parte, en campos específicos de refugiados. Esas "personas desplazadas" (*displaced persons*) han elegido casi todas la emigración a Israel o a Estados Unidos. Cf. W. Jacobmeyer, "Jüdische Überlebende 'Displaced Persons'" *Geschichte und Gesellschaft*, 9, 3, 1983, pp. 421 sq.

10 Cf. H. Langbein, *Menschen in Auschwitz*, Vienne, Europa, 1972, pp. 70 sq.; E. Kogon, H. Langbein, A. Rückerl, *Les chambres à gaz. Secret d'État*, Paris, Ed. de

El tema del colaboracionismo ilustra más crudamente las coacciones morales que impiden a menudo una toma pública de la palabra. Aunque los hechos "comprometedores" intervengan en la distorsión de la integridad moral y de la identidad infligida por el campo, hay ahí un tema difícilmente abordado por los sujetos mismos y por aquellos que los estudian. Es aun más difícil de abordar ya que no se trata de fenómenos absolutos, con fronteras trazadas de una vez para siempre, que podríamos claramente oponer al "no-compromiso",¹¹ sino sobre todo de umbrales de aceptabilidad variables según las personas y los momentos, y que dividen frecuentemente a los sobrevivientes cuando exponen interpretaciones divergentes.

Por otra parte, el grado de receptividad por parte de la moral corriente introduce una "desviación" suplementaria en la toma de la palabra. Se comprende inmediatamente lo que significa una "desviación" tal al constatar que son muy raros los testimonios, judiciales o de otro tipo, que emanan de personas que hayan ocupado el lugar de "kapo", dado que, como se sabe, el ejercicio de posiciones "privilegiadas" aumentaba las posibilidades de supervivencia. Escapar al silencio que impone la distancia entre una experiencia extrema y la moral corriente, y poder así colocarse entre los testigos en diferentes ocasiones, es una eventualidad menos improbable cuando el "privilegio" en cuestión comporta una contraparte en servicios prestados a los otros cuando éstos pueden justificarse con argumentos humanitarios, es decir de interés colectivo y no solamente individual. No es sorprendente entonces que reencontremos entre todas las categorías de testimonios numerosas personas que hayan ocupado posiciones sanitarias (médicos, enfermeros).

Este último punto remite no sólo a características propias del universo concentracionario, sino también a las características de las personas, tal como el nivel de estudios en el caso de los médicos. Eso nos introduce a una tercera dimensión de las condiciones de la supervivencia y de la facultad de testimoniar o, si se quiere, de los tipos de "desviaciones" de la muestra: más allá de las condiciones físicas y morales del mantenimiento de una identidad y de la posibilidad de testimoniar, es necesario abordar la cuestión de las condiciones sociales que hacen que ciertos testigos potenciales tomen efectivamente la palabra o sean llamados a hacerlo. Dicho de otro modo, la cuestión no es solamente saber lo que, en estas condiciones "extremas", vuelve a un individuo

Minauit, 1983, pp. 176 sq.; L. L. Langer, op. cit., p. 58.

11 Realizado en 1985, el "proceso Marcel Paul" es ciertamente un ejemplo-límite, en la medida en que opone a Laurent Wetzler, joven concejal municipal del CDS nacido después de 1945, a los responsables de la Asociación Française de Buchenwald-Dora. Ese proceso de difamación tenía por objeto la acusación lanzada por Laurent Wetzler contra Marcel Paul, fallecido en 1982, de haber utilizado su posición en el campo para favorecer a sus camaradas del partido. Ese proceso constituye un caso límite sobre la amplitud que puede tomar un desacuerdo y de los malentendidos que puede provocar, cuando los hechos no son colocados en el contexto de una situación de excepción, provista de sus propias reglas morales. En este sentido, un juicio de este tipo hace aparecer antes que nada las razones del silencio que guardan generalmente las víctimas.

capaz de testimoniar, sino también lo que hace que se lo soliciten, o lo que le permite sentirse socialmente autorizado a hacerlo en algún momento. Es evidente que, según este último criterio, divergen aun más las muestras esporádicas proporcionadas por diferentes tipos de testimonios.

Modos de sollicitación

Uno de los principales modos de organización de ese material es, nos parece, la diferencia entre lo que podríamos llamar las condiciones sociales de la toma de la palabra, entre los testimonios solicitados desde el exterior (el caso de las declaraciones en el marco de los juicios iniciados a los responsables nazis) y testimonios espontáneamente producidos por la persona (el caso de relatos autobiográficos)—con, entre esos dos polos, testimonios de alcance más o menos histórico o científico, producidos más o menos inmediatamente después de la liberación, y de modo más o menos espontáneo o solicitado.

Entre los materiales analizados en el marco de esta investigación, las declaraciones judiciales, y, en menor grado las declaraciones ante comisiones de investigación histórica, resultan de una relación social ampliamente determinada por el destinatario del testimonio que lo había solicitado. Las dieciséis historias de vida recopiladas por medio de entrevistas, según las técnicas de la historia oral, han sido también solicitadas, pero precedidas por una negociación entre el entrevistador y el entrevistado quien contribuye fuertemente a la definición de esa relación social específica cuyo objetivo es la reconstrucción de una historia personal. Finalmente, las autobiografías publicadas traducen la voluntad del actor de tomar la palabra públicamente, y también su capacidad de acceder a un "mercado" (aunque más no sea editorial). En consecuencia el grado de espontaneidad de una palabra debe ser considerado como un indicador de la relación de la persona con su identidad. Y cada una de esas modalidades implica un contenido diferente en cuanto a lo que es relatado, y un sentido diferente en cuanto a la función cumplida por la toma de la palabra.¹²

Analizaremos enseguida la incidencia que tiene el recurso privilegiado a tal o cual forma de testimonio —es decir la relación privilegiada con tal o cual mercado, implicando tal o cual forma de censura o incitación— sobre las informaciones y las interpretaciones que autorizan o interdicen. Evitando de este modo oposiciones fuertemente constituidas —tales como aquella entre "cuantitativo" y "cualitativo", entre trabajo sobre archivos e historia oral— y también la tentación de transformar en una forma exclusivamente literaria al abordaje biográfico en ciencias sociales,¹³ quisiéramos mostrar cómo la

12 Este análisis de las formas de testimonio se apoya sobre las reglas de la economía de los intercambios lingüísticos puestos en evidencia por Pierre Bourdieu (*Ce que parler veut dire. L'économie des échanges linguistiques*, París, Fayard, 1982, pp. 14-15).

13 Muchas contribuciones al 5º Coloquio de Historia Oral pueden sugerir tales orientaciones, en particular aquellas de Mary Chamberlain y de Régine Robin (*Actes du 5ème Colloque International d'Histoire Orale*, Barcelona, 29-31 marzo de 1985).

muestra, el método y el objeto de análisis se condicionan recíprocamente: si de estos tres elementos constitutivos de una construcción científica, uno solo varía, los otros dos también cambian. Este trabajo debería entre otras cosas permitir aclarar ciertos problemas que han estado, nos parece, mal planteados en la literatura sobre supervivencia en condiciones extremas.

La declaración judicial

Entre las diferentes formas de testimonios, la declaración judicial representa un polo extremo: tanto por la forma de solicitud del testimonio como por la generalización de la experiencia individual; esta última característica es aún más notoria en el caso de los campos de concentración, y ha ocasionado la invención de la categoría penal más general que existe, aquella de "crimen en contra de la humanidad". El testimonio en situación oficial, ya sea delante de las comisiones de investigación en el marco de la instrucción de una causa, ya sea durante el proceso, constituyen las primeras ocasiones de ruptura del silencio. En ese contexto, a la vez impersonal y constrictivo, el testimonio es restringido a un número limitado de acontecimientos, en respuesta a preguntas precisas. La persona del testigo tiende entonces a desaparecer detrás de ciertos hechos, ya que se trata de restituir la "verdad", mientras que su interlocutor no es ni un par, ni alguien cercano, ni un confidente, sino un profesional de la representación jurídica del cuerpo social. Estas declaraciones llevan pues las marcas de los principios de la administración de la prueba jurídica: limitación al objeto del proceso, eliminación de todos los elementos considerados como fuera de tema. Teniendo que dar a la defensa la posibilidad de introducir todos sus elementos de prueba y de justificar su decisión en función de todos los testimonios ofrecidos en las deliberaciones, el juez crea por así decir un material que debería permitir (a él y posteriormente a los historiadores) ofrecer una visión "justa" ("verdadera") de la realidad, mediante el contrastes de testimonios sucesivos.

Los rasgos de esos testimonios son protocolos formalizados: número del acta, carátula de la causa, fecha y hora de llegada del testigo, nombre del secretario del protocolo, nombre, fecha y lugar de nacimiento, profesión, domicilio del testigo; testimonio seguido de una fórmula jurídica del estilo: "dictado en voz alta, autorizado y firmado", "estoy dispuesto a repetir esos enunciados delante de un tribunal alemán", "el abajo firmante... jura que las declaraciones aquí dichas corresponden a la verdad", seguido de la firma del testigo.¹⁴ El lenguaje de esos testimonios, de una longitud de dos a una decena de páginas, es sobrio,

14 Véanse los protocolos de los diferentes procesos y, en lo que concierne a esta investigación, los del proceso de Francfort contra los responsables del campo de Auschwitz, así como las declaraciones recopiladas durante ese proceso por la *Zentralstelle der Landesjustizverwaltungen* de Ludwigsburg, especializada en la instrucción en Alemania de los crímenes de guerra. Hay copias accesibles en París en el Centro de Documentación Judía y Contemporánea (CDJC), dossier CCCLXI.

reducido a un mínimo informativo. En ellos se hace una distinción nítida entre los hechos y las personas que el testigo ha visto y conocido personalmente y aquellas de las cuales ha oído hablar. De este modo, la doctora Ella Lingens distingue, en su declaración del 2 de junio de 1959, entre los médicos SS que fueron sus superiores jerárquicos (Rohde, Klein, König, Mengele) y aquellos que venían sólo en ciertas ocasiones "casi siempre venían sólo para ejecutar selecciones" (Kitt, Thilo, Wirths, Clauberg - al bloque 10).¹⁵ De igual modo la testigo Raya Kagan, quien trabajó en el registro civil de la *Politische Abteilung* de Auschwitz, distingue, al describir a los SS para quienes tuvo que hacer trabajos de secretariado o de traducción, entre las características que ella puede asegurar (como los títulos militares exactos, y el origen geográfico de algunos) y otras de los cuales no puede dar sino aproximaciones, como la edad.¹⁶

Cuando esos testimonios judiciales brindan apreciaciones sobre una persona en particular, casi siempre se precisa si se trata de una apreciación comúnmente admitida entre los deportados o si se trata de una apreciación personal del testigo. Esos testimonios indican entonces las relaciones diferenciales que pudieron establecerse entre los deportados y el personal SS. "El SS-Oberscharführer Emil Seibt... originario de los Sudètes se comportó con nosotros de una forma muy decente y correcta", "SS-Uscha Schmidt... era muy brutal y nos chicaneaba todas las veces que podía", "SS-Uscha Albrecht originario de Lodz... hablaba bastante bien el ruso y el polaco. Como yo también hablo esas dos lenguas, él charlaba a veces muy amigablemente conmigo", "en algunas ocasiones, trabajé como intérprete para el SS-Rottenführer Broad... Broad era refinado y astuto y manejaba muy hábilmente los interrogatorios. En mi presencia él no maltrató a los prisioneros durante los interrogatorios. Ocasionalmente daba bofetadas y patadas. Para los prisioneros, los interrogatorios de Broad eran muy peligrosos, porque él llegaba, por así decir, a los mismos resultados mediante un método suave, es decir que lograba casi siempre que los interrogados confiesen"... "Federsel era inexperto y daba una impresión torpe durante los interrogatorios... Federsel golpeaba a los prisioneros, pero no era peligroso".¹⁷ De igual modo, Ella Lingens diferencia fuertemente entre los médicos SS "yo tenía la impresión de que los doctores Rohde y König no se prestaban a esas actividades (las selecciones) sino a su pesar y bajo la influencia de grandes cantidades de alcohol. Con ellos dos, era posible llegar a la revisión de un juicio y salvar a tal o cual mujer de la cámara de gas... El doctor Klein era un antisemita salvaje que confesaba, en las conversaciones privadas que tuvo conmigo, que los prisioneros eran masivamente exterminados... El doctor Mengele representaba el tipo puro del cínico, que apuntaba con su dedo a diestra y siniestra y decidía así la vida y la muerte con una subida de hombros y un silbido".¹⁸

15 CDJC, dossier CCCLXI - 13.

16 CDJC, CCCLXI - 10.

17 Ídem, pp. 1-7.

18 CDJC, CCCLXI - 13 p. 2.

Los principios de la administración de la prueba jurídica eliminan del testimonio las emociones y todo lo que no está directamente ligado a la causa, hasta el punto que en ciertos momentos esa coacción ha podido transformar los interrogatorios de los sobrevivientes en un cuestionamiento de su memoria, y a fin de cuentas, en una puesta en cuestión de sus informaciones. Al mismo tiempo, y para evitar que las emociones influyeran el juicio, su expresión es fuertemente controlada por las reglas del proceso, yendo del "llamado al orden" hasta la suspensión de la sesión. Forzar el testimonio poniéndolo en ese molde es obligar al sobreviviente a pasar revista a sus sufrimientos y a reencontrarse físicamente cara a cara con los que se los han infligido, sin ofrecer a cambio la mínima chance de una compasión emocional. A pesar del esfuerzo de hacer así conocer la verdad y de querer punir a los responsables, esa coacción puede disuadir de comparecer a más de un sobreviviente.¹⁹ En consecuencia, las declaraciones judiciales echan luz principalmente sobre los inculcados, es decir sobre los SS (personal de guardia y médicos), y sobre las relaciones entre los SS y los deportados. A estos se agregan algunos casos de procesos iniciados hacia los kapos por crímenes similares a los de los SS y por una colaboración activa con ellos. Pero, en general, los testimonios judiciales no aportan sino unas pocas informaciones sobre las relaciones sociales entre deportados, al contrario, como veremos, de los testimonios de corte histórico.

El testimonio histórico

La memoria que se expresa en las declaraciones hechas ante las comisiones históricas y diversos centros de investigación –sea directamente después de la guerra, sea de una manera más puntual, posteriormente– obedece a otros principios de selectividad. Ella es resultado a la vez de preguntas hechas por los entrevistadores y de asociaciones libres hechas por el sobreviviente en el curso de la entrevista. El objeto de esos testimonios de corte histórico no está limitado a un asunto preciso (un conjunto definido de personas y eventos), y autoriza a una diversidad mayor de formas de expresión que la declaración judicial. Sin pretender poder proporcionar aquí un análisis fino de esos testimonios, muy numerosos y cuya longitud va desde algunas páginas hasta varias decenas de páginas, una lectura más atenta a los dossier concernientes al campo de Auschwitz-Birkenau²⁰ permite comprender los principios que organizan esos relatos, sus temas y su estilo. Aunque pocos de

ellos puedan ser considerados como casos puros de uno o de otro género, distinguimos no obstante entre testimonios casi judiciales, testimonios políticos y testimonios de carácter científico. Por último, hemos clasificado como "personales" a aquellos que no se incluyen en ninguna de esas tres categorías.

Así ciertos testimonios históricos están constituidos de una forma idéntica a las declaraciones judiciales y son comunicados a veces a los procuradores y jueces encargados de instruir los procesos contra los criminales de guerra: algunos nombres de SS son acompañados por la descripción de su personalidad y de eventos particularmente abrumadores. Esos testimonios emanaron en su mayoría de aquellos que, por su trabajo en el campo, fueron puestos en relación directa con los responsables SS: en la *Schreibstube* y la *Politische Abteilung* (secretarias, e intérpretes), en *Revier* (médicos), en el servicio de investigación de Raisko.²¹

Los testimonios de carácter explícitamente político son bastante raros entre las declaraciones que encontramos en los archivos, y más raros entre las mujeres que entre los hombres. Por otra parte, el término "político" aquí utilizado no coincide necesariamente con el estatuto del deportado en función de las razones oficiales de su detención y de su clasificación en el campo, marcado con un triángulo rojo (deportado político) –esta última clasificación no fue por otra parte casi nunca invocada en las declaraciones. El término "testimonio político" se refiere aquí más bien al contenido, en la medida en que esos testimonios dan cuenta de una organización clandestina de resistencia, fechándose más precisamente entre mayo y julio de 1943 la toma de control de posiciones clave en el campo por deportados políticos marcados con un triángulo rojo.

Otros testimonios dan cuenta, también, por parte de los deportados políticos, de una "avidez de saber y una voluntad de luchar contra el embrutecimiento",²² pero hubo que esperar publicaciones posteriores para tener detalles sobre las redes políticas en el campo. Hemos encontrado igualmente informaciones sobre la organización interna del campo por la administración de los detenidos llevada a cabo por los SS así como sobre los diferentes grupos de internos según su nacionalidad y su estatuto. Todo indica por otra parte que la solidaridad propiamente política, que prolongaba compromisos anteriores, no se pudo establecer sino entre los comunistas,²³ mientras que la "resistencia" –término por el cual los antiguos deportados designaban a menudo toda forma de solidaridad y de ayuda mutua tendiente a salvar a un mayor número– sobrepasó, de lejos, el marco de una organización política más formal: ésta se hizo por contactos informales y consensos implícitos antes que sobre la base de discusiones y de decisiones.

19 H. Langbein (1972), op. cit., pp. 570 sq., véase igualmente: H. Langbein, *Der Auschwitz prozess. Eine dokumentation*, Frankfurt, Europa, 1965.

20 Al dossier CCCLXI de los archivos CDJC se añaden aquí aquellos que han sido recopilados por la Comisión de Historia de la Segunda Guerra Mundial y que están depositados en el Instituto de Historia de los Tiempos Presentes, D II.

21 Podríamos agrupar entre esos testimonios los de O. Elina (DII-570), de G. Goldsmith (DII, no numerado), de D. Ourisson (DII-23), de D. Goldstein (DII-23) o de S. Fischmann (CDJC, CCCLXI-2).

22 D. Ourisson, DII – 18, p. 24.

23 P. Citronne, DII – 320.

Las informaciones que no proceden de la valoración del grupo de los "políticos" o de las actividades de resistencia tienen como objeto la denuncia de los compromisos de ciertos detenidos con los SS: "los verdes Alemanes (criminales) y los Polacos eran tan crueles como los SS".²⁴ "En Drancy había una terrible lucha de clases por los judíos ricos y colaboradores, las jóvenes ucranianas eran muy antisemitas".²⁵

El silencio relativo sobre la organización política concreta en el seno del campo, tanto como el trabajo previo a la toma de control, entre mayo y julio de 1943, por los detenidos políticos a costa de los criminales con triángulos verdes, puede tener una multiplicidad de razones, y sobre todo ante la dificultad de reconstruir verbalmente acciones clandestinas llevadas a cabo informalmente gracias a una confianza a menudo espontánea. Pero a esa razón se le añade otra, ligada a la supervivencia en una situación extrema. Independientemente de su voluntad, las condiciones del campo de concentración pusieron a los deportados en un universo donde funcionan lógicas de competición a las cuales nadie se sometería voluntariamente. Los esfuerzos desarrollados para ocupar individual o colectivamente posiciones clave exponían a los detenidos al juzgamiento de los otros, en la medida en que el poder de obrar por otros estaba indisolublemente ligado a ciertos privilegios inherentes a esas posiciones. De modo que ese juzgamiento puede adquirir la forma de consentimiento y de reconocimiento, pero puede ir también hasta la acusación abierta como cuando los comunistas son designados como una "verdadera franco-mazonería... jefes de la *Arbeitsstatistik* (estadísticas de los comandos de trabajo), y por lo tanto de la vida y de la muerte de los otros... la resistencia consistía únicamente en 'tapar' a las detenidas en las que los comunistas se interesaban".²⁶ Podemos remarcar no obstante que esas acusaciones no son proferidas sino en los casos donde el principio de pertenencia a un grupo es de orden explícitamente ideológico (comunistas) mientras que cuando es de orden religioso o, sobre todo, civil (nacionalidad), la prioridad dada a los pares en solidaridad no aparece como escandalosa o chocante. Así no parece que alguien haya acusado (en todo caso hasta el nivel judicial) a un detenido francés de haber ayudado prioritariamente a otros franceses. Por otra parte, como los testimonios que se refieren directamente o indirectamente a la competición entre diferentes grupos de detenidos por las posiciones de gestión, son extremadamente raros, se puede suponer que tales conflictos permanecieron invisibilizados para la mayoría de los deportados, quienes estaban de hecho excluidos de esas posiciones.

Los testimonios que se podrían clasificar en la categoría de "científicos", son organizados menos alrededor de personas y de eventos que de "temas".

24 L. Kindberg, DII - 28, p. 8.

25 A. Posner, DII - 312, p. 9.

26 A. Roure, DII - 7, p. 4.

A menudo éstos no son el resultado de una entrevista sino que fueron vertidos por el autor en centros de investigación especializados. Disponemos, por ejemplo, de descripciones muy precisas sobre las experiencias humanas y sobre el destino de los recién nacidos en el *Revier* (los bloques hospitalarios), o aún sobre las investigaciones botánicas en los jardines y los laboratorios de Raisko y las visitas científicas y comerciales que se les hicieron.²⁷

De los testimonios de tipo "personal", a menudo muy cortos y de un estilo desgarrador, emerge más bien una gran soledad, un aislamiento social roto por algunos lazos sociales de amistad y solidaridad muy fuerte. A través de la imposibilidad de dar un sentido al sufrimiento padecido, ciertos pasajes de esos testimonios, en su descripción directa y desprovista de toda emoción, golpean por su carácter lacónico. Lo que en otro contexto podría parecer una relación cínica con la realidad, evoca el horror de una manera particularmente cruda: como la de aquel deportado que constató que la orquesta llevaba una vida envidiable y que su trabajo preferido, y el más fácil también, era el de desvestir a los muertos.²⁸ Podemos preguntarnos además en qué medida esta impresión no resulta del hecho de que el testimonio aquí no está mediado por un trabajo de "interés general" (sea la estigmatización del grupo de los adversarios SS, sea la heroicización del grupo de pares) y que éste escapa al mismo tiempo de las normas de la moral corriente.

Pero incluso los testimonios clasificados como personales, a falta de corresponder a las categorías judicial, científica y política, no dejan para nada transparentar hechos propiamente "personales", sentimientos, reacciones, emociones. Este carácter rudimentario, mínimo, de los relatos es el síntoma de una tensión entre la voluntad o la obligación de hablar, y la incapacidad de hacerlo.

Así, por fuera de cualquier indicación de los comandos de trabajo a los cuales ellos habían pertenecido, sobre las muertes, las brutalidades y las cremaciones que han visto, muchos de los sobrevivientes no pueden dar cuenta de esas experiencias sino mediante fórmulas neutras: "Sabíamos que estábamos ahí para morir y nos resignamos a ello. Los primeros días los hornos crematorios con su gran llama roja continua nos habían impactado mucho, pero después no le prestamos más atención a esas cosas".²⁹ "Era imposible practicar en el campo de concentración una moral de sacrificio".³⁰ A menudo la experiencia personal también es contada en tercera persona: "En fin, reciben la visita de mujeres detenidas, hace tiempo que parecen tener un placer malsano en contarles lo que pasa y lo que las rodea".³¹ Lo que ellos han vivido resulta tan increíble y

27 A. Hautval, *Aperçu sur les expériences faites dans le camp de femmes d'Auschwitz et de Ravensbrück*, DII - 37; O. Wolken, *Frauen-und Kinderschicksale im Konzentrations-Lager Auschwitz*, CDJC, CCCLXI - 34; sobre Raisko, véase C. J. Bloch, DII - 110.

28 Mme. Herzog, DII - 541.

29 C. Kalb, DII - 114.

30 S. Laks, DII - 376.

■ MICHAEL POLLAK

difícil de contar que un deportado dice que "parece que incluso un SS se impresionó de que la exterminación organizada en ese campo haya podido existir".³²

En consecuencia, aunque sean más ricos en datos que las declaraciones judiciales sobre las relaciones entre deportados, estos testimonios no permiten su reconstrucción debido a su carácter incompleto.

Una investigación sociográfica

Una investigación sociográfica sobre los comportamientos en el universo concentracionario fue emprendida entre 1949 y 1951 por un grupo de sociólogos y psicólogos sociales en la New School for Social Research y en la Universidad de Columbia. Elegidos en función de su riqueza en información, los 507 documentos de entrevistas individuales o de pequeños grupos analizadas relatan las experiencias de un conjunto de 728 deportados judíos húngaros retornados a Budapest, o que pasaron por allí en 1945, y solicitaron una ayuda al Joint Distribution Committee. Éstos no satisfacen pues los criterios de una muestra representativa,³³ la que, por otra parte, en ausencia de listas fiables de la población dispersada en todas las direcciones después de la liberación, no habría sido posible.

Esta investigación es por lo tanto aquella que más se aproxima, entre todas las investigaciones sobre la experiencia concentracionaria, a una cierta representatividad. Otras características de ese grupo: se trata de judíos deportados después de abril de 1944, que pasaron como máximo un año en un campo de concentración, y quienes, en su mayor parte, pasaron por Auschwitz. Algunos de los entrevistados no conocieron otro campo de exterminio. Encontramos más mujeres que hombres (384 contra 381), los grupos etarios más representados son los de individuos nacidos entre 1905-1910

31 Mme Kroll, DII - 586.

32 A. Persitz, DII - 34.

33 Tengo que agradecer al profesor Herbert Strauss, de la Universidad Técnica de Berlín, por haber puesto a mi disposición el informe final que jamás fue publicado: J. Goldstein, I. F. Lukoff, H. Strauss, *An Analysis of Autobiographical Accounts of Concentration Camp Experiences for Hungarian Jewish Survivors*, Project MH-213, 1949-1951, Graduate Faculty, New School for Social Research, Report submitted to US Public Health Service. Esa investigación gozaba igualmente del apoyo de la Conference on Jewish Relations. Ese informe resultó de las discusiones de un comité compuesto por Salo W. Baron, Robert K. Merton, Joseph Blau, Ernst Kris, Paul S. Lazarsfeld, Ruth Benedict, Gardner Murphy, Koppel S. Pinson, así como del análisis estadístico de 507 entrevistas provenientes de la Jewish Agency de Budapest, codificadas y analizadas en el marco de un seminario de metodología bajo la dirección de Patricia Kendall. Las entrevistas analizadas formaron parte de un conjunto de 14 mil entrevistas llevadas a cabo por la American Jewish Joint Distribution Committee entre todos aquellos que solicitaron ayuda después de la liberación de los campos. Ya que este emprendimiento había alcanzado gran magnitud, se decidió luego entrevistar sólo a "personajes de un interés particular", tales como los dirigentes de la comunidad judía (p. 2 del informe).

(75), 1911 y 1915 (85), 1916 y 1920 (105), 1921 y 1925 (172), 1926 y 1929 (144), es decir aquellos que tenían entre 15 y 40 años en 1945. Seis personas solamente tenían menos de 16 años en 1945, lo que está en correspondencia con la edad debajo de la cual eran casi automáticamente seleccionadas para la cámara de gas al llegar a Auschwitz. Lo que hace a dicho trabajo particularmente interesante es la representación de todas las categorías socio-profesionales en ese grupo, mientras que las declaraciones judiciales, hemos visto, privilegian a las personas que tuvieron un conocimiento personal del funcionamiento del campo y de los responsables SS, es decir deportados reclutados para puestos de gestión y médicos. Esos "profesionales" (profesiones liberales, oficios fundados en estudios universitarios) no representan sino el 8% de los entrevistados en esta investigación, mientras que los obreros representan el 27%, los campesinos el 11%, los pequeños empleados un 6,5%, los comerciantes y empresarios el 5,5%, los estudiantes el 12%, y las mujeres en situación de dependencia (amas de casa o ayudantes en empresas familiares o empleadas domésticas sin reconocimiento formal) el 10% (sólo el 20% de las mujeres).

Establecidas por razones científicas -a saber el estudio de los efectos de la experiencia concentracionaria- tanto como por razones jurídicas, estas entrevistas tratan sobre las privaciones físicas y psíquicas, los conflictos y la cooperación entre deportados (individualmente o en grupos), los cambios de actitudes ideológicas, políticas y religiosas, la interpretación de la supervivencia, la sexualidad, la amistad en el campo, las formas de la agresividad y el fenómeno del suicidio. A fin de mantener la diversidad de las experiencias personalmente relatadas y de no crear una falsa homogeneidad en el material, los autores han preferido indicar tendencias e ilustrarlas con extractos de entrevistas más que construir tablas y cálculos considerados equivocados.

Resultó de esta investigación una reconstrucción de la percepción y de la adaptación a las condiciones del campo. Los pasajes más largos están consagrados al tema del trabajo: los sobrevivientes clasifican las diferentes tareas en escala, principalmente según su dificultad física. Encontramos en el punto más alto de la escala el trabajo de gestión del campo (desde la cocina y la administración hasta la medicina), el trabajo efectuado para el personal SS (limpieza, reparaciones, construcción), el control del trabajo de otros, el trabajo especializado en fábricas, hasta llegar, en la parte más baja, al trabajo no calificado de nivelación del suelo y construcción, y el cultivo de la tierra (p. 32). La adaptación a las condiciones del campo aparece en esas entrevistas como el resultado de una voluntad consciente de sobrevivir, y de habituarse a la omnipresencia de la muerte. De todos modos ese proceso de adaptación encuentra sus límites cada vez que la muerte golpea a una persona próxima (p. 140). En ningún caso esa adaptación puede ser interpretada como una expresión de apatía o indiferencia -salvo reconociendo en las formas de anestesia emocional una multiplicidad de significaciones, desde el sentimiento de impotencia total hasta un cambio duradero frente a la muerte, desde ese momento

vivida como un fenómeno cotidiano, pasando por las técnicas de contención de las emociones en nombre de la protección de sí mismo. Por el contrario, no hemos constatado fenómenos de amnesia, incluso si la forma en que se desarrollaron estas entrevistas no implicaba un relato cronológico exhaustivo.

Estos relatos sobre la experiencia concentracionaria hablan casi exclusivamente de las relaciones entre deportados, lo que confirma el análisis según el cual el sistema concentracionario minimizaba los contactos directos con los SS por medio de la delegación de las tareas de gestión a los internados.³⁴ Las reacciones emocionales en el momento de la liberación conservan todavía todas las marcas: mientras que muchos testimonios relatan agresiones contra kapos, e incluso asesinatos, como una suerte de justicia espontánea, no encontramos entre los relatos ningún rasgo de represalia contra antiguos SS ni sentimientos de venganza—lo que se ve confirmado, a lo largo del tiempo, por la ausencia de tales actos, y el uso de las vías oficiales de la justicia.

En forma general, la experiencia concentracionaria no parece haber alterado profundamente convicciones políticas y religiosas muy arraigadas. Como en el caso ya visto de los testimonios históricos, pocas personas en este estudio manifestaron opiniones políticas pronunciadas. Las conversiones al catolicismo, de naturaleza a veces ostentadora, en los meses previos al inicio de las deportaciones, revelan tentativas prácticas de escapar a la represión antes que a un cambio de fe. Pocas entrevistas indican un refuerzo o una pérdida de fe entre los creyentes: asistimos más bien a una identificación más fuerte de una judeidad comprendida como comunidad de destino. En ciertos casos, la represión ha podido incluso transformar en orgullo un sentimiento de pertenencia vivido de modo vergonzoso por haber sido sinónimo de desesperación (p. 104). En consecuencia, los proyectos de emigración, en particular hacia Israel, están casi siempre motivados por el deseo de abandonar los lugares de los recuerdos de las atrocidades y de reencontrar a sus seres cercanos (razones religiosas o políticas, como una convicción sionista, aparecen en dos casos solamente (p. 104)), deseo que influye pues, sobre los problemas de organización de la vida material luego de la liberación, y que es muy fuerte ya que al recuerdo de la represión nazi se agrega el de la experiencia del antisemitismo previo (ese hecho, constatado en Hungría, se aplica más generalmente a Europa central y del este y es evidentemente menor en Europa occidental, especialmente en Francia).

La readaptación a la vida ordinaria luego de la liberación corresponde a menudo al principio de una nueva vida, a la elección de la emigración. Los sobrevivientes han debido llevar a cabo esa empresa superando el traumatismo

³⁴ E. Kogon, *Der SS Staat. Das System der deutschen Konzentrationslager*, Berlin: Verlag des Druckhauses Tempelhof; D. Rousset, op. cit.

del campo de concentración o—si lo expresamos en forma positiva—gracias a él. En efecto, muchos de ellos relatan las experiencias concentracionarias como si hubieran actuado permanentemente bajo el efecto de un desdoblamiento, de una separación entre un yo observador y un yo observado. Ese fenómeno de desdoblamiento, más o menos fuertemente desarrollado, puede ser fuente de parálisis o, por el contrario, de una lucidez social que permite un reajustamiento particularmente rápido y eficaz a una multitud de contextos imprevistos y extraños.

Mejor que las declaraciones judiciales y los testimonios históricos, la investigación sociográfica puede informarnos sobre la realidad concentracionaria, sobre las relaciones sociales que son establecidas en el campo, así como sobre las percepciones y las modalidades de adaptación a esa realidad. Por desgracia, nos aclara poco sobre la administración SS, tema que en las otras dos fuentes antes presentadas aparecía como objetivo principal. Por otra parte, en cuanto a la readaptación de los sobrevivientes a la vida civil y a las consecuencias a largo plazo de la experiencia concentracionaria, plantea preguntas sin respuestas. De allí la necesidad de recurrir a otro corpus de testimonios, diferente tanto en su naturaleza como en los métodos de análisis que requiere. Este problema del método remite, en forma más general, a la cuestión del vínculo entre la formación de las memorias individuales y colectivas luego de la liberación, que sólo materiales suplementarios pueden elucidar.

Los relatos biográficos

Las entrevistas de historia oral y los escritos autobiográficos son, de todos los materiales, los más ricos en información. Pueden informarnos sobre los modos de adaptación en ese contexto de ruptura con el mundo habitual. Frente al silencio de los documentos de archivo, sólo historias de vida detalladas permiten estudiar las articulaciones entre la experiencia concentracionaria, la vida anterior y el trabajo de adaptación a la vida ordinaria al retorno de los campos (y esto quiere decir que nosotros no podemos sino proponer una problemática y una interpretación, y no pretender hacer un análisis exhaustivo). Estos documentos biográficos resultan de la voluntad del autor de recordar, y de transmitir ese recuerdo. A su vez, quiere decir también que la información riquísima que contienen debe ser representada en función de las lógicas que pueden regir a las diferentes formas de dar cuenta de su vida. Para hacerlo, hemos analizado un corpus de 16 entrevistas llevadas a cabo en Francia, Austria, Alemania y Polonia, y 25 escritos autobiográficos de sobrevivientes del campo de mujeres de Auschwitz-Birkenau, publicados entre 1945 y 1981 en francés,

■ MICHAEL POLLAK

inglés o alemán. Dos escritos inéditos, nos han sido confiados por sus autores.³⁵

Al igual que los otros tipos de "muestras espontáneas", como los testimonios judiciales e históricos, el corpus de relatos de los sobrevivientes del campo de Auschwitz-Birkenau está sometido a "desviaciones" que afectan la "representatividad"; de allí que intentamos tomarlos instrumentos de una investigación sobre las condiciones de la supervivencia y, de manera más general, de las crisis de identidad en situaciones límite. Una de las desviaciones más visibles está ligada a la edad, imputable a las formas de mortalidad en el campo que, por el asesinato directo (selección a la entrada) o indirecto (agotamiento y maltrato) alcanzaron prioritariamente a los individuos más débiles físicamente y, en particular a los más viejos y los más jóvenes. En nuestro corpus, sólo dos escritos sobre veintisiete emanan de mujeres de más de 40 años y tres de mujeres de 15 o 16 años al momento de entrar al campo. Todas las entrevistas fueron llevadas a cabo con mujeres que tenían en ese momento entre 20 y 40 años. Por lo mismo, las fechas de internación (1943 para 10 de las mujeres entrevistadas, 1944 para 6 de ellas; y para los relatos autobiográficos, 1944 para 12, 1943 para 7, 1942 para 2 de ellas) recuerdan que las chances de sobrevivir estaban, ante todo, en función de la duración de la internación.

Según esos dos criterios —la edad y la duración del paso por el campo—, los relatos recopilados sistemáticamente en el momento de la liberación y la muestra espontánea de las entrevistas y de las publicaciones biográficas apenas difieren. No obstante, esos dos factores, que son los indicadores más salientes de las fuerzas de resistencia física, no son las únicas "desviaciones" que afectan la muestra de las entrevistas y las publicaciones autobiográficas. Está igualmente la desviación debida a características sociales, la de mayor peso en la diferenciación de las entrevistas y los escritos autobiográficos. Estos últimos, en efecto, están directamente ligados al manejo de la escritura, de las reglas de la redacción y del armado de un texto, que implican un nivel de estudio elevado; nueve mujeres han efectuado estudios secundarios, y nueve estudios

³⁵ Es necesario decir que, de los dos textos no publicados que nos han sido confiados, uno había sido destinado a la publicación sin encontrar editor; el otro fue fruto de una decisión solitaria sin intención de publicación. Se trataba entonces de fijar, para superarlas, las experiencias traumatizantes directamente inmediatas al retorno de los campos. La doble restricción a las mujeres y a los relatos escritos en tres lenguas solamente (francés, alemán, inglés) resulta no sólo de la necesidad de limitar el material en función de nuestros conocimientos lingüísticos, sino también en función de nuestra capacidad de trabajo. El tiempo que requiere un análisis de contenido fino, que considere a la vez las características de los autores, las informaciones, el estilo y los modos de enunciación, no nos permitió extender nuestro análisis más allá de la unidad de un campo dado. De todos modos, la diversidad de las formas autobiográficas observadas, yendo desde el testimonio político hasta el relato novelado pasando por una pieza de teatro, nos pareció a posteriori justificar científicamente una elección inicialmente operada en función de coacciones propiamente materiales. Constituímos nuestro corpus gracias a los fondos de las bibliotecas del Centro de Documentación Judía y Contemporánea y del Instituto de Historia de los Tiempos Presentes, a quienes agradecemos aquí.

superiores. El origen social, precisado en la mitad de los escritos solamente, va de la pequeña burguesía comerciante a las profesiones liberales y el gran comercio. El origen social de las mujeres entrevistadas es menos elevado: un cuarto proviene de un medio obrero, un cuarto de la burguesía comercial, dos de la gran burguesía comercial y de profesiones liberales, otras dos de la burguesía intelectual. Su nivel de estudios también es inferior: un cuarto realizó estudios superiores, un cuarto estudios secundarios, dos eran estudiantes al momento de su arresto, las otras no superaron la enseñanza primaria.

En la construcción de un corpus de biografías, la historia oral permite ampliar el material de investigación hacia la base de la escala social. Pero no es menos cierto que, en uno y otro caso, el origen social y el nivel de estudios son bastante más elevados que en la investigación evocada precedentemente. Esta sobrerepresentación de los sectores altos de la escala social en el material de tipo biográfico refleja una realidad propia a toda muestra espontánea, y relativamente independiente del fenómeno concentracionario, al cual no hace sino añadir contratos de enunciación suplementarios: a saber el silencio de los dominados, a quienes nada autoriza o incita a relatar una vida en la cual la cualidad de su propia persona no parece bastar para conferir un interés de un orden más general.

Esos parámetros ligados a la persona (nivel de estudios y origen social) se manifiestan igualmente en el hecho de que gran cantidad de autores de autobiografías figuran entre los raros individuos que han podido hacer valer, ya en el campo, sus competencias incorporadas. Una quinta parte de los escritos autobiográficos emana de médicos o enfermeras, un escrito proviene de una música afectada a la orquesta, otro de un intérprete de la *Politische Abteilung* (el centro de las instancias SS de gestión del campo); la mayor parte de los demás concierne a mujeres afectadas —muy rápidamente, luego de su llegada— a los comandos, presentados en la literatura como lugares de trabajo buscados: la estación de Raisko, el trabajo doméstico para los SS, "Canadá" (el depósito de los objetos confiscados a los deportados desde su arribo, que alimentó el mercado negro del campo), o aun la usina, antes que los trabajos de nivelación de la tierra. Constatamos el mismo fenómeno en las entrevistas, pero en menor medida, ya que las posiciones "privilegiadas" (de tipo exclusivamente médico) no constituyen sino un tercio de los casos. Destacamos la excepción que constituye la entrevista con una kapo, posición ambigua y a menudo presentada como necesariamente comprometedora, lo que torna poco probable una publicación autobiográfica.

El corpus de los relatos biográficos ofrece entonces —con relación a las formas menos individuales de testimonios proporcionados por las declaraciones judiciales, los relatos históricos o los datos sociográficos—, recursos metodológicos específicos. Nos proponemos ahora analizarlos, comenzando por la forma más "solicitada" (las entrevistas) para terminar en la más "espontánea" (las autobiografías).

El aporte de la historia oral

A pesar de una ampliación relativa de la población involucrada, en comparación con las publicaciones autobiográficas, una investigación de historia oral no permite de ninguna manera darle la palabra a aquellos que han optado por el silencio, ni llenar ese silencio con interpretaciones fortuitas. A pesar de ello, la indagación hace aparecer las coacciones estructurales que están en el origen del silencio, así como las funciones que asume.³⁶ Pero, para hacerlo, es necesario apartarse de ciertos presupuestos ingenuos de la "historia oral" e integrar en el trabajo de interpretación todos los materiales reunidos, las entrevistas logradas o suspendidas y las rechazadas, dicho de otro modo, integrar en la interpretación las dificultades encontradas en la investigación. En efecto, la situación de la entrevista es ella misma, al igual que el escrito autobiográfico, un momento de testimonio y de reconstrucción de identidad para la persona entrevistada, quien da forma a la negociación previa a todo encuentro y delimita los escritos solicitados.³⁷

De los dieciséis encuentros solicitados, nueve se hicieron por medio de contactos personales, y los otros siete por medio de la organización Amicale d' Auschwitz. Los nueve encuentros concertados por medio de contactos personales fueron muy fáciles de obtener: la confianza que la sobreviviente entrevistada tenía en la persona que había establecido el contacto fue transferida al entrevistador y, una vez aceptada la entrevista, la demanda de un relato sobre toda la vida y no solamente sobre la deportación, fue bien recibida.³⁸ A la aceptación sin condiciones correspondía, en el caso inverso, un rechazo igualmente directo. De este modo, una sobreviviente que, si bien por teléfono había aceptado calurosamente encontrarse conmigo, se vio incapacitada de hablar en el momento de la entrevista que le suscitó el recuerdo de "montañas de cadáveres". No había podido hablar jamás de su deportación con su marido con quien se había reencontrado a su retorno. ¿Cómo podría romper, con un extraño, ese silencio que había construido toda su vida? Otra sobreviviente había aceptado, antes de decidir si quería prestarse a realizar a una historia de vida más larga, relatar su deportación ante un pequeño círculo de estudiantes que preparaba un trabajo sobre los campos. Durante ese encuentro, la omnipresencia de la muerte fue casi el único tema tratado. Ella imitó con grandes zancadas cómo era necesario esquivar los cadáveres todas las mañanas antes del paso del comando que los recogía. Sin lamentar haber participado en esa sesión tan movilizadora, no quiso luego "despertar sus recuerdos", en una entrevista

36 Para el concepto de silencio estructurado, cf. L. Paserini, "Work, Ideology and Consensus Under Italian Fascism", *History Workshop*; 8, 1979.

37 M. Catani, S. Mazé, op. cit.; F. Ferarotti, *Histoire et histoires de vie*; Paris, Méridiens, 1983.

38 Sobre las dieciséis entrevistas, diez fueron hechas por Michael Pollak, en Francia y en Alemania, cuatro por Rebecca Hopfer en Austria y Polonia, otra por Gerhard Bozt, con la ayuda de Anton Pleimer y Harold Wildfellner; una posterior fue hecha en el marco de un seminario en el Instituto de Historia de la Universidad de Salzburgo.

más larga. De esos nueve contactos personales no surgieron, pues, sino siete historias de vida, recabadas durante encuentros sucesivos que, en tres casos, se desarrollaron a lo largo de varios meses. La negociación entre entrevistador y entrevistado se prolonga por otra parte en el transcurso de toda la entrevista, e incluye a veces a otras personas. Es así que el entrevistado es quien decide la interrupción y el fin de las diferentes sesiones. La presencia de una tercera persona, una amiga intérprete en el caso de una sobreviviente polaca, la hija adoptiva, en el de una sobreviviente francesa, correspondía también a la voluntad del entrevistado de pasar revista a sus recuerdos traumatizantes con el sostén de una persona cercana. En el caso de una berlinesa, el éxito de la entrevista estuvo subordinado a una multitud de discusiones con sus amigas sobre la oportunidad misma de tal ejercicio. La intervención directa o indirecta de terceras personas en la entrevista, si bien es a veces generadora de dificultades, puede igualmente proveer preciosas informaciones sobre la reinsertión del sobreviviente en la vida ordinaria a su retorno de los campos.

La negociación se presentó de un modo totalmente diferente cuando nos aproximamos a los deportados por intermedio de una organización de sobrevivientes. Se trataba entonces de convencer principalmente a los responsables de los fundamentos y del interés de la investigación. A pesar de ser siempre bien recibidos, esa suerte de confianza espontánea sobre la base de la recomendación de la organización, ya no fue suficiente para provocar la aceptación. Una responsable lo expresó muy bien: "Debéis comprender que nosotros nos consideramos un poco como los guardianes de la verdad". Ese trabajo de control de la verdad implica una oposición fuerte entre lo "subjetivo" y lo "objetivo", entre la reconstrucción de hechos y las reacciones y sentimientos personales. Este control es percibido como algo muy importante, puesto que la inevitable diversidad de los testimonios corre el riesgo de ser entendida como la prueba de la inautenticidad de todos los hechos relatados. Se trata, entonces, de elegir los testimonios serios y fiables a los ojos de los responsables de las organizaciones, y de evitar que los "mitómanos que nosotros también tenemos" tomen públicamente la palabra. Esta preocupación es aun más marcada debido a que fenómenos como el "affaire Faurisson" y la negación —por parte de los autodenominados "revisiónistas"— de las cámaras de gas y la exterminación masiva, aparecen en un momento donde la escalada de xenofobia y racismo provoca entre ciertos sobrevivientes un sentimiento ambivalente. ¿Su muerte no va a precipitar el olvido y la negación? Testimoniar se vuelve entonces necesario para prevenir una evolución tal. Pero a esa preocupación histórica se añade otra actual: ¿cuál puede ser la función de este mensaje? "A nuestro retorno, nosotros creímos que era necesario hablar y que si el mundo sabía, aquello no sería posible nunca más. ¿El mundo ha cambiado?"

Durante una discusión con otra responsable de la Asociación Amicale, es el interés por conocer toda la vida, lo que es puesto en cuestión: "Les voy a contar todo lo que quieran sobre mi deportación y el campo. Pero todo lo que pasó antes o después, no tiene estrictamente ningún interés, es mi vida privada". La oposición entre lo "subjetivo" y lo "objetivo" toma ahí la forma de la oposición entre lo "privado", sin interés, y lo

"público", es decir el único período de la vida que había conferido al entrevistado un rol público de testigo de la historia.

El desarrollo de la investigación hace surgir así, bajo la forma de negociación, los mismos límites que –veremos– se establecen espontáneamente en los escritos autobiográficos: la limitación al período de la deportación indica una tensión relativa a la conformidad entre el relato personal y la significación histórica de la experiencia. Asimismo, las preocupaciones expresadas durante los contactos han hecho aparecer los límites que se imponen aquellos que administran la memoria colectiva de los deportados: su definición de "testigo" excluye tanto la heroicización como el intento o la expresión demasiado emocional. Aquí, nuevamente, los límites constatados en los relatos biográficos publicados –ausencia de heroicización, por un lado, rareza de los relatos centrados exclusivamente en la reconstrucción del yo, por otro– se refieren a un mismo espacio discursivo de lo decible y lo indecible y siguen los mismos principios de estructuración. Pero ese espacio no está dado de entrada, ni es estable. Resulta de un trabajo permanente de definición de fronteras, en el cual participan los diferentes géneros de testimonios aquí analizados. Moldeado por las características de los testigos, su disposición y su interés en el testimonio, ese trabajo sobre las fronteras de lo decible está en función de un sistema de sanciones y censuras, ampliamente interiorizadas, pero que ha tomado igualmente una forma institucionalizada en diferentes asociaciones de ex deportados que se han erigido, entre otras cosas, como los "guardianes de la verdad".

No obstante es importante también notar que esas asociaciones han construido un marco de comunicación y de sociabilidad que ha permitido a un gran número de sobrevivientes superar el trauma. La concordancia progresiva que se establece entonces entre relatos individuales y memoria colectiva indica que el trabajo de encuadramiento, susceptible de llevar al silencio sobre ciertas diferencias que han podido enfrentar entre sí a los deportados o a grupos de deportados, tiene como contrapartida el apuntalamiento de los adherentes más vulnerables. Las siete entrevistas llevadas a cabo por intermedio de la Asociación Amicale d' Auschwitz son un buen ejemplo.

Los escritos autobiográficos

Los parámetros ligados a la persona no son los únicos determinantes de una publicación autobiográfica. Ésta, en efecto, está subordinada a condiciones que autorizan esa forma de expresión pública de la vida privada, en donde la palabra sobre sí se ve dotada de una esfera de interés ampliada. Estas condiciones, lejos de limitarse a un "pacto autobiográfico" de orden propiamente literario como lo sugiere Phillippe Lejeune,³⁹ comprenden

39 Ph. Lejeune, *Le pacte autobiographique*, Paris, Le Seuil, 1975.

principalmente sea la notoriedad del autor –es decir su estatus de persona pública–, sea circunstancias históricas que valorizan al individuo en tanto que testigo.

Esta reflexión sobre el "espacio autobiográfico" nos parece, necesaria para comprender las condiciones que tornan socialmente posible la existencia de testimonios autobiográficos sobre los campos: aquí, el acceso a la palabra pública y la publicación de una vida individual no depende de la notoriedad propia de una persona, sino de su estatuto de representante de un grupo (el de los deportados), y de ser portavoz de una causa (transmitir la experiencia de una barbarie impensable y luchar contra ella).

Así, la experiencia concentracionaria no es considerada digna de ser relatada sino en tanto es objeto de una vivencia colectiva. Es desde esta perspectiva que los escritos incluidos en nuestro corpus pueden ser analizados en función de informaciones relativas al autor, en particular el lugar concedido a la vida antes y después del campo, el lugar concedido a grupos o a la persona del autor, la fecha de su publicación y las intenciones generales o individuales invocadas para justificar la toma de la palabra.

Los momentos para contar la propia vida

La fecha de publicación puede ser tomada en cuenta como indicador de la tensión constitutiva de los escritos sobre la experiencia concentracionaria, por su doble carácter de restitución de una memoria, individual y colectiva. Más de un tercio de los escritos son anteriores a 1949; testimonian sobre la voluntad de superar y de fijar para siempre el inconcebible pasado. Si la motivación puramente individual y autobiográfica es muy rara, el caso diametralmente opuesto lo es también: las fechas conmemorativas oficiales no han provocado más publicaciones. Es en los cuatro primeros años posteriores a la guerra que aparecen los relatos más "factuales", un relato "jurídico" y una reflexión "científica". El testimonio es entonces a menudo presentado como la realización de una forma de resistencia que consistía en querer sobrevivir para poder testimoniar. Resultantes de una voluntad de observación y de registro, estos relatos fechan frecuentemente ciertos acontecimientos y provienen de mujeres que, por su posición, habían tenido acceso a puntos de referencia temporales (acceso clandestino al diario en el caso de Louise Alcan quien trabajó en Raisko y en el de Suzanne Birnbaum afectada al Canadá; pertenencia al grupo "privilegiado" de los médicos en el caso de Gisela Perl y de Ella Lingens-Reiner). Predomina entonces la voluntad de fijar el recuerdo y de transmitirlo a los otros.⁴⁰ Por el contrario, entre 1956 y

40 D. Ourisson, *Les secrets du Bureau Politique d' Auschwitz*, Paris, Editions de l' Amicale des déportés d' Auchwitz, 1946; L. Alcan, *Sans armes et sans bagages*, Limoges, Les Imprimés d'art, 1945; S. Birnbaum, *Une Française juive et revenue*,

1965, todos los relatos, menos precisos desde el punto de vista factual y cronológico, invocan razones propiamente personales:⁴¹ escribir el pasado ya no responde entonces a una voluntad de fijar el recuerdo, sino a una necesidad de superar traumas.

Este cambio, las condiciones de emergencia del testimonio, no es independiente de la evolución de la voluntad de escuchar. Ésta, muy fuerte en la inmediata posguerra, se difunde a finales de los años '40 a medida que las preocupaciones actuales alejan los recuerdos de guerra más siniestros y menos heroicos. La deportación evoca necesariamente sentimientos ambivalentes, incluso de culpabilidad, aun en los países vencedores donde la indiferencia y la colaboración habían marcado la vida cotidiana al menos tanto como la resistencia. ¿Acaso no vimos, desde 1945, desaparecer de las conmemoraciones oficiales a los ex deportados vestidos con el uniforme a rayas, que despiertan también la mala conciencia y que, con excepción de los deportados políticos, se integran mal en un desfile de ex combatientes? "1945 organiza el olvido de la deportación, los deportados llegan cuando las ideologías están ya en su lugar, cuando la batalla por la memoria ya ha comenzado y la escena política está saturada: están de más".⁴²

Aprovechar el escrito autobiográfico para superar el trauma, he aquí un motivo que se pone en evidencia en casi todos los relatos, y cada vez más explícitamente después de 1956, acompañando primero razones más generales para volverse luego la razón principal, incluso exclusiva, de la publicación. Para Edith Bruck, se trata en 1959 de preservar la conciencia de sí.⁴³ En 1961, Reska Weiss dice querer superar sus recuerdos tanto como contribuir a la reconstrucción de un mundo que no puede ser fundado ni sobre el odio ni sobre el olvido.⁴⁴ También en 1961, Kitty Hart rememora sus sentimientos durante la liberación: para vengarse, hubiera querido matar con sus propias manos una familia alemana; incapaz de matar, destruye algunos muebles e incendia una casa. Estos sentimientos -venganza imposible, odio difícilmente controlable- atraviesan todo su libro, y especialmente los últimos pasajes que describen su vida en un campo de personas desplazadas en la Alemania destruida: "no nos queda más que esta tarea en el límite de lo posible: borrar el pasado y dominar el futuro. Yo sabía que nunca podría perdonar, pero me prometí no vivir con el odio en el corazón para no tener que despreciarme a mí misma por haber sobrevivido y haber visto morir a tantos miles

de personas".⁴⁵ Finalmente, en 1981, Margareta Glas-Larsson no invoca, para justificar su testimonio, más que una voluntad de hablar y de sentir su libertad.⁴⁶

Podríamos ver en esta cronología de las "razones para contar la propia vida" el reflejo, en un nivel colectivo, de aquello que ha podido pasar en cada individuo: al trabajo de fijación del recuerdo al momento de la salida de los campos, seguiría la rememoración de los traumas y el esfuerzo por superarlos, para finalmente dejar lugar, a medida que nos aproximamos al fin de su vida, a la investigación de una forma susceptible de garantizar a más largo plazo la transmisión de esta memoria. Pero una correlación tal es engañosa.⁴⁷ En primer lugar, porque la disposición a fijar el recuerdo y a transmitirlo inmediatamente, en el momento en que existía una voluntad de escuchar, e incluso una demanda de información, no es confirmada en ningún modo; al contrario, según la mayor parte de los escritos y de las entrevistas, la actitud que prevaleció al retorno de los campos era una voluntad de olvidar y una incapacidad de hablar, reforzada por la necesidad de movilizar todas las energías para enfrentar las dificultades, incluso materiales, de la vida: comprendemos entonces que los primeros testimonios son aquellos que priorizan valores generales de justicia y de verdad. En segundo lugar, el testimonio no está dado solamente en función de los traumas infligidos en el campo, y de su recuerdo, sino de preocupaciones actuales muy diferentes. Así, la fecha de los relatos más "individuales" corresponde casi siempre a un momento difícil de la vida después de 1945, el que parece provocar la rememoración: la incapacidad de integrarse en la sociedad israelí y el retorno a Europa en el caso de Edith Bruck; la muerte de su hermano, último miembro vivo de su familia, en el caso de Margareta Glas-Larsson; la exclusión de la Unión de Escritores de Rumania y la emigración a Francia en 1965, para Ana Novac.⁴⁸ En este caso, el escrito autobiográfico sirve para superar a la vez el trauma concentracionario y una crisis coyuntural, estando ambos muy a menudo, por otra parte, en relación directa, como lo ilustran los proyectos de migración concebidos en respuesta a la desaparición de las comunidades judías en Europa central. En otros casos, tales como el de Lucie Adelsberger, el de Grete Salus y el de Reska Weiss, la publicación de relatos autobiográficos entre 1956 y 1961 no habría muy probablemente visto la luz sin el apoyo de organizaciones religiosas y humanitarias que obraban por la reconciliación. El proyecto individual de rememoración se inscribe entonces dentro del proyecto de constitución de una memoria colectiva.

Paris, Éditions du Livre Français, 1945; P. Lewinska, *Vingt mois à Auschwitz*, Paris, Nagel, 1945; O. Langyel, *Souvenirs de l'au-delà*, Paris, Éditions du Bateau Ivre, 1946; E. Lingens-Reiner, *Prisoners of Fear*, Londres, Victor Gallancz, 1948; G. Perl, *I was a doctor in Auschwitz*, New York, International Universities Press, 1948.

41 L. Adelsberg, *Auschwitz. Ein Tatsachenbericht*, Berlin, Lettner, 1956; K. Zywska, *J'ai survécu à Auschwitz*, Varsovie, Polonia, 1956; R. Weiss, *Journey through Hell*, Londres, Mitchell, 1961; K. Hart, *Aber ich lebe*, Hambourg, Claassen, 1961; G. Salus, *Eine Frau erzählt*, Bonn, Schriftenreihe der Bundeszentrale für Heimatdienst, 1958.

42 G. Namer, *La commémoration en France, 1944-1982*, Paris, Papyrus, 1983, pp. 157 sq.

43 E. Bruck, op. cit., p. 6.

44 R. Weiss, op. cit., prefacio.

45 K. Hart, op. cit., p. 190.

46 M. Glas-Larsson, *Ich will reden*, Viena, Molden, 1981, p. 75.

47 La escritura de sus propios recuerdos en diferentes momentos de su vida invalida una hipótesis tal. Aunque su libro no forma parte de nuestro corpus, podemos tomar por ejemplo el testimonio de Germaine Tillon, *Ravensbrück* (Histoire immédiate, Paris, Ed. Du Seuil, 1973). Oponiendo en su libro las notas que tomó en distintos momentos después de la guerra, Germaine Tillon hace un inventario detallado de los cambios de su memoria, que van de la reconstrucción precisa de ciertos acontecimientos hasta recuerdos más vagos, volviéndose cada vez más borrosos con el tiempo. Esta pérdida de precisión se acompaña de una interpretación cada vez más matizada, despojada de toda generalización.

48 A. Novac, *Les beaux jours de ma jeunesse*, Paris, Julliard, 1968.

Paradójicamente, el relato inédito más "político" en su estilo y en sus intenciones explícitas (el de Macha Ravine), resulta menos de un tal proyecto de memoria colectiva que de la crisis de la autora en el momento de su dolorosa ruptura con el Partido Comunista. A su retorno del campo, el sentimiento de seguridad y la convicción de obrar por un mundo mejor en el seno de esta "gran familia" habían podido facilitarle la readaptación a la vida ordinaria. La conmemoración de un pasado militante puro e ideal antes de la guerra y en el campo la ayuda entonces, a principios de los años '70, a superar la decepción ideológica, pero también el aislamiento social que resulta inevitablemente de la ruptura con una organización que tiende a moldear hasta los detalles más privados de la vida, e incluso las elecciones del cónyuge y de los amigos.⁴⁹

El proyecto literario de Charlotte Delbo, por último, puede ser leído tanto como un trabajo de duelo que une a los sobrevivientes con las víctimas muertas, como uno de conmemoración tendiente a establecer la comunicación con todos aquellos que no han conocido esta experiencia. En cierto modo, esta obra participa en el trabajo de constitución de una memoria colectiva de la experiencia concentracionaria y de la deportación. Haciendo de la credibilidad de lo indecible uno de los temas de sus escritos, Charlotte Delbo anticipa en su proyecto literario un trabajo más directamente político que se manifiesta en la reedición, en 1980, del testimonio Louise Alcan, ampliada con comentarios de actualidad. La que, en 1945, había sido una de las primeras en cumplir lo que ella había percibido como un deber cívico, se siente de nuevo obligada a alzar la voz en ocasión de los *affaires* Darquier de Pellepoix y Faurisson —la negación del Holocausto, por un lado,⁵⁰ y el recrudescimiento de la xenofobia y del antisemitismo, por otro: "los rostros surgieron nuevamente y me fue imposible no evocar algunos de ellos... El camino entre la calle Copernic y Auschwitz parece, de golpe, muy corto".⁵¹ Es en este contexto, también, que se inscriben las entrevistas recabadas en el marco de este proyecto desde 1980. Para muchas de las mujeres entrevistadas fue la ocasión para transmitir su experiencia, hacia el fin de sus vidas, a una generación tal vez más atenta a sus palabras que a aquellas de la reconstrucción.

Los momentos elegidos y las razones invocadas para contar la propia vida moldean entonces las principales modalidades de la composición de los relatos, y muy probablemente la estructuración de la memoria. Sólo los relatos del primer período testimonian de una preocupación por dataciones precisas. Más tarde, en cambio, e incluso en el caso de relatos cuyo principio de organización es el cronológico, las fechas se reducen a aquellas de la deportación y la liberación. Por otra parte, cuanto más grande es el interés por dejar un testimonio de alcance general, más la composición de los relatos tendrá una lógica jurídica, que concentre las informaciones sobre la gestión del campo y los SS (un caso), o temática, que abandone la cronología (lo que sucede a menudo en el caso de los relatos de médicos). La integración en el

relato autobiográfico de elementos de información sobre el campo, sobre los cuales el autor no ha podido tener conocimiento personalmente, traduce igualmente una vocación tal, más universal, de testimonio. Al contrario, los relatos autobiográficos que no manifiestan tales fines siguen, la mayor parte del tiempo, un orden cronológico y eventual, incluso si los puntos de referencia temporales precisos son raros —orden que es el de la experiencia personal antes que el de la reconstrucción histórica. Vemos entonces que, al igual que el lugar del testimonio en el tiempo (fecha de publicación), la organización cronológica de la narración se encuentra fuertemente en función del tipo de necesidad al cual responde el hecho de testimoniar, y del tipo de recursos movilizados para lograrlo —estando ambos ligados al grado de generalización de la experiencia que el sujeto puede permitirse.

El silencio sobre la persona

La información fundamental sobre la identidad "ordinaria" de una persona fue omitida en un gran número de escritos autobiográficos: casi la mitad de los autores omiten su edad y su medio social de origen. Por el contrario, la información concerniente a la identidad de la persona en el campo, la fecha de entrada, la razón de la deportación (política y/o racial, es decir "judía"), el estado civil y los eventuales hijos, figuran en casi todos los relatos. Este último criterio tiene una importancia particular, en la medida en que la separación de los seres queridos es a menudo sentida como el primero y más doloroso de los traumas. Otra manifestación importante de esta tensión inherente a la entrevista autobiográfica es la limitación del relato al período de la internación, indicando, en el caso de los sobrevivientes, que el "yo" no puede enunciarse sino en relación al "nosotros" de todos aquellos y todas aquellas que han conocido el mismo destino. En todos estos escritos es difícil encontrar información sobre la vida antes y después del campo, y tres cuartos de ellos versan exclusiva o casi exclusivamente sobre la vida en el campo (entre 80% y 100% de las páginas).

En el caso de escritos más personales y explícitamente ligados a una reconquista de la identidad, el relato de lo acontecido fuera del campo puede llegar a casi la mitad del texto,⁵² e incluso invertirse al punto de que la experiencia en el campo no concierna sino a un 20% de las páginas.⁵³ Incluso en las entrevistas es difícil superar la limitación al período concentracionario. Al decir de ciertas mujeres entrevistadas, la deportación corresponde al único momento de su vida que merece un interés general: la deportación represente más del 60% del tiempo en siete entrevistas, y casi la mitad del tiempo en las

49 Entrevista con M. Ravine, 5 de febrero de 1985, París.

50 L. Alcan, *Le temps écartelé*, St. Jean-de-Maurienne, Imprimerie Trichet, 1980, p. 40.

51 *Idem*, pp. 40 y 87.

52 E. Zacharia-Asseo, *Les souvenirs d'une rescapée*, París, La Pensée Universelle, 1974.

53 E. Bruck, *Chi ti amo così*, Milán, Levici Editori, 1959; citado en la traducción alemana: *Wer Dich so liebt*, op. cit.

cuatro restantes. Cuando el período pre o posconcentracionario ocupa un lugar importante, es a menudo para dar cuenta de actividades de resistencia que precedieron al arresto o a la fuga, o al retorno de una sobreviviente en 1945. En tres entrevistas –aquellas que también versan menos exclusivamente sobre el período en el campo– las dificultades de readaptación al mundo ordinario son el tema principal.

En cuanto al grupo, no es sorprendente que una de las primeras publicaciones aparecida en 1946 sea una biografía colectiva elaborada por la Asociación *Amicale* de deportados de Auschwitz.⁵⁴ Este género, retomado en 1980 por iniciativa de la misma Asociación *Amicale*⁵⁵ liga, como lo dice su nombre, lo individual a lo colectivo, y resuelve, dándole forma, esta tensión constitutiva de todo testimonio sobre la experiencia concentracionaria. En cambio, uno de los manuscritos que nos fue remitido para esta investigación, redactado en 1945 por una joven que tenía entonces 17 años, está emparentado con el uso de la escritura como reconstrucción del sentido de sí mismo –en consecuencia su autora no ha tratado nunca de publicarlo. Para que apareciera un libro que se presentara explícitamente como un intento de poner en claro la identidad de su autor, fue necesario esperar hasta 1959. Igualmente, Charlotte Delbo –la única autora de nuestra muestra cuyo renombre habría permitido el recurso a la autobiografía en su definición literaria– no comenzó su obra sobre el tema de la deportación sino bastante tardíamente, y con una biografía colectiva: se trataba de un trabajo de investigación que desembocó en la reconstrucción de esbozos biográficos de todas sus compañeras que salieron de Francia en el mismo convoy que ella.⁵⁶

Contar la propia vida en nombre de un valor general

Así como en el caso de las declaraciones judiciales e históricas, la justicia y la verdad son los valores más generales a los cuales refieren algunos escritos autobiográficos, similares entre sí por su forma –temática y no cronológica– así como por su contenido, centrado en ciertos personajes y acontecimientos que tenían ya un lugar importante en los testimonios judiciales e históricos analizados antes. El único relato de tipo jurídico presente en nuestro corpus tiende a la denuncia de los adversarios, los SS. Dounia Ourisson⁵⁷ no dio como informaciones personales más que su fecha de deportación, una dedicatoria a los miembros de su familia asesinados en Majdanek, su trayectoria y su posición de traductora en la *Politische Abteilung* del campo, que se debía a su conocimiento de varios idiomas. Esta publicación no hace más que

completar su declaración, que se encuentra en los archivos. Editada por la Asociación *Amicale* de deportados de Auschwitz, está escrita con la misma intención de echar luz sobre los crímenes cometidos y de servir a la justicia.

En el registro del testimonio de carácter científico encontramos el libro de Ella Lingens-Reiner,⁵⁸ médica austriaca arrestada por haber ayudado a judíos a escapar. Su relato está ordenando de modo cronológico sólo en el 10% del texto concerniente a su vida antes del campo y después de su liberación. Su descripción del campo, incluyendo sus reacciones y experiencias personales, se ordena según diferentes temas que ella analiza apoyándose en sus propias experiencias, pero haciendo la mayor abstracción posible de sus reacciones emocionales: principios de organización del campo y del trabajo en el *Revier*; prohibiciones que pesaban sobre el personal médico, en posición muy ambivalente entre los prisioneros y los médicos SS; selecciones y tratos por los cuales prisioneras que ocupaban posiciones “privilegiadas” intentaron salvar a algunas de las mujeres destinadas a la cámara de gas. Más de un cuarto de su libro está consagrado al estudio de las relaciones sociales entre diferentes categorías de deportados, concediendo especial atención a la categoría más desprovista de recursos –las judías– y a las categorías más numerosas y más directamente en competencia por posiciones elevadas –las alemanas y las polacas. Partiendo de la constatación de que toda mejoría en las condiciones del campo, y por lo tanto de las chances de supervivencia del mayor número de deportados, pasaba necesariamente por un mínimo de comunicación y de cooperación con los SS, un capítulo, casi tan largo como el consagrado a las relaciones sociales entre detenidos, trata de este tema, y está totalmente atravesado por el problema de los límites entre la indispensable comunicación y el colaboracionismo, con una discusión muy sutil sobre la mentalidad de varios SS, cuya descripción retoma, en parte con las mismas palabras, la declaración suya que se encuentra en los archivos. Señalemos, por último, que el análisis propuesto por otra sobreviviente, la socióloga polaca Anna Pawelczynska, corrobora esta sociología implícita de las relaciones entre deportados, aunque a un nivel de abstracción teórica tal que este libro no puede ser emparentado con los escritos autobiográficos de nuestro corpus.⁵⁹

54 R. Abada, *Témoignages sur Auschwitz*, Paris, Amicale d'Auschwitz, 1946.

55 V. Pozner, *Déscente aux enfers. Récits de déportés et de SS d'Auschwitz*, op. cit.

56 Ch. Delbo, *Le convoi du 24 janvier*, Paris, Ed. de Minuit, 1985.

57 D. Ourisson, op. cit.

58 E. Lingens-Reiner, op. cit.

59 A. Pawelczynska, *Values and Violence in Auschwitz. A Sociological Analysis*, Berkeley, University of California Press, 1979.

Los límites de una palabra militante

Podemos preguntarnos por qué ningún relato de nuestro corpus se emparenta con el género de la literatura militante en el sentido usual del término, a saber, un discurso de movilización en nombre de una causa y de una organización encargada de encamarla –y esto a pesar de la presencia entre los autores de mujeres que se habían incorporado a la resistencia y que estuvieron igualmente, después de la guerra, comprometidas políticamente. Si es casi imposible dar cuenta de una experiencia concentracionaria a título exclusivamente individual, es también improbable que ésta pueda inscribirse en un relato militante y encontrarse acaparada por una organización y una causa política específicas, debido al hecho –aparentemente paradójico– de que, en este caso de “crimen contra la humanidad”, todo uso militante correría el riesgo de restringir su alcance universal y, en consecuencia, de aparecer como ilegítimo. En este sentido, tal vez no es casual que el único documento que conmemora la militancia en el campo haya sido escrito cuando su autora se retiró de toda filiación a una organización política.

El manuscrito autobiográfico inédito redactado por Masha Ravine, entre 1972 y 1975, es el único relato que, por ejemplo, evoca los nombres de las organizaciones en las cuales ella había militado antes de su deportación y las actividades coordinadas por una resistencia más organizada en el campo.⁶⁰ Dos tercios de su relato siguen un orden cronológico: se trata entonces de su historia personal y militante de judía polaca inmigrante en Francia hasta el momento en que, desesperada y enferma, reencuentra en el campo a un militante que había conocido en su convoy. Por intermedio de otros compañeros bien ubicados, aquel logra que ella sea afectada al *Revier*. Es a partir de ese momento, que marca el comienzo de su participación en las redes de resistencia del campo, que cambian igualmente el orden y el estilo de su relato. La cronología deja lugar a un orden temático: *Revier* de Birkenau (lugar privilegiado de acción clandestina); una “selección”; el “Canadá”, el contacto con la organización de los hombres, etc. –y todo ello intercalado con retratos de sus compañeros más próximos. Al igual que en la lógica de un relato de carácter jurídico y científico, este testimonio político se desprende casi automáticamente de la cronología. De igual manera, el carácter conmemorativo del escrito lleva a la autora a integrar en el texto importantes episodios de los cuales no había sido testigo directa, pero sobre los cuales tenía conocimiento gracias a su posición en la red política. Este escrito conmemorativo pretende también erigir un monumento a la memoria de sus compañeros militantes: “estas mujeres que simbolizan la intrepidez de las mujeres de la resistencia de Birkenau han dejado un recuerdo inolvidable en

60 Este manuscrito de 129 páginas ha sido preparado sobre la base de notas acumuladas después de 1945. Destinado a desaparecer durante las conmemoraciones del trigésimo aniversario de la liberación de los campos, no fue publicado por no encontrar un editor interesado. Deseamos agradecer a Masha Ravine por su confianza y el tiempo que nos consagró.

nuestro corazón, y son para nosotros la encarnación de lo sublime que puede llegar a ser el ser humano”.⁶¹ Sin embargo, las acciones de resistencia que ella relata no se distinguen en absoluto de aquello que otros relatos presentan como una ayuda mutua espontánea: la manipulación de las estadísticas del trabajo, la afectación a comandos menos pesados, el sostén moral a los enfermos. Es decir que las posibilidades de acciones espectaculares eran restringidas, a pesar de la existencia de actos igualmente heroicos (también relatados) como la *revuelta del Sonderkommando*, el robo de explosivos por parte de los detenidos judíos polacos en los *Union-Werke*, y la fuga de Mala Zimetbaum y de Edek Galinski.

Por otra parte, muy pocas publicaciones biográficas relatan actos heroicos que señalarían una resistencia organizada –resistencia que muchos autores juzgan, por otra parte, como desprovista de sentido, es decir peligrosa, en un contexto tal (además de la sospecha, siempre posible y efectivamente expresada en algunos relatos, de que las organizaciones políticas de resistencia fueran antes que nada redes de ayuda mutua sólo para adherentes y simpatizantes). La destrucción de los crematorios con los explosivos sacados de contrabando por prisioneras judías de los *Union-Werke*, no tenía la unanimidad de los grupos de resistencia organizados en el campo de hombres, y no fue llevada a cabo sino parcialmente a causa de filtraciones de información en dirección a los SS.⁶² Este episodio no figura, por otra parte, sino en cuatro relatos. En cambio, la historia de la fuga en junio de 1944 de Mala Zimetbaum, judía belga de origen polaco, y de Edek Galinski es relatada en tres cuartos de los relatos. Recapturada poco después y llevada nuevamente al campo, Mala consiguió, ante los prisioneros convocados para asistir a su condena a muerte, abrirse las venas con una hoja de afeitar y abofetear a un SS, último acto dramático de resistencia antes de su muerte.

Los relatos que dan cuenta de una resistencia organizada en el campo, y particularmente aquellos en los que la autora dice haber participado en esas actividades, no nos aclaran nada sobre el funcionamiento de esta resistencia, sobre la constitución y la composición de las redes. El único elemento que resalta en algunos pasajes que abordan este tema es el lazo establecido entre el campo de mujeres y el de hombres –lazo que fue decisivo en la preparación de la explosión de los crematorios al igual que, luego de las selecciones, la intervención organizada de prisioneros bien ubicados para salvar algunas vidas.⁶³ La razón de aquello es, sin ninguna duda, que las reglas de secreto y anonimato que caracterizan toda organización clandestina fueron llevadas al límite en las condiciones del campo. Por el contrario, a

61 M. Ravine, *Le mouvement de résistance dans le camp de femmes de Birkenau*, manuscrito, 1975, p. 5.

62 Sobre la resistencia en el campo, véanse sobre todo H. Langbein, *...Nicht wie die Schafe zur Schlachtbank. Widerstand in den nationalsozialistischen Konzentrationslagern*, Frankfurt, Fischer, 1980, p. 153 sq. y D. Czech, *Kalendarium der Ereignisse im Konzentrationslager Auschwitz-Birkenau, Heft von Auschwitz*, 2-8, Auschwitz, 1959-1964.

63 P. Lewinska, op. cit.

diferencia de las dudas que podía generar la resistencia organizada, el acto individual de Mala, prisionera ejemplar y desinteresada en la ayuda que prestó a partir de una posición clave (la estadística y la organización de los comandos de trabajo) tiene todas las características para volverse un mito, a través del martirio de una mujer que simboliza los arduos de la supervivencia cotidiana, y de una gran historia de amor –con Edek, personaje no menos mítico del campo de los hombres. No es entonces el acto heroico en sí mismo, sino la astucia y el amor que lo hacen posible, los que aparecen como los valores susceptibles de ser apreciados en el campo.

Este mismo episodio con el personaje de Mala figura igualmente en la mitad de las entrevistas. Aunque once entrevistas sobre dieciséis provienen de ser deportadas y arrestadas por actos de resistencia (entre ellas cuatro judías), éstas no nos aclaran nada sobre los modos de organización y las redes de resistencia en el campo. En cambio, todos estos relatos ven en la participación, en la ayuda mutua organizada, y en la razón de ser y de vivir que ésta confiere, una fuente inagotable y decisiva de energía. De otra parte, es más bien con relación a los problemas actuales que ciertas mujeres han vuelto en las entrevistas sobre temas políticos militantes.

Así, la mayor parte de las francesas comunistas y no comunistas interrogadas se han mostrado menos fastidiadas por la reconciliación con Alemania que por la reescritura correlativa de la historia que, en función de las nuevas alianzas y del anticomunismo actual, corre el riesgo, según ellas, de minimizar y ocultar el rol de la Unión Soviética en la liberación del nazismo, ya que es la evolución de la guerra sobre el frente oriental y el avance del Ejército Rojo lo que fue, durante su deportación, una fuente importante de su esperanza. En las entrevistas efectuadas en Austria, una duda se deja entrever a menudo: la izquierda, hoy en el poder, ¿no subestima ciertos peligros neonazis?

En los escritos de sobrevivientes estudiados aquí, así como en las entrevistas recopiladas, no encontramos ninguna heroicización de las víctimas –técnica tan corriente en la retórica militante. Todo sucede como si la ambivalencia de las situaciones de internación en el campo se opusiera a una reconstrucción y una proyección que tuvieran la necesidad de nutrirse de una imagen simple y clara de la naturaleza de las interacciones sociales. Por otra parte, entre las razones políticas evocadas en cinco publicaciones, son razones humanitarias generales las que prevalecen: luchar contra el racismo, el fascismo y el antisemitismo, transmitir lo increíble con el fin de volver imposible su repetición, tal es, por ejemplo, el mensaje político en la introducción del relato de Louise Alcan publicado en 1945.⁶⁴ Pero nada las distingue de hecho, por otra parte, de los otros relatos autobiográficos que invocan razones más personales, como los recuerdos de los parientes o de los seres queridos, o la

64 L. Alcan, 1945, op. cit., Introducción.

necesidad de escribir para superar el trauma y reconquistar la libertad. Todo indica, en consecuencia, que un registro específicamente político no tiene ningún lugar en estos relatos, ya que el valor "general" que está expresado allí correría el riesgo de aparecer como demasiado particular, en comparación con la magnitud del trauma.

Relato novelado y proyecto literario

Existe un caso de relato fuertemente heroicizado en donde, además, dicha heroicización toma una forma directamente política, en la medida en que los dos personajes principales son miembros de la resistencia y cuya obra concluye en un llamado a la lucha contra el antisemitismo (la heroína no sólo era miembro de la resistencia, sino también judía). Se trata de *La Passion de Myriam Bloch* de Marianne Schreiber.⁶⁵ Pero este relato, en el cual una nota liminar en la página 195 indica que "todos los episodios de esta tercera parte (aquella consagrada a Auschwitz) son rigurosamente auténticos", se presenta como una novela. Vamos a ver que esto no es ninguna casualidad, ya que la heroicización política manifiesta y continuada (puesto que ocupa las 360 páginas de la obra) no puede autorizarse sino bajo una forma novelada.

La parte consagrada al internamiento en Auschwitz, garantía de "autenticidad", ocupa un lugar relativamente restringido (unas sesenta páginas, o sea, una sexta parte de la novela): la experiencia concentracionaria no es, en cierto modo, sino el punto culminante del relato, y finaliza con una fuga que confirma las virtudes de la resistencia, en el sentido literal del término, de la heroína y su novio, así como de la fuerza de su amor que logra superar la destrucción física y psíquica infligida al joven. Para lograr magnificar así ese triunfo del amor y la virtud –esas dos cualidades tan típicamente humanas– frente a la realidad deshumanizante del campo, este relato debe recurrir inevitablemente a un "pathos" ausente en todos los otros relatos, y que se manifiesta en la insistencia acerca de los sentimientos y de las descripciones sobre los maltratos infligidos al joven (allí donde, en comparación, todos los otros relatos son infinitamente más despojados).

Esta novela, en la cual la experiencia concentracionaria, lejos de alterarlas, no hace sino valorar las virtudes de los héroes, ¿es autobiográfica, o acaso está autorizada por una persona "real" aunque escrita por otra? No hemos logrado establecer la respuesta a esta pregunta pero, como fuera, el trabajo de heroicización que opera, y las condiciones en las cuales lo hace, la apartan de los documentos con valor testimonial: a pesar de la insistencia en la autenticidad de los hechos relatados, e incluso si tomamos en cuenta aquello que deriva de la técnica novelística (especialmente la condensación de la cronología), no podemos evitar preguntarnos en qué medida un relato tal es verídico.

65 M. Schreiber, *La Passion de Myriam Bloch*, París, Fasquelle, 1947.

Pero no es el recurso a una forma propiamente literaria y, específicamente, novelada, lo que induce necesariamente la sospecha sobre la autenticidad de la experiencia relatada y sobre la identidad entre el autor, el narrador y el personaje. En efecto, en los otros relatos de nuestro corpus que, por su forma literaria, se sitúan en los márgenes de un género autobiográfico (además de la hagiografía de la que acabamos de hablar, encontramos también, vamos a verlo, el diario íntimo, el testimonio novelado, el teatro, la poesía...), no estamos en modo alguno, tentados a poner en duda el hecho de que el autor vivió realmente aquello de lo que habla. En el caso de la novela de Schreiber, es efectivamente la heroización, y no lo novelesco, lo que plantea el problema, sin duda porque esta magnificación de la persona, en la cual se condensan las experiencias más espectaculares y las virtudes más sublimes, contrasta singularmente con aquello que podía ser efectivamente el heroísmo en los campos (a la vez más modesto y tal vez, al mismo tiempo, más difícil) y, sobre todo, con el grado de autoglorificación que se permiten los sobrevivientes.⁶⁶

Si la novela permite decir lo indecible, introduciendo una distancia frente a los recuerdos difíciles de enfrentar con las normas de la moral corriente (desde entonces las únicas pertinentes, y más aun a medida que nos alejamos de la fecha de retorno a la vida civil), no hay que asombrarse entonces de que, en nuestro corpus, el único relato autobiográfico novelado emane de una detenida beneficiada con un privilegio (un puesto administrativo en las oficinas) que no estuvo acompañado de una justificación humanitaria como fue el caso del personal médico.

Pero si el testimonio de Zywulska está "novelado" (y, de modo significativo, el prólogo insiste en su valor a pesar de su carácter novelado y a pesar del beneficio de ese privilegio: "la obra se presenta bajo una forma novelada, elección que puede

66 Tenemos una prueba de lo contrario en la novela de Jacqueline Saveria, *Ni saints ni saufs* (París, R. Laffont, 1954), que no aparece en nuestro corpus, ya que no está ambientada en Auschwitz. A pesar de su calidad abierta y explícitamente novelada, deja presumir (en la ausencia, allí también, de todo indicador objetivo) la identidad entre el autor y el personaje principal. En efecto, el trabajo de eufemización propio de esta forma literaria no tiene aquí por efecto producir idealización, sino, al contrario, realismo, permitiendo la enunciación de hechos normalmente indecibles ya que están ligados a la posición de kapo (*Arweitererin*, una suerte de capataz) ocupada por el personaje principal. La distancia así creada entre la identidad de deportado (en el campo) y la de sobreviviente (después del campo) aparece como un problema demasiado personal —y aun más en la medida en que se profundiza la duración— para ser decible en el marco de un testimonio que, hemos visto, por definición no tiene valor más que en referencia a una experiencia general. Esto es lo que configura, a la vez, la necesidad y la dificultad de la escritura, contradicción que permite resolver el pasaje por la ficción, donde la persona se encuentra automáticamente transformada en "personaje". Así la descripción de los otros —y de sí mismo— que es siempre en sí una tarea difícil, puede hacerse evitando la referencia a una factualidad siempre sujeta a contestación.

chocar al historiador, pero hace más accesible a los no iniciados la verdadera atmósfera del campo, integrando en la vida cotidiana escenas de horror que correrían el riesgo de parecer a un espíritu inadvertido una exageración morbosa"),⁶⁷ es de modo tan tenue que casi nada lo distingue de un testimonio "ordinario" —al punto que estamos en derecho de preguntarnos qué es lo que, justamente, hace la diferencia. Ésta reside ante todo, parece, en el tratamiento cronológico, completamente específico: sigue una continuidad temporal (contrariamente a las formas "temáticas" de organización del relato que hemos estudiado antes) pero presentándola de modo mucho más coherente y continuo que los relatos autobiográficos "cronológicos" (que observan o parecen observar en forma bastante escrupulosa el desarrollo "real" de la experiencia individual). Lo que, en Zywulska, traiciona la forma novelada (por otra parte, igual que en Schreiber y Saveria), independientemente de todo cuestionamiento de la veracidad de los hechos relatados, es la abundancia de notas temporales ("es entonces que", "al día siguiente", "esa misma noche", etc.), propias a la reconstrucción de una cierta continuidad mediante la puesta en relación narrativa de elementos a los que no liga ni una analogía temática, ni la realidad de una vivencia individual, forzosamente discontinua.

Novela biográfica, novela realista, relato novelado: hemos visto a qué condiciones y a qué necesidades, no específicamente literarias, responde el recurso a tal o cual forma de novela. Pero ésta no es la única forma en la que un testimonio puede inscribirse en un proyecto propiamente literario, superando esta suerte de "grado cero de la escritura" que constituye el testimonio autobiográfico. Así, encontramos un caso en que la escritura aparece como un instrumento casi exclusivo del mantenimiento (en el momento) y de la reconquista (posteriormente, cuando la publicación) de una identidad: se trata del libro de Anna Novac,⁶⁸ prolongación directa de un diario íntimo comenzado catorce años antes del campo y continuado durante la internación.

En la medida en que este diario es la traducción de una vocación de escritora (la autora se define a sí misma como "grafómana"), y que refleja la ambición de una obra literaria, el relato de la experiencia concentracionaria deviene entonces el vehículo que permite expresar, al mismo tiempo, la condición de artista: "Ahora, escribo. Escribo que escribo. Alabado seas, Señor" (p. 23). Ninguna fecha sitúa temporalmente los diferentes pasajes del relato, todos escritos en presente. En un cuadro, generalmente cronológico, se suceden una serie de "escenas", muy estilizadas. El relato, que comienza en Auschwitz, no dice nada ni sobre el momento, ni sobre las razones de la entrada de la autora a ese universo. Su monólogo interior permanente, las dudas y angustias del yo de la escritora se mezclan, por así decir, con la experiencia concentracionaria: "el lápiz... me restituye cada instante, a escondidas, eso que todo un universo enfurecido trata de arrancarme: la conciencia de mi yo, el tenaz coraje de juzgar, incluso encadenada. Árbitro y testigo" (p. 23). Como si la escritura de la memoria le proporcionase

67 Prefacio de Olga Wormser en K. Zywulska, *J'ai survécu à Auschwitz*, Varsovia, Polonia, 1956, p. 8.

68 A. Novac, *Les beaux jours de ma jeunesse. Alice à Auschwitz*, París, Julliard, 1968.

un instrumento del dominio de sí misma, este texto está destinado, antes que nada, a la autora misma, y no, como en el caso de un testimonio, a la instrucción de otros. Esta inclinación autorreflexiva determina, por otra parte, los límites de su mensaje y, correlativamente, el malestar que engendra su lectura: en efecto, la imposibilidad para el lector de reconstruir la realidad de los acontecimientos detrás de la abundancia de los sentimientos personales expresados, contrasta penosamente con el registro habitual de los testimonios, cuya legitimidad resulta menos problemática ya que están empapados de factualidad; aquí, en cambio, la atención que la adolescente presta exclusivamente a su propia persona y, más aún que a su persona, a su expresión bajo la forma de este diario, llega a conferir un carácter insignificante y repetitivo a este acto sin embargo excepcional que consistió en tener un diario en tales condiciones. Lo que, en todo caso, aparece claramente, es la función de mantenimiento de la identidad que cumplió este diario en el momento de su escritura. Pero este momento no es, hemos visto, lo único pertinente para analizar estos escritos, incluso cuando toman forma literaria. El momento de la publicación tiene también su papel en la gestión de la identidad del sobreviviente. Pero las indicaciones biográficas que nos proporciona el prólogo de este libro (una carrera de escritora y algunas piezas de teatro en Bucarest antes de la exclusión de la Unión de Escritores y la emigración a Occidente) hacen aparecer el desgarramiento de una mujer para quien la experiencia concentracionaria y las dificultades para vivir su estatus de artista se refuerzan mutuamente. El encierro en una indagación permanente de su yo de sobreviviente y de escritora le impide formar otra cosa que la expresión de esta búsqueda imposible: "En cuanto a mi aventura, ¿dónde estoy? ¿Cuál es mi lugar en este mundo dislocado? ¿Estaré alguna vez en condiciones de separarme suficientemente de mis propias pruebas para poder considerarlas con los ojos de mis biznietos?" (p. 17). El desdoblamiento provocado por la experiencia concentracionaria es aquí fuente de desgarramientos y de una reflexión permanente sobre sí, sin embargo incapaz de desembocar en una reconquista del yo, la única que permitiría (incluso si ésta siempre es precaria) un trabajo de transformación de la reflexión sobre sí en una obra literaria con vocación más general, gracias a la utilización del desdoblamiento infligido como instrumento de distanciamiento estético.

Es aquí donde el proyecto literario de Charlotte Delbo toma todo su sentido. Si, en efecto, ella no agrega sino muy tarde su voz a las demás, es porque no apunta solamente a agregar un testimonio más para reforzar la veracidad de aquello que puede ser dicho sobre Auschwitz. El objeto de su obra es menos histórico (reconstruir y transmitir el pasado) que literario: "No estoy segura de que aquello que escribí sea verdadero. Estoy segura de que es verídico". ¿Cómo encontrar el estilo apropiado para dar forma a la visión de un campo de exterminio y de sus efectos sobre los deportados? Además, el proyecto literario que se perfila en sus libros desplaza la reflexión y su objeto; no se trata ya de dar cuenta de la supervivencia y de los modos de resistencia que permitieron mantener intacta su integridad psíquica y moral, sino de echar luz sobre las deformaciones impuestas a la persona y sus

consecuencias a largo plazo, a través de las tensiones de la experiencia concentracionaria: tensiones entre la supervivencia individual y la solidaridad con el grupo, entre la palabra y el silencio, entre la conmemoración y el testimonio. El dominio de la supervivencia comienza entonces con el necesario trabajo de duelo, susceptible de restablecer el lazo entre todas las víctimas, muertas y vivas.

Su primer libro, *Aucun de nous reviendra*, escrito en 1946 pero publicado en 1965,⁶⁹ se distingue de todos los otros relatos publicados en la inmediata posguerra y anuncia su enfoque literario. Ya el título, que es también la conclusión ("Ninguno de nosotros volverá, ninguno de nosotros hubiera debido volver") (p.122), establece el lazo entre muertos y vivos: los sobrevivientes, salvados por el fin de la guerra y de los campos, no se distinguen de los muertos sino por los pocos días o las pocas semanas que separan el momento de la liberación del de aquel, muy cercano, de la aniquilación inscrita en la lógica del campo, que no dejaba ninguna posibilidad de esperanza, ninguna posibilidad de heroísmo. Por otra parte, a partir de una experiencia tal, ningún proyecto literario puede crear esperanza allí donde no existe, ni puede construir un discurso edificante para las generaciones futuras. Lejos del optimismo testimoniado por todos los teóricos de la supervivencia, que encuentran en ésta el alivio de ver confirmados ciertos valores trascendentales, Charlotte Delbo construye su obra con la misma ausencia de ilusiones que cuando se dirige a esta niña judía: "¿Qué decirle para levantarle la moral? Es chiquita, frágil. Y yo no tengo el poder de persuadirme a mí misma. Todos los argumentos son insensatos. Yo lucho contra mi razón. Luchamos contra toda razón." (p.18-19). Este primer libro de Charlotte Delbo, biográfico, restituye la desesperación al estado puro: a los cuerpos mutilados corresponde el corazón roto. El sobreviviente lleva para siempre las marcas de la muerte, la realidad de un campo de exterminio borra toda distinción de cualidades o conductas entre sobrevivientes y muertos, y remite la línea de demarcación entre unos y otros a lo más arbitrario.

La reconstrucción de las biografías de sus compañeros del convoy del 24 de enero de 1943 (49 sobrevivientes sobre 230, y esta cantidad es particularmente elevada en la medida en que se trata de franceses "políticos" y no "judíos", que no fueron sometidos a la selección al llegar y gozaron de mejores condiciones de vida después del 3 de agosto de 1943),⁷⁰ compone una galería de retratos que hacen aparecer toda la diversidad de las situaciones, en el campo y posteriormente. Pero es la desesperación en sí misma la que debe ser transmitida en su diversidad, ya que restituir una pluralidad de voces es lo que permite, también, expresar la voz fragmentada de cada sobreviviente tomada individualmente, que no cesa de compararse con las otras, con sus compañeras de destino y con su entorno, del cual está separada para siempre debido a su experiencia, y a su recuerdo.⁷¹

69 Ch. Delbo, *Aucun de nous reviendra*, Ginebra, Gonthier, 1965.

70 Ch. Delbo, *Le convoi du 24 janvier*, París, Ed. de Minuit, 1965, pp. 16-17.

71 Para el problema de la expresión literaria de la experiencia concentracionaria, véase la discusión de la obra de Elie Wiesel, por Lawrence L. Langer, *Versions of survival*, Albany, State University of New York Press, 1982, pp. 132 sq.

Para llevar a buen fin este proyecto literario, Charlotte Delbo elige géneros literarios y un lenguaje específicos. En *Une connaissance inutile* presenta escenas y retratos ordenados según los temas y no según la cronología, intercalando poemas. (Sólo otra autora, la actriz polaca Zarebinska-Broniewska, utiliza esta técnica de presentación).⁷²

El distanciamiento literario consiste aquí en crear un espacio discursivo que permite expresarse a una pluralidad de voces. El carácter autobiográfico de los relatos testimoniales se encuentra así superado sin que haya necesidad de pasar del registro individual y singular a un registro general, como hacen los relatos judiciales, científicos o políticos. El lenguaje y el estilo precisos, sobrios, sin ningún *pathos*, recrean esta comunidad de destino a la que una memoración heroicizante no podría sino expropiar de su experiencia. Rechazando el olvido, Charlotte Delbo supera por medio de la escritura su desesperación y sus heridas, y dirigiéndose en primer lugar a sus compañeros les proporciona instrumentos para hacer lo mismo ("Olvidar sería atroz. No es que me aferre al pasado, no es que haya tomado la decisión de no olvidar. Olvidar o recordar no depende de nuestro deseo, incluso si tuviéramos el derecho. Ser fieles a los compañeros que hemos dejado allá, es todo lo que nos queda. Olvidar es imposible de todos modos... No estoy viva, estoy muerta en Auschwitz y nadie lo ve" (p. 64 y 66)).

Pero si reconquistar su identidad exige el duelo y el rechazo a olvidar, es lo que permite también controlar "esta providencial facultad que me ayudó a salir de Auschwitz: desdoblarme, no estar allí" (p. 75). En efecto —y la literatura de los sobrevivientes de los campos de exterminio lo confirma— el mantenimiento de la autoestima, de una cierta libertad en los pensamientos antes que un pequeño margen de autonomía en la acción se apoya, la mayor parte del tiempo, en un desdoblamiento de la persona, en su capacidad de pensarse fuera de la realidad a la cual no puede sustraerse. Pero una vez que se hizo de la necesidad virtud, el hábito de este desdoblamiento es la hipoteca que pesa sobre la adaptación a la vida civil luego del retorno ("Yo era doble, y conseguía reunir mis dobles" (p. 120); o, hablando de otro sobreviviente al que encontró durante el retorno: "Él se acuerda de todo... sólo que tiene la impresión de que no es a él a quien le sucedió. Tiene un pasado que no es el suyo, por así decir" (p. 133)). No olvidar, guardar la memoria, deviene entonces una condición para evitar los efectos destructivos de ese desdoblamiento: asumir el pasado en nombre del dominio del presente.

El acto literario hace pública la experiencia concentracionaria en su diversidad, en su ambivalencia, en todos los aspectos de la atrocidad. Y esta "publicidad" (en el sentido de tomar público, y en consecuencia decible, una parte al menos de lo indecible) permite, en la imposibilidad de restaurar la

justicia, abrir al menos la posibilidad de una comprensión más general, susceptible de establecer un lazo social que podría aliviar el peso que representa el recuerdo para cada sobreviviente tomado individualmente.

Pero conviene tomar en cuenta también el hecho de que la identidad de Charlotte Delbo estaba ya construida, antes del campo, en torno a su relación con la literatura (trabajaba en el teatro, y logró incluso poner en escena una pieza en Auschwitz, representada por sus compañeras), de suerte que la escritura sobre los campos puede ser del mismo modo una forma de resolver el desdoblamiento, instaurando un lazo entre el estatus de sobreviviente y el de escritora. Esto es lo que explicaría la constancia, en su carrera, de la escritura sobre los campos, y bajo todas sus formas (prosa, teatro, poesía), pero siempre con un proyecto específicamente literario.

Por último, después de 1945, es la literatura en general la que se enfrenta con un nuevo problema: dar forma a una realidad que ha superado todo lo que se puede imaginar. Es entonces que se constituye un género específico: la "literatura de la atrocidad" (a la cual pertenece la obra de Delbo)⁷³ en la cual estas problemáticas promovidas desde el principio por escritores sobrevivientes de los campos de concentración, han sido retomadas por otros para constituir un objeto de reflexión relativamente autónomo con respecto al lazo personal del autor con el universo concentracionario. Así, contrariamente a la afirmación pesimista de Adorno en *Dialéctica de la Ilustración* según la cual, después de Auschwitz, sería imposible la poesía, el arte se torna un recurso que permite aceptar el desafío, tratando de dar una forma de expresar el horror. Los personajes que pone en escena esta literatura a menudo conjugan simultáneamente la necesidad de hablar y de guardar silencio, y se ven sobre todo en la imposibilidad de restablecer su unidad con ayuda de valores trascendentes o míticos.⁷⁴ Estos rasgos característicos recuerdan las tensiones constitutivas de los diferentes tipos de testimonios analizados aquí, pero que, vemos, son susceptibles de ser objetos de un trabajo de eufemización mediante la presentación literaria.

Ésta se opone tanto a la idealización psicológica o ideológica tal como tiende a operarse desde el exterior, como a la descripción "llana" tal como la practican a menudo los sobrevivientes desde que se deciden a testimoniar. Estando en la necesidad de hablar de sí mismo, y en cuanto es justamente el estatus de este "sí mismo" lo que es problemático debido a las diferencias (temporales, estatutarias...) entre la identidad concentracionaria y la identidad civil —en esta dificultad para hablar, acompañada por una necesidad de hacerlo—, el recurso a la forma literaria puede ser una de las modalidades de expresión, entendida como un esfuerzo de distanciamiento o como una empresa para la restauración de lazos.

73 L. L. Langer, *The Holocaust and the Literary Imagination*, New Haven, Yale University Press, 1975, p. 35; ver igualmente I. Halperin, *Messengers from the Death. Literature of the Holocaust*, Filadelfia, Westminster Press, 1970.

74 L. L. Langer, *idem*, pp. 12, 120 y 284.

72 M. Zarebinska-Broniewska, *Auschwitz Erzählungen*, Berlin Este, VVN, 1949.

Hablar en nombre propio

Cerca de la mitad de los relatos de nuestro corpus, incluyendo los publicados y los recopilados por medio de entrevistas, invocan poco o nada motivaciones generales para justificar su toma pública de la palabra. Entre los trece relatos que se encuentran enunciados "en nombre propio", cinco han sido escritos inmediatamente después de la liberación, entre 1945 y 1946, y los ocho restantes después de 1956. Estos dos grupos de escritos tienen en común una narración cronológica y eventual, con pocas incursiones temáticas, pero se distinguen por el hecho de que los textos publicados inmediatamente después de la liberación, muy detallados y precisos en la descripción de los acontecimientos relatados, no dejan sino un pequeño lugar a las reflexiones generales y filosóficas acerca de esos mismos eventos que, por el contrario, toman una cierta amplitud en los textos publicados después de 1956 –y de lo cual dan cuenta igualmente algunas entrevistas. Por otra parte, mientras que los escritos autobiográficos del primer período traducen un trabajo de duelo y de adaptación a la vida ordinaria, los relatos ulteriores dan cuenta a la vez de recuerdos y de preocupaciones contemporáneas al momento de la escritura, cuando un período difícil provoca la rememoración: emigración, pérdida de un ser querido, etc. Encontramos este mismo problema en tres entrevistas efectuadas unos pocos años después de la muerte de una persona muy próxima, el marido o el hermano. El relato tiende entonces a superar el episodio del campo propiamente dicho, prestando más atención a toda la trayectoria de la persona, a su juventud y al período previo a la deportación, y también a la readaptación a la vida civil al retorno de los campos.

Si comparamos estos relatos "en nombre propio" con aquellos que se enuncian en nombre de un valor general, constatamos que los primeros no mencionan sino un pequeño número de amigos o parientes y no hacen ninguna referencia a grupos de pertenencia constituidos. Si tomamos como indicador del grado de integración en un grupo –e indirectamente de protección colectiva en una situación de represión extrema– el número de amigos o de parientes que juegan un rol importante sea para mantener la esperanza, sea para "organizar" la supervivencia o para protegerse recíprocamente, aquellas que hablan en nombre propio parecen haber pasado su experiencia concentracionaria en un aislamiento aún más grande que las demás. Así, en el relato de Edith Bruck sólo su hermana aparece como una persona próxima y fiable con quien ella puede contar;⁷⁵ Reska Weiss organiza una parte del relato en torno a la infalible ayuda mutua

⁷⁵ E. Bruck, *Chi te amo così*, op. cit., citado en la traducción alemana *Wer dich so liebt*, op. cit.

entre ella y una amiga, así como a su proximidad con sus dos cuñadas;⁷⁶ Estrea Zacharia-Asseo y Lucie Adelsberger se refieren más particularmente a dos amigas muy próximas.⁷⁷

Pero, mirando más de cerca, percibimos que estos diferentes modos de testimoniar, y este aparente aislamiento en la internación, están en función de la razón oficial del arresto y la deportación. Sin traducirse necesariamente en un tratamiento diferente durante todas las etapas de la experiencia concentracionaria, las distintas razones del arresto, "político" por un lado, "racial" por otro, están en el origen de traumas suplementarios para las judías, así como en el de una menor integración en grupos constituidos. En efecto, las deportadas "políticas", luego de su llegada a Auschwitz, se encuentran en general integradas en un grupo de militantes conocidas de larga data, o que habían tenido la posibilidad de conocerse en prisión, a veces durante períodos de varios meses antes de su traslado al campo de concentración. Por el contrario, las judías habían sido capturadas en razzias y habían pasado, cuando mucho, algunas semanas en otro campo antes de ser deportadas a Auschwitz. En general, no conocían dentro del convoy más que a los miembros de su familia deportados simultáneamente; en este caso, el shock al llegar al campo era tanto más insoportable ya que se acompañaba a menudo de la pérdida de los seres queridos: del marido, de los niños o de los padres. Esta diferencia inicial marca toda la experiencia concentracionaria. El aislamiento, relativamente mayor, de las judías al llegar al campo no parece poder ser superado después.

Podemos oponer, desde este punto de vista, el relato de Louise Alcan sobre el "convoy del 24 de enero", escrito en 1945, en el cual abundan las referencias a sus amigas y a las "francesas", a aquel de Suzanne Birnbaum, de otro convoy, arrestada como judía. Ésta atribuye su reclutamiento en Raisko a la intervención de Louise Alcan y de la doctora Stéphane. Pero, a pesar de sus fuertes lazos con dos mujeres del "convoy del 24 de enero", su relato da cuenta de un destino más solitario y del apoyo de un número muy restringido de amigas.⁷⁸ El "convoy del 24 de enero" es, sin ninguna duda, el ejemplo más elocuente de una experiencia concentracionaria colectiva. Ligadas debido al largo período pasado en prisión y en el fuerte de Romainville, estas francesas que llegan al campo cantando la Marsellesa se unen y logran no ser completamente separadas, al punto que cuando Marie-Claude Vaillant-Couturier recibe la oferta de un puesto de traductora lo rechaza –a pesar de la incuestionable ventaja personal que le habría procurado–, para no abandonar a las otras. Esta cohesión de grupo, con base política y patriótica, permitió al núcleo de este convoy tejer lazos con otras francesas en

⁷⁶ R. Weiss, *Journey through Hell*, op. cit.

⁷⁷ E. Zacharia-Asseo, *Les souvenirs d'une rescapée*, op. cit.; L. Adelsberger, *Auschwitz. Ein Tatsachenbericht*, op. cit.

⁷⁸ L. Alcan, *Sans armes et sans bagages*, op. cit.; S. Birnbaum, *Une Française juive est revenue*, op. cit.

el *Revier* y en Raisko, y salvar a un gran número de compañeras del mismo convoy, a otras francesas y a sí mismas.

Las entrevistas confirman las tendencias identificadas en la literatura. Tres francesas, sobre nueve entrevistadas, no formaban parte del convoy del 24 de enero. Con excepción de la entrevista a una emigrada judía polaca, arrestada en Francia y que en el campo sólo frecuentaba a polacas, las entrevistas con estas judías dan cuenta de una situación muy solitaria en el campo—similar a la situación de una judía alemana y de una judía austríaca que, a diferencia de las otras judías austríacas entrevistadas, no tenía ninguna filiación política antes de su deportación. Las dos excepciones a ese gran aislamiento de las judías son Fania Fénélon y Margareta Glas-Larsson. Para la primera, la continuidad de una multiplicidad de relaciones estables y duraderas se debe a su posición de música en la orquesta del campo.⁷⁹ La segunda se distingue por una rara capacidad para establecer contactos—disposición en parte debida a una educación mundana muy orientada hacia un "buen matrimonio" y reforzada por un largo periplo en prisión.⁸⁰

Encontramos además la oposición entre esos dos tipos de testimonio (en nombre de valores generales, para las "políticas", y en nombre propio, para las "judías") en los textos de formato literario: a la eufemización y la objetivación presentes en el proyecto literario de la deportada política Chalotte Delbo, que da la palabra a una multitud de voces, se opone, por ejemplo, la palabra solitaria de Anna Novac en su diario.

Pero conviene destacar que, en la mayoría de los casos, es difícil encontrar en el relato la razón oficial de la deportación. Por ejemplo, en tres entrevistas sobre cuatro llevadas a cabo con miembros de la resistencia, por otra parte judías, éstas no podían indicar con certeza la clasificación de la cual habían sido objeto en el campo, entre las "políticas", las "judías", o las dos a la vez. En estos dos casos—se trata de una emigrada judía polaca, y de otra austríaca que se habían unido a la resistencia en Francia, así como de una judía austríaca refugiada y arrestada en Bélgica—la judeidad, aunque fuera conocida por las autoridades o descubierta rápidamente tras el arresto, no había sido la causa directa.

En su libro publicado en 1945, Louise Alcan, sin jamás aclarar este punto, cuenta simplemente que la Gestapo sospechó que ella fuera judía. No es sino hasta la reedición de 1980 y bajo el shock del atentado con bomba contra la sinagoga de la rue Copernic, que esta mujer, "totalmente atea", indica explícitamente sus orígenes judíos. En su caso, asistimos a un rechazo político de las clasificaciones inherentes a la política racial nazi, mientras que en otros casos se trata menos de un rechazo expresamente político que de la

turbación sentida individualmente frente a la imposición de una clasificación "racial" allí donde el estatuto de "judía" no fue necesariamente vivido como tal o, al menos, no lo era más que como un hecho de orden cultural o religioso, es decir más bien del orden de una "práctica" (sobre la cual la persona tiene una posición) que del de una "esencia" (sobre la cual nada se puede).

Así, en el relato de su arresto, una joven de Lyon describe esta situación como un conflicto en donde lo decisivo es la fuerza de convicción de diferentes instrumentos de prueba, desde el certificado de bautismo hasta una fisonomía típica pasando por el nombre, para establecer la pertenencia cristiana o judía: "entonces, pretendiendo a toda costa arrestarnos, decidieron que éramos judíos (cosa que, por otra parte, era verdad), pero no tenían ninguna prueba ya que mi padre, de origen judío, había sido bautizado al nacer... Entonces exigieron su certificado de bautismo, que papá buscó en vano... entrando en el cuarto de mi abuela, ellos le pidieron su documento de identidad... Los alemanes encuentran sospechoso su nombre, y adivinan en el acto... que éramos israelitas... Además, por casualidad una vieja foto de familia estaba tirada sobre una mesa. Los soldados se le tiran encima como sobre una presa, y encuentran que estos personajes tenían innegablemente el tipo semita. Hay que decir que ellos no conocían la ciencia que consiste en rastrear judíos según sus rasgos físicos". Al leer este pasaje notamos claramente, y por la sola yuxtaposición de "decidieron que éramos judíos" y de "cosa que, por otra parte, era verdad", la ambigüedad de un estatus—a la vez original y tardíamente asumido, impuesto autoritariamente y reivindicado, arbitrario y auténtico, artificial y natural, falso y verdadero— que representa al mismo tiempo una causa de destrucción física y un instrumento de diferenciación suplementaria con relación a los verdugos. Una ambigüedad tal toma por lo menos improbable una reivindicación clara, por parte del deportado, de un estatus portador de tantas contradicciones.

También en otros casos, como el de Margareta Glas-Larsson, nada en la historia personal induce a establecer un lazo con algún tipo de condición judía, con la obvia excepción de la designación como tal por parte de los nazis. Estas variaciones en la identificación y el rechazo de una identificación con la razón oficial de la deportación, sugieren que el testimonio en nombre propio, contrariamente a aquel que se hace en el nombre de un valor general, reclama varias interpretaciones. Primero, si el hecho de haber sido arrestada por algo que hizo permir a la víctima conferir un alcance general al sufrimiento padecido en nombre de una "causa", la toma de palabra en nombre de sí mismo, en cambio, podría señalar la imposibilidad de una valoración tal de su destino. La palabra individual (o individualista) aparece entonces negativamente como el último recurso para expresar sus reclamos, a falta de poder relacionarlos con una referencia más general.

79 F. Fénélon, *Sursis pour l'orchestre*, París, Stock, 1976.

80 M. Glas-Larsson, *Ich will reden*, op. cit.; para una presentación en francés véase: G. Botz y M. Pollak, *Survivre dans un camp de concentration*, Actes de la Recherche en Sciences Sociales, nº 41, feb. 1982, pp. 3 sq.

Por otra parte, el testimonio en nombre propio puede provenir de una línea de conducta constante que resulta de un rechazo a la clasificación. Este rechazo puede ser doble. Hemos visto que los "judíos", definidos como tales por una ley fundada en la supuesta validez de las "leyes" de la herencia de Mendel para el caso de las "razas humanas"⁸¹, recusaban generalmente esta definición. Al rechazo a identificarse, antes de la deportación, con aquello que uno es, puede agregarse, en el campo, el rechazo a identificarse con la categoría de internados judíos, en la medida en que, en este caso puntual, y contrariamente a todas las otras categorías de deportados, la pertenencia y la solidaridad con el grupo no era sinónimo de protección, sino de una amenaza de muerte colectiva. Así, víctimas que siempre habían recusado el criterio que las había designado como tales se encuentran luego de su liberación en una situación de paradoja donde su testimonio tiende a inscribirse en una causa que nunca han reconocido como propia. Vemos aparecer allí una dificultad adicional del testimonio.

Por último, sabemos que la naturaleza de los crímenes cometidos por el régimen nazi en nombre de una teoría racial había vuelto necesario, después de la guerra, agregar a la terminología jurídica la noción de "crimen contra la humanidad". Es en esta dimensión, la más general que existe, de la criminalidad, que parece haber encontrado eco el rechazo, de ciertas víctimas de los campos de concentración, a toda clasificación social y la afirmación de que la sola cualidad de ser humano es razón suficiente para vivir y para exigir respeto. La afirmación más fuerte del valor individual va entonces a la par del reconocimiento del grupo más amplio que se pueda imaginar: la humanidad. Lo que aparece, a primera vista, como una palabra "en nombre propio" de la víctima más aislada, la víctima en estado puro, es al mismo tiempo lo que abre el camino para la identificación con una humanidad "desnuda" y liberada de los conflictos nacionales y religiosos, aquella en cuyo nombre, justamente, fue inventada la noción de "crimen contra la humanidad". Esto plantea, más generalmente, la pregunta sobre el lazo entre la formación de las memorias individuales y colectivas luego de la liberación.

La formación de una memoria colectiva

El trabajo de constitución de una memoria colectiva en el marco socializado de una asociación de deportados puede haber ayudado individualmente a los sobrevivientes a descargarse, al menos en parte, de sus recuerdos traumáticos. "Para que nuestra memoria se apoye en la de los demás, no es suficiente que aquellos nos aporten sus testimonios: es necesario

81 M. Pollak, "Interpréter et définir: Droit et expertise scientifique dans la politique raciale nazie", *Le Discours psychanalytique* n° 25, 1985, pp. 25 sq.

que ella no haya dejado de ponerse en acuerdo con sus memorias y que haya suficientes puntos de contacto entre la una y las otras para que el recuerdo al cual nos remiten pueda ser reconstruido sobre un fundamento común".⁸² Este trabajo en el seno de lo que Maurice Halbwachs llama una "comunidad afectiva" puede atenuar todo lo que, en los recuerdos individuales, recordaría el aislamiento, y también los conflictos desgarradores entre deportados de los que dan cuenta los relatos narrados inmediatamente después de la guerra, así como los traumas que han podido provocar posteriormente procesos de represión, de angustia con relación a los otros y de rechazo de los contactos.

Podemos poner como ejemplo la entrevista con una sobreviviente, arrestada en 1942 sobre la línea de demarcación, a la edad de 17 años, con material de propaganda de la Resistencia. En su relato, algunas situaciones traumáticas son incorporadas a una narración de acontecimientos sin cronología precisa, en la cual abunda el recuerdo de la solidaridad de algunas francesas a las que se había unido durante los dos años de deportación. "Lo que queda, sobre todo, es este miedo, esta angustia." Sus recuerdos de Ravensbrück, hacia donde fue transferida en agosto de 1944, son más precisos. Había escapado por muy poco a una selección, y el recuerdo de estas circunstancias fue reavivado por otras compañeras. Tras su retorno, con menos de 20 años, debió quedarse más de un año y medio en un sanatorio, tratando de olvidar, de reprimir: "Cuando volví a mi casa, en una pequeña comuna, todo el mundo quería verme, tuve una recepción extraordinaria en la estación. La gente venía a visitarme, pero a menudo me escondía porque no quería hablar de eso. Estábamos tan traumatizadas que no queríamos recordar más". Luego de su matrimonio con un compañero de la resistencia, también deportado, una vida de trabajo y la educación de los niños, participó muy activamente desde 1977 en diversas actividades pedagógicas en escuelas secundarias y en la vida de la Asociación de Deportados Amicale. Su memoria, poco detallada, es inseparable de la memoria colectiva que contribuyó a crear: su "yo" de deportada se confunde con el "nosotros" de las francesas deportadas, y especialmente con aquellas de su convoy.

En Francia no es sorprendente encontrar, entre las mujeres que han tomado en sus manos el trabajo de testimonio y de intervención pedagógica de la Asociación Amicale, una proporción importante de sobrevivientes del convoy del 24 de enero de 1943: Louise Alcan, Charlotte Delbo, Marie-Elisa Nordmann, Marie-Claude Vaillant-Couturier, por nombrar sólo algunas. Este convoy, compuesto en su mayoría por miembros de la resistencia (sobre 229 deportados, Charlotte Delbo cuenta 119 comunistas y simpatizantes, 12 gaullistas, 51 deportadas por diversas acciones de resistencia, 12 que pasaron la línea de demarcación), fue el único convoy remitido desde Francia al campo de mujeres de Auschwitz-Birkenau bajo una etiqueta "política". Más aún que en otras partes, estas deportadas políticas de la resistencia fueron confrontadas con la exterminación de las judías. Según una multitud de testimonios,

82 M. Halbwachs, *La mémoire collective*, Paris, PUF, 1968, p.12.

■ MICHAEL POLLAK

habían jugado un rol importante en las redes de apoyo mutuo para la resistencia política. Todo indica que al igual que algunas francesas deportadas antes que ellas, como Claudette Bloch, ellas habían formado el esqueleto de una red basada en la pertenencia nacional. Así, Louise Alcan, Marie-Elise Nordmann y Danièle Casanova aparecen en otros relatos, ya como símbolos de esperanza o como aquellas que lograrán, con la ayuda de médicas francesas o de la legendaria Mala, "ubicar" francesas en Raisko o en otros lugares relativamente protegidos. Organizando desde su retorno reencuentros anuales en París para sostenerse mutuamente, estas mujeres del convoy del 24 de enero reúnen todos los elementos susceptibles de conformar de modo creíble el núcleo de aquellas que, una vez superadas las debilidades físicas y los traumas más graves, más contribuirán a la formación de una memoria colectiva.

En ausencia de una comunidad afectiva de las deportadas —lugar de constitución de una memoria colectiva y de gestión de las memorias individuales capaces de atenuar eventuales conflictos o resentimientos—, el silencio de las víctimas puede provenir de la necesidad de mantener los lazos sociales con el entorno y de ajustarse a las representaciones dominantes. Es así que el hecho de haber sido condenada por "vergüenza racial" —delito que, según la legislación de 1935, prohibía las relaciones entre "arios" y "judíos"— constituye uno de los más grandes obstáculos que sintió Margareta Glas para hablar de sí misma.⁸³ Al contrario, en concordancia con su conciencia política y patriótica, aquellas del "convoy del 24 de enero" pudieron, en Francia, contribuir poderosamente a este trabajo de reconstrucción y de armonización de un solo grupo de víctimas que minimiza, contrariamente al ejemplo alemán, la impronta de las clasificaciones nazis entre las víctimas "raciales" por un lado, y las víctimas "políticas" por otro. Este trabajo no ha sido posible sino gracias a su referencia fuertemente constituida a una pertenencia nacional, que está ausente para los judíos, en los países marcados por un antisemitismo oficial —es el caso de casi todos los países de Europa central y del este antes, durante y (a pesar de ciertos cambios) después de la guerra. No es sorprendente, entonces que el relato que más difiere de ese "nosotros" fuertemente constituido provenga de una judía placa emigrada y deportada desde Francia, que atravesó la prueba del campo apoyándose tanto sobre amistades de juventud con polacas como sobre los lazos con compañeras francesas.

Los fenómenos de concordancias y de tensiones entre memorias individuales y memoria colectiva en lo que concierne a la deportación se hacen aun más manifiestos cuando comparamos las diez entrevistas recopiladas en Francia con aquella que fue hecha en Polonia y las cinco entrevistas realizadas en Alemania y Austria. Las siete francesas que nos fueron presentadas por la Asociación Amicale se mostraban todas (salvo una)

más reacias a hablar sobre el "después" y sobre su readaptación a la vida civil. No se trata entonces de un rechazo, sino de una incompreensión en cuanto al interés que podría tener ese relato. Al contrario, las entrevistas de Alemania y Austria nunca plantearon esta cuestión; y esto, sin ninguna duda, porque este asunto es, a sus ojos, legítimo y sensato. Ellas hicieron aparecer entonces las dificultades que ha podido plantear la gestión individual de sus recuerdos. Pero, estas diferencias remiten de igual modo a la importancia de las formas de reconocimiento político y jurídico de las diferentes categorías de víctimas.

El trabajo de la memoria

Vemos en marcha, en los distintos países, lógicas perfectamente contradictorias para redefinir, después de la guerra, los grupos de víctimas. En Francia, las asociaciones de deportados, que establecen una distinción entre los "miembros de la resistencia" y las demás víctimas políticas (judíos y no judíos), han actuado siempre como las portavoces de todos los deportados para defender sus intereses sociales y su estatuto político y moral de víctimas de un sistema inhumano y extranjero. Esta unificación, esta homogeneización de las víctimas, se inscribe en una tradición y una realidad política que privilegia la pertenencia a la nación como criterio de identificación social de las personas, en detrimento de otras pertenencias, especialmente las religiosas. Ocurre lo mismo con los deportados políticos polacos. En Alemania, en cambio, y en menor medida en Austria, el trabajo de redefinición de las diferentes víctimas fue mediatizado menos por las asociaciones de deportados (aunque existentes) que por actos legislativos y administrativos, así como por una negociación internacional entre el Estado y los representantes de los intereses de la comunidad judía.

La oposición entre Francia y la República Federal Alemana, que encuentra su razón de ser en toda la historia política y social de ambos países, repite a muy pequeña escala la diversidad de situaciones en el trabajo de encuadramiento social de las víctimas después de la guerra. No hace falta decir que la emigración a Israel o a los EEUU implicó para cada víctima tomar en cuenta y hacerse cargo de otras cosas. Sin pretender un análisis exhaustivo, la confrontación de esas dos situaciones permite mostrar el efecto de esta diversidad de condiciones, por un lado sobre la constitución de una memoria colectiva y, por otro, sobre la identidad social de cada víctima tomada individualmente.

En Francia, los ex deportados pasaron por centros de distribución donde se les otorgaba, según sus declaraciones, cartas provisionales de deportados. Algunos años más tarde, y para excluir a los STO o a falsos deportados que se habían hecho registrar en esta categoría, estas cartas fueron cambiadas por una carta azul de deportado político. Más tarde aún, las asociaciones de deportados hicieron valer que convendría

83 M. Glas-Larsson, op. cit., p. 89.

hacer una distinción entre los deportados que habían efectivamente pertenecido a una red de resistencia y aquellos que habían sido deportados por el sólo hecho de ser judíos, esta distinción tomó la forma de una carta rosa de deportado miembro de la resistencia. Esta medida tuvo consecuencias sobre el cálculo de las pensiones: los deportados civiles (no miembros de la resistencia) recibieron pensiones de invalidez claramente inferiores, las que no fueron equiparadas sino en 1970.

En Alemania, las ordenanzas de los Aliados reglamentaron al principio las compensaciones materiales de las víctimas del nazismo, hasta ser reemplazadas, a partir de 1952, por diferentes leyes federales y por un tratado firmado entre la República Federal y las organizaciones judías mundiales. Estas diferentes leyes reconocen como víctima a toda persona perseguida "por razones políticas de oposición al nacional-socialismo o por razones de raza, religión o ideología". Pero su aplicación fue complicada por la definición (territorial y de nacionalidad) de los "derecho habientes", que integraba bajo este término a los judíos fugitivos del Este, las personas desplazadas, instaladas en los campos el primero de abril de 1947 (entre doscientas y trescientas mil personas). Por el contrario, esta misma legislación excluía toda "compensación a las personas que no parecían dignas de ella, incluso si el solicitante cumplía todas las condiciones".⁸⁴ Evidentemente, esta regla excluía del campo de su aplicación a todas las víctimas criminales, asociales y homosexuales, para quienes el nazismo no había sino reforzado las legislaciones preexistentes, pero que podían aplicarse también a miembros de la resistencia que la criminalización de la política había clasificado entre los "delinquentes comunes". Pero —aún más importante— el acceso al estatuto de derechohabiente y a las compensaciones estuvo también en función de los criterios políticos de la Guerra Fría. Así, los miembros de la resistencia contra el nazismo sospechados de ser enemigos del "orden fundamental liberal y democrático" definido por la Constitución de 1949, eran considerados indignos de ellas. Ciertas víctimas del nazismo, considerados después de la guerra tan criminales como antes, no tuvieron ninguna posibilidad de expresar sus quejas, individuales o colectivas. Las razones políticas del momento, a saber la Guerra Fría, terminaron por justificar a posteriori la criminalización de la política bajo el Tercer Reich, declarando a ciertas víctimas indignas de toda compensación material y, con mayor razón, de todo reconocimiento moral. Esta forma de tener en cuenta y de hacerse cargo de las víctimas en el marco político de una legislación que traduce, ante todo, la preocupación por la continuidad jurídica de la legalidad del Estado, desembocó en un doble contraefecto que culmina en un reconocimiento indirecto de las categorías puestas en acción por los nazis. Por un lado, en efecto, las víctimas "raciales", incluidas aquellas que siempre habían recusado esa clasificación absurda, debían reconocer su implacable fuerza social. Por otro lado, la existencia misma de ciertas víctimas políticas, como los militantes comunistas declarados, luego de la proscripción del partido en 1956, "enemigos de la constitución liberal y democrática", no podía sino reforzar los prejuicios del alemán promedio, compañero de ruta de los nazis, reconvertido a los

valores democráticos y anticomunistas: después de todo, la represión política del Tercer Reich no puede haber carecido completamente de fundamento. Despolitizando así la memoria de la época nazi, los actores políticos renunciaron ampliamente al trabajo de "reconciliación interior", relegado desde entonces al solo diálogo interconfesional entre las iglesias Católica y Protestante y las comunidades judías. Esto confirma la importancia, en Alemania, de la pertenencia religiosa como criterio de la identidad social de los individuos, y condena a una gestión individual de su memoria a todos aquellos que no se reconocen en una clasificación tal. No es sino bajo los efectos conjugados, a partir de 1965, del fin de la Guerra Fría y del cambio político al interior de la RFA, que un trabajo de reformulación de estos problemas ha podido comenzar a mayor escala.

El caso de Austria se sitúa entre el de Francia y Alemania. En la medida en que muchos de los fundadores de la Segunda República, tanto de derecha como de izquierda, habían sido deportados durante el nazismo, el tema de la deportación y de los campos pudo ser fácilmente asimilado a la retórica política sin por ello provocar la mala conciencia de aquellos que habían aplaudido, en 1938, la anexión del país por la Alemania nazi. Según esta retórica, esta "generación de los campos" de políticos conservadores y socialistas, había aprendido en los campos la necesidad de pensar la política en términos de compromiso, de alianzas y de negociación más que en términos de confrontación y de guerra civil. Estos hombres y mujeres retornados de los campos simbolizaban al mismo tiempo la continuidad de la primera república, que había terminado con una guerra civil en 1934, y la novedad del consenso hecho posible por su catarsis concentracionaria. Atribuyendo indirectamente a esta misma generación política la responsabilidad de la guerra civil y de la autodestrucción del país incluso antes del ascenso del peligro nazi en Austria, esta operación retórica transformaba a Austria (y a los austriacos) en víctima(s) de sus antiguos dirigentes, quienes obtenían su nueva legitimidad justamente de su capacidad de cooperación y de armonización de ideologías antes presentadas como irreductibles. Simbólicamente, esta retórica permitió una reconciliación del país y de sus dirigentes, reunidos en torno a un mismo objetivo y un mismo interés: la reconstrucción. Además, y con la ayuda de ciertos intereses de política exterior (a saber la liberación de las fuerzas de ocupación), esta retórica pudo convencer incluso a los antiguos nazis de la justeza de la tesis oficial, según la cual Austria había sido la primera víctima del nazismo. Aunque encontremos finalmente muy pocos miembros de esta famosa "generación de los campos" en puestos jerárquicos, esta operación valorizó a los deportados, sobre todo políticos, mientras procuraba a los nazis de segunda línea una posibilidad de reconversión ideológica fácil y rápida. En el contexto de esta historia general, y aunque su vida cotidiana las expone igualmente a escenas que les recuerdan que el pasado no ha terminado, las deportadas austriacas entrevistadas mostraron menos ambivalencia hacia su país que las alemanas.

El trabajo político de clasificación de las víctimas del nazismo, con o sin asociaciones de deportados, participa de la formación de una memoria oficial que puede, en el límite, sustraer a ciertas víctimas toda posibilidad de articular sus reclamos, e incluso de hacer públicos sus recuerdos. Un ejemplo extremo

84 G. Blessin, *Wiedergutmachung*, Bad Godesberg, Hohwacht, 1960, p. 33.

■ MICHAEL POLLAK

es una investigación de historia oral llevada a cabo en Alemania con sobrevivientes homosexuales de los campos, quienes testimonian trágicamente sobre el silencio colectivo de aquellos que, luego de la guerra, tenían a menudo que la revelación de su internación pudiese provocar denuncias, despidos o revocaciones de contratos de alquiler.⁸⁵ Comprendemos por qué ciertas víctimas de la maquinaria de represión del Estado SS —los criminales, las prostitutas, los “asociales”, los vagabundos, los gitanos, los homosexuales— han sido conscientemente evitados en la mayor parte de las “memorias encuadradas”,⁸⁶ así como en la historiografía: la represión de la cual son objeto era hace tiempo aceptada, la historia oficial ha podido evitar someter a un análisis específico la intensificación asesina de su represión bajo el nazismo.

Un hecho Inconmensurable

Luc Boltanski ha mostrado que la denuncia de una injusticia procede de ordinario mediante una retórica tendiente a convencer y a movilizar a otras personas a fin de asociarlas a la protesta, de suerte que la violencia consecutiva al develamiento esté a la altura de la injusticia denunciada.⁸⁷ Al margen de los registros socialmente instituidos altamente formalizados (judicial y científico), la lectura de los diferentes testimonios de deportados muestra que las vías de denuncia así descritas parecen paradójicamente cerradas. Es que el trabajo de la memoria pone a los deportados frente a un período de su vida que literalmente los ha dejado al margen de sí mismos, forzándolos a ajustarse al universo concentracionario. La distancia que se establece casi inevitablemente entre las conductas impuestas y la imagen que se tiene de sí mismo puede provocar dudas y crisis identitarias, de suerte que toda denuncia individual de ese pasado se vuelve particularmente difícil, porque corre siempre el riesgo de estar acompañada de sentimientos ambivalentes. Por último, los únicos registros disponibles para hablar de un modo coherente sobre la experiencia concentracionaria —a saber, los discursos judicial, político o científico— resultan ir pacos de dar cuenta de esta experiencia en lo que ella tiene de personal, es decir en aquello en que toca a la identidad de una persona. Al restituir necesariamente el pasado en forma incompleta, estos registros no permiten comprender verdaderamente a las víctimas en todos sus problemas. Habida cuenta de las heridas y de los traumas con los cuales los sobrevivientes son constreñidos a vivir, toda tentativa que tienda a restablecer la justicia resulta impotente. Además, la experiencia concentracionaria no es, quizás, tan

“indecible” sólo porque no existe ninguna posibilidad de restablecer una justicia. La necesidad de hablar y aquella de callar pueden coexistir porque las palabras adecuadas faltan y porque el lenguaje corriente —con sus fórmulas como “me muero de hambre”, “me muero de cansancio”— puede abrir, sin ninguna intención, una brecha infranqueable entre los sobrevivientes y los “otros”. Es allí, quizás, que interviene el recurso al registro literario, que no opera ya sobre el modo de la denuncia (restablecimiento de la justicia), sino sobre el de la comunión emocional (restablecimiento del lazo con los “otros”) —de allí, sin dudas, el carácter notoriamente tardío de las formas más literarias en los relatos autobiográficos.

Si esta experiencia es difícilmente comunicable, es también en razón de su rareza: es la ruptura con el pasado y con el futuro lo que da a la experiencia concentracionaria el carácter de una experiencia fuera del tiempo y del espacio, difícil de contar en cuanto no hay nada a lo cual asociarla para hacerla más creíble; también es la rareza de las conductas que han podido aumentar las chances de supervivencia, de las cuales difícilmente podemos dar cuenta fuera del contexto; y es por último, la dificultad de situar esta experiencia con relación a la moral corriente. Los registros judicial, científico y político evitan evocar la parte de los traumas imputables a las relaciones entre los deportados, quienes, por ello mismo, se ven en la necesidad de gestionarlos individualmente o entre ellos. Podemos preguntarnos si las manifestaciones concretas y la amplitud de ciertos trazos característicos del “síndrome del sobreviviente”, constatado por los psiquiatras y los psicoanalistas, no resultan de la imposibilidad de evocar públicamente ciertos traumas y de hacer compartir su recuerdo.⁸⁸ Por lo menos, la dificultad para comunicarlos ha podido reforzarlos al punto de solidificarlos y constituir un síndrome específico:⁸⁹ angustia ante la muerte, fragilidad psíquica (y a menudo física), rigidez en las relaciones humanas, tendencia a la desconfianza. Tanto como en el pasado y en los recuerdos de los sobrevivientes, la génesis de este síndrome debe buscarse en la ausencia de la posibilidad de comunicación, debido a la ausencia de toda voluntad de escucha perceptible entre los otros.

Esta literatura revela igualmente entre los sobrevivientes un sentimiento de culpabilidad, condensado en torno a la misma interrogación obsesiva: “¿Por qué yo y no los otros?”. Pero, y más que los demás aspectos del “síndrome del sobreviviente”, este sentimiento de culpabilidad plantea un problema, al menos en su formulación general, que sobreentiende que puede aplicarse a todos los sobrevivientes, independientemente de sus experiencias concretas,

85 R. Lautmann, *Der Zwang zur Tugend*, Frankfurt, Suhrkamp, 1984, pp. 156 sq.

86 Para este concepto, véase H. Rousso, *Vichy, Le grand fossé*, Vingtième Siècle, I, 1985, pp. 55 sq.

87 L. Boltanski, La dénonciation, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 51, marzo de 1984, p. 3.

88 Ver sobre todo: R. J. Lifton, *Death in Life*, Nueva York, Simon & Schuster, 1967.

89 En la literatura psiquiátrica, M. Richartz ha insistido sobre este problema de comunicabilidad: Zur Frage der wesentlichen Mitverursachung schizophrener Psychosen durch verfolgungsbedingte Extremlastungen, contribución al VI Congreso Médico Internacional de la FIR, Praga, 30 nov.-2 dic. de 1976.

muy diversas, y de las posibilidades sociales de gestionar recuerdos que, como hemos podido ver, varían con igual amplitud. De hecho, esta hipótesis de un sentimiento de culpabilidad que provocaría, según el psicoanálisis, la supervivencia en una situación extrema, muestra más bien que la atención psicológica prestada al individuo tiene como primera consecuencia dejar el terreno despejado al juicio moral. Parece, en efecto, que la interpretación psicoanalítica, que proclama un lazo de causalidad entre la experiencia concentracionaria y el sentimiento de culpabilidad, no hace sino expresar en el plano moral, e individual, una tensión que puede tomarse explícita igualmente en el registro político, jurídico, científico o literario. Hablar de "sentimiento de culpabilidad", lejos de proporcionar alguna explicación no hace más que desplazar la experiencia hacia un registro particular, sobre el cual conviene más bien preguntarse por qué es adoptado, por quién y en qué momento. Dicho de otro modo, nos proponemos tratar el así llamado "sentimiento de culpabilidad" –ya sea enunciado por el deportado o por quien interpreta su discurso– como un síntoma y no como una causa, y aún menos como una categoría explicativa. Por otra parte, al hacer caso omiso del efecto debido al tiempo transcurrido, un análisis que relaciona directamente las experiencias concentracionarias con tal o cual constatación de un desorden psíquico subestima necesariamente el aporte de los modos de gestión de los recuerdos en la constitución y fijación de tales desórdenes.

Medir, aunque fuera implícitamente, la experiencia concentracionaria con la vara de la moral corriente, desemboca en la imposición a los sobrevivientes de una exigencia insostenible, a saber el comportamiento constantemente heroico que permitiría la supervivencia con dignidad. La sola anticipación de una exigencia tal vuelve extremadamente difícil toda comunicación de la experiencia concentracionaria, en la medida en que es muy poco probable que aquellos que escuchan sean capaces de deshacerse de preceptos morales y de concepciones de la dignidad cuyo carácter absoluto es parte constitutiva de su eficacia en situaciones ordinarias. Nuestras entrevistas muestran que era inmediatamente después de la guerra cuando encontramos las mejores condiciones de comunicación y de escucha, en un momento en el que el recuerdo vívido de las atrocidades y de las limitaciones que pueden pesar sobre la moralidad de las conductas era aún ampliamente compartido. Más tarde, los relatos de deportados pudieron constituir una puesta en cuestión, difícilmente admisible, de las condiciones de validez de valores considerados inalienables. Así se generó la brecha entre los "sobrevivientes", con sus recuerdos, y los "otros". Pero, ¿acaso no es justamente esta brecha la que contribuyó a provocar un sentimiento de culpabilidad entre ciertos sobrevivientes, en la medida en que la distancia entre la moral corriente y la experiencia del sujeto influye sobre los criterios de juzgamiento de sus propios actos y de los de los otros?

Los restringidos grupos de amigos formados por ex deportados, o las asociaciones más formales se vuelven entonces los únicos lugares donde estos recuerdos pueden ser vividos libremente. La posibilidad de apoyarse en estos lazos grupales es, pues, de una importancia crucial para los deportados en su esfuerzo por superar los traumas y por preservar su sentimiento de identidad. Pero, resulta que la mayoría de las teorías de la supervivencia –entre las cuales la de Bruno Bettelheim y la de Terrence Des Pres representan los dos grandes polos opuestos de interpretación– se han interesado esencial y únicamente por las condiciones de existencia *durante* el período concentracionario.

Las teorías de la supervivencia

Los estudios sobre la experiencia concentracionaria y la supervivencia en situación extrema son el único ejemplo en donde la experiencia personal del autor ha podido jugar como el garante principal, sino exclusivo, de su credibilidad teórica. Las primeras interpretaciones concordantes emanan de psicoanalistas deportados, Bruno Bettelheim y Eric Federn. Estas teorías ligan la supervivencia en situación extrema a la fuerza que el internado logra oponer a los mecanismos de desintegración física y moral de su personalidad. La base de esta lucha contra la desintegración es la movilización de los valores positivos de la vida contra la angustia de muerte común a todos los hombres.⁹⁰ Pero, según esta interpretación psicoanalítica, la posibilidad de superar esta angustia de muerte –condición para toda resistencia física, psíquica y moral– depende de la capacidad que tiene el individuo para conservar los valores esenciales de su anterior sistema de dominio de sí. El mantenimiento de la autonomía personal permite, entonces, "poner cierta distancia entre sí mismo y la propia experiencia, para dominarla mejor".⁹¹

Lo que sostiene la teoría psicoanalítica de Bruno Bettelheim, y de otros después de él, es el presupuesto de un individuo autónomo concebido a la vez como categoría descriptiva por la psicología del desarrollo y como ideal de vida. Según esta teoría, indisolublemente descriptiva y prescriptiva, el sujeto acabaría de acceder al estatus de persona después de un período de formación y maduración de las potencialidades, esencialmente espirituales, susceptibles de procurar una "autoestima" a través de la definición, autónoma e independiente, del lugar que ocupa en el mundo social. Esta autoestima

90 Las primeras publicaciones de Bruno Bettelheim, retomadas en la traducción francesa, datan de 1943, *Survivre*, París, Robert Laffont, 1979, pp. 15 a 160; E. Federn, "The Terror as a System: The Concentration Camp", *Psychiatric Quarterly Supplement*, 22, 1948, pp. 52 a 86. Más tarde se añaden en la misma perspectiva los análisis de otro psicólogo sobreviviente: V. E. Frankl, *Man's Search for Meaning*, Boston, Beacon Press, 1962.

91 B. Bettelheim, op. cit., p. 61.

sería la base de una identidad asegurada, o dicho de otro modo, de la capacidad de un individuo a seguir siendo "el mismo" a pesar de los cambios en su medio social. Es de ella también que dependería la resistencia a las condiciones concentracionarias:⁹² para Bettelheim, sólo aquellos que lograban preservar este amor propio eran capaces de soportar mucho tiempo el tratamiento infligido en el campo. Y es entre los prisioneros políticos, mejor preparados para la realidad que los esperaba que Bettelheim detecta más recursos de resistencia y, por lo tanto, chances de supervivencia.

Pero, si bien los diferentes relatos confirman parcialmente este análisis, también ponen en cuestión la validez general de su tesis central, a saber que el recurso más importante para la supervivencia fuera el mantenimiento de la autoestima y del amor propio, vuelto posible por una actitud rigurosa, sin compromiso, frente a los guardianes. En efecto, imputar principalmente la supervivencia, ante todo física, al rigor moral conduce a interpretar también las perturbaciones posconcentracionarias en términos morales (de allí la tesis del sentimiento de culpabilidad de los sobrevivientes, adelantada por Bruno Bettelheim y desarrollada por Robert J. Lifton en la descripción del síndrome del sobreviviente). Pero la comparación entre contextos nacionales diferentes sugiere que las condiciones de comunicabilidad de la experiencia moldean la posibilidad, por un lado, de superar los traumas y, por otro, de integrar ese pasado en la concepción que se tiene de sí, en el sentimiento de la propia identidad.

Más de treinta años después, apoyándose en algunos testimonios publicados por sobrevivientes, Terrence Des Pres opuso, a estas teorías que privilegian el rigor moral como medio principal para mantener la integridad de la personalidad, una interpretación "sociobiológica", según la cual las pulsiones egoístas fundamentales y los lazos restringidos de parentesco constituyen los recursos de la supervivencia individual o del grupo inmediato, de parentesco o de amistad. Obligados a transgredir la mayor parte de los tabúes que impone la civilización, los sobrevivientes nos recordarían, según Des Pres, los valores y los gestos primarios y reprimidos por nuestra civilización que por sí mismos garantizan la permanencia de la especie.⁹³ En un universo sin instituciones mediadoras, la supervivencia resultaría de la capacidad de adaptación rápida a circunstancias en transformación permanente, y por tanto de la capacidad de recrear continuamente nuevos lazos sociales,⁹⁴ mientras que las concepciones "morales" jugarían un rol despreciable. Los sobrevivientes han entonces sabido aceptar el desafío de las limitaciones extremas y adaptarse a las exigencias de este universo, sobre todo liberándose

de principios morales tenidos por universales. Contrariamente al sentimiento de culpabilidad, constatado por psicoanalistas y psiquiatras, Des Pres atribuye a los sobrevivientes una cualidad específica, a saber el hecho de guardar una distancia y un escepticismo con relación a los cánones de la moral corriente. En consecuencia, los sobrevivientes son, según Des Pres, los precursores de una nueva moral, práctica y modesta, orientada hacia la supervivencia de la especie, en ruptura también con los valores de nuestra civilización. Traduciendo la investigación de la grandeza individual y colectiva, estos valores de nuestra civilización —que, según Bettelheim, han permitido justamente la supervivencia en la dignidad— experimentan, según Des Pres, un espíritu de dominación de la naturaleza y de los otros que lleva ineluctablemente a la destrucción de la especie.

Resulta entonces una oposición irreductible, Des Pres reprocha a Bettelheim querer justificar una determinada concepción de un yo intelectualmente autónomo y completamente independiente,⁹⁵ Bettelheim reprocha a Des Pres presentar a "los sobrevivientes como seres excepcionales, superiores en razón de sus experiencias en los campos de exterminio... Él transforma en héroes a estos sobrevivientes por azar".⁹⁶

Des Pres se pregunta si teorías como la de Bettelheim no reflejan ante todo una experiencia singular, conducente a justificar la categoría de deportados políticos a la cual Bettelheim había él mismo pertenecido. Pero omite someter su propio corpus de testimonios —una muestra por definición espontánea— a un cuestionamiento similar. Estamos, entonces, en el derecho de preguntarnos si esta oposición teórica entre interpretación "psicológica" e interpretación "sociobiológica" no es irreductible en cuanto está ausente toda reflexión sobre los métodos y los materiales empíricos que han permitido la construcción de tales interpretaciones. Esta impresión se encuentra incluso reforzada, en ambos casos, por el recurso casi en forma de profesión de fe a la visión del mundo del autor, a su concepción filosófica y antropológica como última instancia de discurso teórico. Así, Bruno Bettelheim desprende su teoría de una tesis personal, postulando una angustia universal ante la muerte que estaría contenida en los valores de nuestra civilización, permitiéndonos "suavizarla mediante una sólida fe en una vida futura". En cuanto a Terrence Des Pres, su libro desemboca en una verdadera rendición de cuentas con las tradiciones intelectuales occidentales que están en el origen de esas concepciones.⁹⁷ Según él, una teoría que mide la supervivencia por el mantenimiento de valores superiores y que condena al sentimiento de culpabilidad a todos aquellos cuya conducta no ha sido la del autor, se inscribe en una tradición filosófica que conduce a negar para la vida como tal un valor en sí misma. Así, la polémica contribuye a la explicación de los puntos de vista y de los efectos performativos de una y otra teoría: en Bettelheim, el alegato, presente en todos sus libros, a favor de una pedagogía que

92 Ídem, pp. 56 sq.

93 T. Des Pres, *The Survivor. Anatomy of Life in the Death Camps*, Nueva York, Washington Square Press, 1976, pp. 182, 74 y 190.

94 Ídem, pp. 214 y 226.

95 Ídem, p. 188.

96 B. Bettelheim, op. cit., pp. 123 a 124.

97 T. Des Pres, op. cit., pp. 190 sq.

refuerce la autonomía y la fuerza de resistencia del individuo contra las formas de dominación en una sociedad de masas; en Des Pres, la estilización de las víctimas en héroes de los tiempos modernos y la valorización de la vida en sí misma. Al humanismo tradicional, heredero de la tradición filosófica occidental, se opone entonces un nuevo humanismo que, en nombre de la preservación de la especie y apoyándose en la imagen del antihéroe, ataca al individualismo heroico elitista, esta encarnación de los valores occidentales que también ha producido Auschwitz.

Un análisis de las diferentes formas de testimonio de sobrevivientes no permite zanjar este debate a favor de uno u otro de estos abordajes teóricos. El único intento, más bien limitado, de llegar a constantes cuantificadas, llevado a cabo por sociólogos y psicólogos sociales junto a Paul F. Lazarsfeld, sugiere correlaciones menos evidentes que en Bettelheim entre categorías de deportados y comportamientos y confirma igualmente la importancia de ciertos factores sobre los cuales echa luz Des Pres, sin por lo tanto permitir una interpretación suficientemente concluyente como para obtener una suerte de "tipo ideal" de sobreviviente.

Según el estudio sociográfico recién presentado, la formación de una voluntad de sobrevivir es un proceso que comienza desde antes de la deportación, y está en función del grado de información y de anticipación relativas al campo de exterminio. Ante todo, esta voluntad de sobrevivir se expresa en el rechazo al suicidio, bastante frecuente en el momento de la designación para los convoys y durante los mismos. Por el contrario, fueron reportados escasos suicidios en el campo mismo.⁹⁸ Allí, esta voluntad se traduce en tentativas por hacerse afectar a las tareas menos pesadas. El mismo término "sobrevivir" es usado a menudo en el campo para designar la ocupación de posiciones tales, pero más aun para referirse al hecho de encontrarse en situaciones relativamente previsibles (p. 33). Pero, tratándose de un campo de la muerte, todo análisis de las relaciones sociales que han podido entablarse debe tener en cuenta que, en un contexto de exterminio casi total (por el gas o por el trabajo), el número de detenidos que ocupaban posiciones más protegidas era muy reducido: 1 a 2% de los detenidos pertenecían a la "capa superior" (jefes de campo, jefes de bloc, médicos) y el 10% a la "capa media" (posiciones de gestión)⁹⁹ —el acceso a estas posiciones es, generalmente, atribuido a relaciones privilegiadas con otros internos con influencia en la

98 J. Goldstein, I. F. Lukoff, H. Strauss, op. cit., pp. 145 a 146. Este informe da cuenta de suicidios en los guetos húngaros y durante la deportación. Igualmente, Herbert Strauss, quien vivió en Berlín hasta 1943 cuando entró en la clandestinidad y se exilió, estima en un 20% el número de suicidios entre aquellos que estaban registrados en las listas de deportación redactadas por la comunidad judía berlinesa. Siempre en Berlín, se estima en un 25% los casos de suicidio entre aquellos que fueron enterrados en el cementerio judío de Weissensee entre 1942 y 1943: B. Blau, *The Jewish Population of Germany, 1939-1945, Jewish Social Studies*, XII, 2, 1950, pp. 161 a 172.

99 H. G. Adler, *Selbstverwaltung und Widerstand in den Konzentrationslagern der SS, Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, 2, 1960, p. 225; D. Rousset, *L'univers concentrationnaire*, Paris, Éd. du Pavois, 1946, pp. 158-162.

distribución del trabajo; para algunos oficios raros altamente especializados (médicos, enfermeros, mecánicos) es la competencia formal la que es invocada, mientras que, aunque raramente, se mencionan en las entrevistas ciertas técnicas de seducción, que van desde los pequeños regalos (tejidos para los guardias), o la observación de un comportamiento modelo en el trabajo, hasta el chantaje o las ofertas homosexuales (p. 41). El acceso a las tareas más deseables es, pues, función de las relaciones con los detenidos mejor ubicados, en general pertenecientes a la misma comunidad (nacional y lingüística). La cooperación y la ayuda mutua se efectúan en grupos reducidos y bien definidos, que no atraviesan nunca las fronteras entre las distintas nacionalidades y que suelen apoyarse sobre relaciones familiares y de origen local comunes. Los actos de apoyo o de ayuda más allá de esas fronteras emanan generalmente de individuos y de grupos más privilegiados (de no judíos a judíos, de obreros civiles a deportados que trabajaban en una fábrica) (pp. 58-59). Además de a la posición y el trabajo adquiridos en el campo, la supervivencia es atribuida al robo de alimentos, al reposo en el hospital del campo, y a técnicas de presentación de sí al momento de las selecciones —como vivificar la expresión facial comprimiendo las mejillas— así como, excepcionalmente, a relaciones homosexuales (pp. 128 sq.). Las convicciones religiosas y políticas no aparecen casi nunca en estas entrevistas como factor de supervivencia.

Así, la investigación sociográfica, al poner en evidencia las regularidades de ciertos comportamientos en el universo concentracionario, hace a menudo resurgir su condicionamiento estructural de suerte que la mirada sociológica se presta menos que la aproximación psicológica a una lectura desde un ángulo moral; y, contrariamente a la aproximación sociobiológica, pone igualmente de relieve la importancia, en ciertos casos, de la socialización preconcentracionaria así como de la pertenencia a grupos constituidos, políticos o nacionales.

Nuestro material muestra finalmente que podemos conservar como complementarias las hipótesis que el juego de oposiciones teóricas entre el psicoanálisis y la sociobiología tienden a polarizar. Estas dos teorías, tan unilaterales la una como la otra, constituyen de hecho los dos polos extremos del campo de la experiencia concentracionaria, entre los cuales toda suerte de posiciones intermedias —y, a menudo, contradictorias— pueden aparecer, en función de las configuraciones concretas que dependen de los diferentes tipos de recursos del individuo, y de su acceso a ciertos lazos sociales que moldean su identidad. Pero dichos recursos están obrando igualmente en la forma misma de los testimonios, cuyo análisis aparece así como un requisito indispensable para toda interpretación que se niegue a ocultar, por una voluntad de teorización unilateral, la realidad de las condiciones de adaptación a una experiencia propiamente social, es decir múltiple.

Esta investigación sobre una experiencia límite recuerda también cuán difícil resulta mantener la continuidad y la coherencia, tanto para un individuo como para un grupo. Y así como el orden social —ese precario equilibrio de

fuerzas— resulta de un trabajo de negociación y de compromiso, el orden mental, igualmente frágil, es el fruto de un trabajo permanente de gestión de la identidad que consiste en interpretar, en ordenar o en reprimir (temporaria o definitivamente) toda experiencia vivida de modo a tornarla coherente con las experiencias pasadas así como con las concepciones de sí y del mundo que han moldeado: se trata, en una palabra, de integrar el presente en el pasado. Es gracias a este trabajo permanente que sostiene el *habitus*, que la persona aparece como dotada de continuidad y coherencia.

Así, dando cuenta de desórdenes identitarios fundamentales y de su posible dominio, el análisis de la experiencia concentracionaria atestigua hasta qué punto, según la formulación de Max Weber, "la identidad no es nunca, desde el punto de vista sociológico, más que un estado de cosas simplemente relativo y flotante"¹⁰⁰ —y hasta qué punto los individuos, en tanto que son el producto de una construcción social, son también una construcción de sí mismos.

100 M. Weber, *Essais sur la théorie de la science*, Paris, Pion, 1965, p. 360.

HOMENAJE A MICHAEL POLLAK¹

Pierre Bourdieu

Michael Pollak sabía que la sociología, tal como él la concebía y se arriesgaban aceptarla, no era una profesión para hacer carrera, sino una aventura bastante cercana a la que habían vivido los escritores y artistas en la Viena de fin de siglo, que tan bien supo evocar en *Vienne 1900, une identité blessée* (1984).

Seis veces rechazado por la comisión de sociología del CNRS, jamás pensó en abandonarla en favor de otra disciplina (incluso cuando recibió de la comisión de historia los medios para continuar); del mismo modo en que no consideró las ofertas de trabajo y cargos recibidas de universidades alemanas y norteamericanas. Había elegido Francia, para hacer su tesis, porque pensaba que allí podría desarrollar en investigaciones empíricas los dispositivos críticos que, en la tradición alemana, se expresaban de modo más especulativo. O, más precisamente, porque allí creía descubrir, ya realizada o en vías de serlo, una posibilidad de escapar a la mortal alternativa, permanentemente reafirmada en el famoso "debate sobre el método" tan típicamente germano, entre la filosofía crítica indiferente a la investigación empírica que encarnaba la Escuela de Frankfurt y la sociología positivista, burocratizada y sometida a las demoras burocráticas, que Paul Lazarsfeld se esforzaba por imponer a escala universal ("Paul Lazarsfeld, fondateur d'une multinationale scientifique", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 25, 1979).

Teníamos en común una profunda admiración por Karl Krauss, cuyos combates nos parecían ser un ejemplo de lo que un intelectual crítico podía hacer para contribuir a cambiar el mundo, en especial cambiando los nombres usados para nombrarlo, o haciendo la guerra a quienes emplean las palabras a tontas y a locas, como lo hace cierto periodismo ("Une sociologie en acte des intellectuels: les combats de Karl Kraus", *Actes de la Recherche en*

¹ Homenaje de Pierre Bourdieu a Michael Pollak publicado originalmente en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, nº 94, septiembre de 1992.

Sciences Sociales, 36-37, 1981). Él quería continuar los combates de Karl Krauss por otros medios. Así, en el texto titulado "Des mots qui tuent" (*Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 41, 1982), intenta llevar al límite extremo la ambición científica por "dar razón", tratando de desmontar uno a uno los mecanismos (burocráticos, sobre todo) que han llevado a la concepción y puesta en marcha de la "solución final". Lejos del lamento, que, si bien respetable en su intención conmemorativa, no hace avanzar en nada a la comprensión, e igualmente lejos de los discursos grandiosos y vacíos sobre los perjuicios de la "técnica", de los que abrevó en su etapa de joven estudiante (lo comentábamos a menudo, particularmente sobre Jünger, cuando yo preparaba mi trabajo sobre Heidegger), o sobre las características invariables del "totalitarismo", que encantaban a los ensayistas parisinos, Pollak mostraba, gracias a un examen minucioso de las fuentes bibliográficas, y a análisis de testimonios, que la *barbarie* puede ser el desenlace socio-lógico de un cierto *orden tecnocrático*. Mostraba también cómo las conductas que los individuos son llevados a adoptar en situaciones que, en función de su propia excepcionalidad, parecen escapar a las leyes o a la lógica de la existencia ordinaria, siguen siendo sociológicamente inteligibles ("Survivre dans un champ de concentration", "Le témoignage", "La gestion de l'indicible", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 62-63, 1986 y *L'expérience concentrationnaire, Essai sur le maintien de l'identité sociale*).

Este rechazo a abdicar ante lo ineluctable, de rebajar la razón ante lo innombrable, no lo manifestó jamás tan plenamente como en las investigaciones que desarrolló, con *Gay pied*, sobre los homosexuales y el SIDA. A menudo evocamos juntos, como forma extrema de heroísmo científico, el ejemplo de Germaine Tillion, quien, en su preocupación por estar en condiciones de testimoniar lo más rigurosamente posible el horror que viviera, llevaba, en Ravensbrück, estadísticas sobre muertos y desaparecidos... Inevitable pensar en ello a propósito de Michael Pollak quien, como dice Daniel Defert, "traducía en informes plenos de cifras y argumentos aquello que su convicción íntima le hacía buscar, descubrir, defender"; quien, en su artículo publicado a partir de 1987 con Marie-Ange Schiltz ("Identité sociale et gestion d'un risque de santé, Les homosexuels face au SIDA", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 68, 1987 y también *Les homosexuels et le SIDA: sociologie d'une épidémie*, 1988), entendía aprovechar la oportunidad que representaba el estudio empírico, que dirigía en una situación crítica, para proponer una verdadera teoría antropológica sobre las representaciones de la homosexualidad: apoyándose en las investigaciones etnológicas más avanzadas a propósito de la construcción social del cuerpo, de la representación social de la división sexual del trabajo y de la división del "trabajo" sexual, logró establecer que las representaciones objetivas y subjetivas de la homosexualidad son el producto de la aplicación al propio

cuerpo y a la actividad sexual, de las categorías de percepción y de apreciación que la socialización ha inscrito en el cerebro y en los pliegues del cuerpo y que están en el principio de la visión legítima de la sexualidad.

Verdadera "profecía ejemplar", como habría dicho Weber, cuyo pensamiento tan bien defendía ("Max Weber en France: l'itinéraire d'une oeuvre", *Les cahiers de l'IHTP*, 3, 1986 y "Un texte dans son contexte, l'enquête de Max Weber sur les ouvriers agricoles", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 65, 1986), toda la vida de Michael Pollak testimonia su convicción acerca de que el conocimiento es un instrumento privilegiado de liberación.

Michael Pollak

Nació en Viena en 1948 y murió en París en 1992. Llegó a Francia en 1971 y en 1975 defendió su tesis de doctorado, dirigida por Pierre Bourdieu, en la VI Section de la École Pratique des Hautes Études. Fue investigador del *Centre National de la Recherche Scientifique* (CNRS). Formó parte del *Institut d'Histoire du Temps Présent* y del *Groupe de Sociologie Politique et Morale* de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*. Michael Pollak orientó sus trabajos al análisis de la identidad social en situaciones extremas, a partir de casos concretos como la experiencia concentracionaria durante el Holocausto y la experiencia de los homosexuales frente a la epidemia del SIDA. Entre sus obras se destacan: *Vienne 1900. Une Identité blessée* (París, Julliard, 1984; Gallimard, 1992); *Les homosexuels et le sida: Sociologie d'une épidémie* (París, Métailié, 1988); *L'Expérience concentrationnaire. Essai sur le maintien de l'identité sociale* (París, Marie Métailié, 1990); *Une Identité blessée: études de sociologie et d'histoire* (París, Métailié, 1993- prefacé par François Bédarida).

Ludmila da Silva Catela

Doctora en Antropología Cultural por la Universidad de Río de Janeiro. Investigadora del CONICET y del Museo de Antropología-UNC y docente de la Universidad Nacional de Córdoba. Becaria Hermès de la Maison des Sciences de l'Homme. Ha publicado diversos trabajos en el país y en el exterior en el área de antropología de la violencia, de las situaciones límite y la memoria. Entre sus publicaciones se destacan: *No habrá flores en la tumba del pasado. La experiencia de reconstrucción del mundo de los familiares de desaparecidos* (La Plata, Al Margen, 2001) y *Los archivos de la represión: Documentos, memoria y verdad*. Ludmila da Silva Catela y Elizabeth Jelin (eds.) (Madrid, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002).